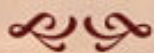


ANTONIO VILLEGAS GONZÁLEZ



HIERRO Y PLOMO



CUENTOS DE LOS TERCIOS VIEJOS

ÍNDICE

ÍNDICE	2
CRÉDITOS	3
PRÓLOGO.....	4
CUENTOS DE LOS TERCIOS VIEJOS	6
Navidad en Cefalonia.....	8
Ceriñola.....	13
Garellano	17
La retirada.....	20
Setecientos arcabuces	25
Amanecer en Alborán	29
Castelnuovo.....	33
Gravelinas.....	41
La encamisada.....	44
La de San Quintín.....	47
El vado del río Elba	50
La marcha del Tercio de Granada	55
El arcabuz.....	58
El puente Farnesio	61
Milagro en Empel	65
La loma de Jodoigne.....	70
El Fuerte del León	73
El galeote	80
El puente de Ems	84
La trinchera de Mook	87
El agua al cuello	90
El inexpugnable San Mateo	95
El viejo soldado.....	99
Nordlingen	104
Murallas humanas	108
SOBRE EL AUTOR.....	111
CONTRAPORTADA.....	112

CRÉDITOS

Autor: [Antonio Villegas González](#)

Facebook: www.facebook.com/ant.villegas.glez

Portada: Alférez de los tercios españoles, 1640. [Augusto Ferrer-Dalmau](#)

www.elcaminoespañol.com

hierroyplomo@gmail.com

Twitter: @elcaminoespanol

Facebook: www.facebook.com/elcaminoespanol

Copyright © 2012: El Camino Español

ISBN:978-84-616-1037-2

Libro electrónico creado con [Sigil](#)

PRÓLOGO

Antonio Villegas, soldado veterano del Ejército de Tierra, en un reconocido esfuerzo de investigación, ritmo y escritura, nos relata y rescata de la memoria algunas hazañas de nuestros intrépidos y bravos soldados de los Tercios, aquellos que sembraron la admiración en todos los continentes. Una lectura fácil que es muy difícil de escribir y que transmite, con singular oficio, emoción, historia y manera. Con él nos parece viajar a paisajes de nombre impronunciable que sonaban a demonio y a herejía: Empel, Waal, Jemmingen, Mook, Norlingen, Seneffe, escenarios de Flandes donde nuestras tropas dieron lo mejor de sí mismas. Fueron la mejor infantería del mundo, curtidos guerreros, brazo ejecutor del poder español en Europa y cuyos golpes de mano y procedimientos irregulares sobrevivieron en el tiempo.

Los Tercios fueron una fuerza de choque extraordinaria, con una capacidad asombrosa de combinar el fuego y el movimiento. El lento caminar, inexorable, de aquellos cuadros erizados de picas escupiendo la irrevocable fruta del arcabuz, los hacía invulnerables a la Caballería; su capacidad de sufrimiento, su tenacidad, su técnica y su bravura los hacía imbatibles frente a la Infantería enemiga, que era barrida de los mapas con precisión de cirujano. Aquellos tercios combatieron en los Países Bajos buscando el predominio estratégico en lejana geografía. Las etapas del camino Español fueron un prodigio logístico. Los conceptos de modularidad organizativa e interoperabilidad que hoy se manejan eran una realidad entonces.

En este libro el autor desciende a los sentimientos y al “valor del brazo” de cada uno de aquellos trescientos cincuenta hombres que componían cada una de las doce compañías de cada uno de los Tercios de Lombardía, Sicilia, Milán, Cerdeña y Nápoles, para describir la superior naturaleza de los españoles de aquel tiempo en el noble arte de la guerra. Ninguna sociedad de entonces había fraguado una educación que realizaba el valor militar por encima de otras virtudes. Fruto del tiempo que les tocó vivir y herencia de ocho siglos de reconquista, el soldado de los tercios era agresivo y disciplinado, con una enorme confianza en sí mismo, orgulloso pero difícil de trato, exigiendo, como una cuestión de honor y reputación, el ser empleado

en los puestos decisivos o en los de mayor riesgo y fatiga. Sentimiento que el autor de estas historias nos trae a nuestros días, dibujándonos unas estampas formidables de un tiempo olvidado. Y lo hace de manera sencilla y amena, con contundencia histórica, reclamando nuestro pasado a través de aquellos valores que nos hicieron respetables y dueños del mundo: el honor, el crédito, la caballerosidad, la “honra”, la bravura, el sentido del deber, y el orgullo de ser y “sentirse” español. Estos relatos breves y de alto contenido emocional, son fruto de la pasión, el cariño y el admirable ardor patrio del autor que rescata en cada línea la grandeza de nuestro glorioso legado con el propósito de recordar el esplendor de esta vieja y gloriosa Nación, en una época en la que vivir o sobrevivir constituía una aventura extraordinaria

Estoy convencido de que su lectura les hará revivir esa épica caballerescas tan nuestra que ha sobrevivido al paso de los siglos, y sin ningún tipo de duda disfrutarán y sentirán, como nunca, el orgullo de ser español.

Francisco Puentes Zamora

Teniente General Jefe del Mando de Adiestramiento y Doctrina del E.T.

CUENTOS DE LOS TERCIOS VIEJOS

Durante mis viajes por Europa circulando sobre las modernas autopistas por las que transitaba y bajo el rumor de los neumáticos contra el asfalto escuchaba otro sonido más callado y viejo, un soniquete que provocaba que por las noches mi alma se estremeciese y los ojos se me llenasen de lágrimas.

Era el sonido de los huesos, gritándome desde sus tumbas, de miles de compatriotas que bajo aquella tierra yacían, olvidados y perdidos de nuestra ingrata memoria, pisoteado su glorioso recuerdo, muertos por una patria desagradecida que los mantiene alejados de las escuelas y de los libros, marcados por la leyenda negra que sobre ellos escribieron sus rencorosos enemigos.

Los Tercios Viejos de Infantería Española dominaron los campos de batalla de Europa durante siglo y medio, siempre en el filo de la espada, en mitad tierra hostil, solos y lejos de su patria, hombres de toda clase social y de toda valía moral que se unieron bajo la bandera de la Cruz de Borgoña y defendieron el Imperio donde el sol no se ponía con valor y con honra.

Recorrí las Provincias Rebeldes, mil veces subí y bajé por el Camino Español, crucé Namur y Bruselas, Luxemburgo y los ríos Mosa, Waal, Danubio y Rin, pasé el Escalda en una barcaza y estuve en la capilla de Empel y en la colina Albuch de Nordlingen.

Y en cada uno de estos lugares la huella de los españoles que allí lucharon y murieron me llenaba de orgullo, de respeto y de admiración por aquellos hombres que hace tanto tiempo defendieron su nación sin importarles ni el dolor ni el sufrimiento, ni el abandono de Reyes ingratos ni de Validos ambiciosos, sin importarles nada más que su honor y la honra de su bandera y de su Tercio.

Batallas, encamisadas, asedios... Recorrí todos aquellos lugares estremeciéndome al recordar las gestas y las hazañas que los Tercios Viejos de Infantería Española habían protagonizado y de las que mis compatriotas de hoy apenas sabían nada y lo peor, apenas se interesaban por ellas, provocando de esta manera el repicar de huesos clamando justicia por su memoria que yo escuchaba cada noche mientras intentaba conciliar el sueño en aquellas frías tierras flamencas.

Por causa de aquel rumor insistente, son españoles los que gritan, los que golpean sus fémures contra el olvido al que los tenemos sometidos, son nuestros compatriotas los que murieron allí, tan lejos y de los que nadie se acuerda, aunque de una manera o de otra, para bien o para mal lo hicieron por todos nosotros por los que hoy siglos después habitamos ésta vieja tierra, nació éste libro donde se recogen en forma de relatos cortos algunas de las batallas en las que aquellos hombres irrepetibles lucharon y murieron, convirtiéndose por derecho propio en la mejor y más temida infantería del mundo. Los Tercios Viejos Españoles que hicieron temblar al Mundo entero.

Espero lo disfruten vuestras mercedes tanto como yo disfruté escribiéndolo, y así, al leer sobre sus hazañas y su sacrificio, que ése instante de recuerdo dentro de sus corazones les sirva a aquellos hombres valientes de merecido tributo y homenaje.

Les invito a alistarse bajo la vieja Cruz de San Andrés y a entrar a formar parte del cuadro de infantería, como piquero, arcabucero, alférez abanderado o simple mochilero. Les invito a vocear en mitad de una carga de caballería holandesa el antiguo grito de nuestros antepasados:

¡SANTIAGO y CIERRA! ¡ESPAÑA!

Antonio Villegas Glez.

Navidad en Cefalonia

La Natividad de Nuestro Señor del año mil quinientos volvió a celebrarse en la Isla de Cefalonia después de quince años de dominación otomana. Y se celebró sobre la sangre, todavía fresca, de ochocientos jenízaros que habían defendido con valor suicida las piedras sobre las que ahora el Páter consagraba el pan y el vino:

-¡Te Deum Gratias!... y toda la parafernalia.

Todo había comenzado cinco años antes cuando una ofensiva turca les llevó a dominar el Peloponeso, tomar Corfú y enseñorearse del Estrecho de Otranto dejando a La Serenísima República con el culo al aire y la ansiedad natural de ver aparecer en cualquier momento por el canal a una flota sarracena.

Barbarigo que era el gerifalte de turno de los venecianos corrió lívido a pedir ayuda al Papa y a los Reyes más poderosos del momento, los de Castilla y Aragón, y los muy católicos monarcas le envían a su mejor general y junto a él a la que va camino de convertirse en la mejor infantería del mundo.

Después de las riñas, resquemores, envidias, celos y demás obstáculos que surgen cada vez que se juntan españoles y venecianos, la flota aliada fondea por fin en el Golfo de Argostoli de la Isla Cefalonia. Desde la ensenada el Gran Capitán observa la mole imponente del castillo de San Jorge, bastión principal del enemigo y que se alza sobre un cerro pedregoso y escarpado con ochocientos jenízaros fanáticos dentro que lo defienden junto su jefe, el temido capitán otomano llamado Gisdar, que chulo y despectivo ha rechazado la propuesta de rendición honrosa que el general español le ha ofrecido.

Y de inmediato comienza el asalto...

Subir los cañones hasta las posiciones de batida nos cuestan los primeros muertos, pero lo logramos, a base de echarle ya saben qué vuestras mercedes pero resulta sin embargo magro esfuerzo pues poco daño logramos hacer en las murallas y mientras las saetas envenenadas vuelan por todas partes y los camaradas caen abatidos como moscas. Los jenízaros resisten, no va a ser fácil tomar ésta jodida fortaleza.

Un espabilado y valiente capitán español Don Pedro Navarro inventa entonces el concepto de mina.

Siguiendo sus órdenes excavamos túneles como los topos, túneles que llegan hasta las murallas sarracenas y una vez bajo ellas se rellena un hueco enorme en la tierra de pólvora hasta los topes, después se le mete fuego y ¡BUUUM!, muralla y defensores con Alá... Si sale bien claro.

Pero sale bien y tras el zambombazo, que retumbó entre las montañas y yo creo que debió oír hasta el mismo Sultán, un lienzo de muralla se desmorona. Sin embargo el turco es ladino y astuto y cuando los españoles atacamos y subimos por la brecha nos encontramos con un segundo muro, ¡Pardiez, acorralados como ratas!

La carnicería como pueden imaginar es espantosa, flechas, piedras y aceite hirviendo caen sobre nosotros desde la segunda muralla y además los jenízaros usan unos ganchos, "Los Lobos" les llamamos, con los que enganchan e izan a un hombre hasta que la carne se desgarran y el desgraciado cae al vacío o te arriman a las murallas donde te degollan como a un perro.

Rechazan nuestro asalto pero sin perderles la cara nos retiramos, rehacemos las filas y de nuevo con la espada en la mano, los huevos encogidos y gritando como un poseso subes la cuesta hasta la brecha rodeado de sangre, de gritos espantosos y de cientos de proyectiles que te rodean y te buscan para mandarte al infierno y de ésta manera los españoles no dejamos de atacar, de luchar y de morir una y otra vez.

El general veneciano es un poquito arrogante y viendo el panorama de la pertinaz defensa otomana propone que sea su propia infantería la que ataque la fortaleza, pues presuntuoso piensa que sus infantes venecianos lo harán mejor y que sí podrán doblegar a los jenízaros que defienden San Jorge.

Gonzalo de Córdoba le advierte y le avisa, los españoles son tropas curtidas y veteranas de la guerra de Granada y de Italia, y mire vuestra merced que están siendo rechazadas, son duros los jenízaros éstos, le advierte. Pero el veneciano reniega y se ofende, llena su boca de palabras ofensivas y habla de los soldados españoles con desprecio: Sucios, indisciplinados, bravucones, pícaros e hijosdalgo, nos califica, pero el de Córdoba permanece impávido con la mirada helada y da el visto bueno para el asalto veneciano.

Con mucha trompeta y banderas desplegadas inician los venecianos su asalto a las murallas sarracenas mientras el Gran Capitán y nosotros tras él formados en cuadro tranquilos por una vez viendo el espectáculo:

- Les van a dar las suyas y las de un romano - le dice Don Gonzalo a uno de sus oficiales.

- Hasta en el cielo de la boca, mi general, hasta en el cielo de la boca.

- Así aprenderá humildad ése veneciano estirado...

Más de dos mil hijos de La Serenísima caen bajo las murallas del castillo de San Jorge desechos por los jenízaros, acribillados a tiros y descuartizados por "los lobos", horrorizados ante la furia otomana los espantados supervivientes corren hacia las líneas aliadas y entonces los arcabuceros españoles con una disciplina de fuego impresionante nos vemos obligados a rechazar la salida que hacen los envalentonados jenízaros, que venían degollando venecianos a espaldas y que se habían pensado que todo el monte éra orégano.

La situación sin embargo es desesperante, el clima salitroso remata sin piedad a los heridos y los bastimentos se agotan y por si fuese poco las posesiones del Turco están muy cerca y se teme que envíen un socorro en auxilio de los valerosos jenízaros que defienden San Jorge.

Por eso desde el día veintiuno de diciembre los artilleros comienzan a disparar sin descanso sobre las murallas y las mangas de arcabuceros batimos las almenas con descargas cerradas y continuas.

Navarro y sus zapadores mientras preparan una gran mina con la que dice enviará media muralla al infierno, al menos éso es lo que esperamos todos, porque el asalto final lo haremos la infantería española, con espada, rodela, escalas y dos huevos y con Don Gonzalo de Córdoba delante el primero de todos.

La mañana del veinticuatro de diciembre, muy temprano, un atronador grito nace de entre nuestras filas:

- ¡¡¡¡¡CIERRAAAAAAA!!!!.... ¡¡¡¡SANTIAGOOOO!!!!... ¡¡¡¡CIERRAAAA!!!

Llamábamos al Apóstol, al Santo Patrón, al que siempre nos acompañó en batallas contra moros y bajo éste grito viejo y enardecedor los españoles asaltamos las murallas de San Jorge. ¡Con dos cojones!

Los jenízaros se defienden como jabatos los muertos y heridos se amontonan unos sobre los otros y la sangre chorrea muros abajo y a puros huevos tomamos el adarve de las murallas y nos desparramamos como demonios dentro del castillo. En mitad del patio está, dando unos cadenazos terribles al enemigo, Don Diego Paredes al que todos dábamos por muerto pues lo habían enganchado y metido dentro el primer día de asedio, pero se ve que los turcos no han podido con el "Sansón de Extremadura".

En éste momento con los enemigos ocupados en detener el ataque principal, el Gran Capitán ordena un segundo ataque por otro punto de la fortaleza y de inmediato un tercer asalto, que realizan los que llevan un puente de madera construido en secreto para superar la muralla y que es otra ingeniosa invención de Navarro y del General, que esta decidido a enseñarle al veneciano la forma correcta de tomar a las bravas una fortaleza enemiga.

Los jenízaros flaquean pero venden muy cara su piel, van retrocediendo paso a paso, son valientes, duros como pedernal, y fanatizados, mueren gritando ¡Alá es grande! y con los ojos desorbitados de odio, es acojonante. Pero nosotros la infantería española también causamos pavor: Fríos, disciplinados y terribles, no damos cuartel y sin piedad avanzamos matando sarracenos sin dejar ninguno vivo detrás nuestro.

Mezclado entre sus hombres un soldado más sin resuello, agotado y tinto en sangre está Don Gonzalo Fernández, manejando la toledana con mortal eficacia al que rodean sus más leales oficiales que siguiendo tan bravo ejemplo se han convertido en el terror de los jenízaros. Desde todos los lugares llegan las voces y los gritos, la agonía de los heridos, el sonido metálico del entrechocar de las espadas, los bramidos y los bufidos, todo es un caos de hombres matándose y el patio de la fortaleza resbala de tanta sangre como empapa las piedras del suelo.

A los últimos jenízaros junto a su jefe, al que llevan en volandas hecho un colador, los tenemos que abatir de lejos, a arcabuzazos como a perros rabiosos. Y cuando caen abatidos todos acribillados, Fernández de Córdoba levanta su espada empapada de sangre sarracena y grita:

- ¡¡¡VIVA CASTILLA Y VIVA ARAGÓN!!!

Y cientos de voces roncadas se unen a la suya.

Cientos de acentos diferentes que unidos han conseguido tan difícil victoria, cientos de voces llegadas de una tierra que se llama España.

Cientos de voces que gracias a su esfuerzo, sacrificio y valor consiguen que la Natividad del Señor pueda celebrarse en Cefalonia con las banderas de los Reyes más poderosos del Mundo ondeando sobre las murallas, acribilladas a balazos, rotas y deshilachadas, pero cargadas de la honra y el orgullo del que las hemos impregnado con nuestra sangre los soldados españoles. Cargadas de la gloria que sabemos darle los mejores soldados del mundo.

Sancho Velázquez de Guzmán, soldado del Rey, desde Isla Cefalonia en el Año del Señor de Mil Quinientos.

Ceriñola

En las noches junto a la lumbre corren los rumores y chascarrillos durante estos días se cuenta y se afirma que los franceses están reuniendo un ejército para atacarnos y se dice también que nuestro general a puesto en su sitio al mismísimo Rey Fernando.

Se dice que ante la insistencia de Su Majestad al pedirle cuentas y razones sobre el enorme y excesivo gasto de Ducados que el Gran Capitán hacía, éste le había enviado una jocosa y atrevida relación de gastos y por el campamento circulaba en notas manuscritas una supuesta copia de la supuesta carta que el valeroso Gonzalo le había enviado al Rey.

No me pidan vuestras mercedes que les jure por su autenticidad yo sólo soy un simple arcabucero, pero les puedo asegurar que para sus hombres aquella carta era tan real como los espadaños que nuestro capitán daba a los enemigos en el campo de batalla.

Si la memoria me respeta, creo que decía:

“Para picos, palas y azadones: Cien millones de ducados. Para limosnas a frailes y monjas por los rezos por el alma de los españoles: Ciento cincuenta mil. Para guantes perfumados para que los Señores Soldados eviten el hedor de la batalla: Doscientos millones. Por reponer campanas averiadas a causa del continuo repicar a victoria: Ciento setenta mil. Y finalmente, por la paciencia de tener que descender a estas pequeñeces del Rey a quien he regalado un Reino: Cien millones de ducados.”

No tengo que decirles a vuestras mercedes que la parte que más hilaridad nos provocaba era la de los guantes y la que más orgullo nos producía la de las campanas.

Sin embargo el bulo que se hizo realidad de forma más inmediata fue el de los franceses y su nuevo ejército, que pasaron la frontera y nos obligaron a retirarnos corriendo sin parar hasta la villa de Barletta, donde el Gran Capitán ordenó que ni un paso atrás y que nos fortificásemos y que empezáramos de inmediato a hostigar a los franceses.

Cada noche o al amanecer o en plena comida atacábamos a los gabachos, hacíamos alguna escabechina y nos escondíamos de nuevo.

Nuestro General saca de quicio a los caballeros franceses con su guerra de guerrillas pues para ellos es innoble y traidor atacar, degollar a unos cuantos y perderse entre las espesuras de los bosques, sin dejar que un caballero se ponga la armadura ni esté vestido de forma adecuada para morir. Por eso acuden de cuando en cuando al campamento español, bajo bandera de tregua, para retar a nuestros caballeros en singular combate, aunque tampoco ésta actitud les ayuda mucho pues de casi todos los lances salen escaldados.

Pasamos un tiempo de esta manera jugando al ratón y al gato con los franceses, venga encamisadas y golpes de audacia que mantienen al enemigo en un estado de nervios y de constante alerta, hasta que llegó un refuerzo de tres mil lansquenets tudescos al servicio de Castilla y ahora sí con las fuerzas igualadas, Don Gonzalo preparaba su jugada maestra.

Ocurrió entonces otro episodio que muestra el carácter indómito de nuestro general.

Los franceses marchaban muy deprisa hacia la Plaza de Ceriñola y al Gran Capitán se le presentaba un dilema: Si enviaba a su caballería por delante no serían suficientes como para detener al poderoso ejército francés del Duque de Nemours y si avanzaba con la infantería a marchas forzadas la tropa llegaría sin fuerzas y seguramente tarde. ¿Qué hacer?

Entonces nos ordena a los arcabuceros que subamos en las grupas de los jinetes de la caballería ligera.

No es una postura muy digna para un soldado español y la dignidad en España es intocable, por eso los arcabuceros, para qué les voy a mentir, no estábamos muy por la labor de ir a las grupas de los jinetes como barraganas.

Pero una vez más nuestro General nos arrastró con su ejemplo pues él mismo se sube de un salto a la grupa del caballo del capitán de la caballería ligera, recuerdo que estábamos formados y mirábamos hoscos al general que simplemente nos sonrió desde la grupa y con aquella sonrisa nos arrastró a todos. Al principio avergonzados, pero después enardecidos cuando comenzó la cabalgada, incomodísima y peligrosa por cierto pues más de uno se quebró el espinazo al caer de los caballos aquel día.

De ésta manera logró el Gran Capitán adelantarse a los franceses y llegar antes a Ceriñola, donde de inmediato nos ordena que cavemos un foso y levantemos un parapeto con la tierra extraída y que nos

fortifiquemos en esa línea, mientras el General coloca la artillería sobre un cerro desde el que observa al ejército enemigo desplegándose.

Sabe muy bien Don Gonzalo que su enemigo Luis de Armagnac es un militar de la vieja escuela, que desprecia a la infantería de arcabuceros, piqueros, coseletes y ballesteros, dividida en Coronelías de la que el Gran Capitán es padre, sabe que se lo jugará todo a la única carta de su poderosa, brillantísima y demoledora caballería pesada, que es por otra parte la mejor del Mundo.

Como siempre comenzó el fuego, los cañonazos franceses pasaban sobre nuestras cabezas y daban contra el cerro donde Don Gonzalo de Córdoba estaba con la artillería, mejor que caigan allí que no aquí, pensábamos todos los infantes, para qué les voy a mentir.

Los de la caballería francesa ya cerraban sobre nosotros, directos al parapeto y a los arcabuces que allí les esperaban, en su camino la artillería de Don Gonzalo les regaló unas buenas onzas de hierro y plomo español, mientras algunas filas hacían como que reculaban y huían, teatrillo y estrategia de nuestro General que quiere que los acorazados caballeros se acerquen lo más posible hasta el parapeto, a un tiro de arcabuz nuestro nunca mejor dicho.

Fue una masacre.

Los caballos se detenían en seco arrojando al jinete al suelo con estrépito de herrería y de inmediato desde nuestras filas salían hombres y los degollaban sin miramientos metiendo las dagas por las junturas de las armaduras y en los petos y morriones se abrían boquetes de palmo y los jinetes franceses cabalgaban enloquecidos sin saber muy bien qué dirección tomar mientras los estábamos asando vivos con el fuego concentrado de arcabucería.

Luego para colmo de sus males los jinetes hicieron algo inexplicable, en vez de retroceder y rehacerse se dedicaron a cabalgar en paralelo al parapeto de tierra desde el que los españoles hacíamos un fuego horroroso sobre ellos, imaginen vuestras mercedes la matanza, como a patos en un estanque los cazábamos y hasta el mismísimo De Armagnac se dejó la vida allí cuando le alcanzaron tres pelotazos como tres soles.

Los franceses envían luego a su infantería suiza y aunque les dimos lindas rociadas de plomo español mientras se iban acercando, al poco Don Gonzalo nos retiró para dejar el trabajo a los siempre eficaces lansquenets tudescos, que ya se sabe que entre suizos y alemanes

se entienden. Y así estaban acuchillándose con saña los unos a los otros cuando ocurrió un terrible desastre pues una de las andanadas que la artillería francesa no dejaba de disparar, da e lleno sobre los carros de abastecimiento españoles que hay en el cerro y se incendia la pólvora que abastecía nuestros cañones y se pierde toda.

Pensarán que el desánimo se apoderó de nuestro General pero nada más alejado de la verdad, porque iluminado por el fuego que ardía en un infierno de llamaradas desatado a su espalda, nos gritó:

- Ánimo soldados que esto son las luminarias de la victoria puesto que en terreno fortificado no necesitamos para nada los cañones...

¿Cómo se les queda el cuerpo?

A sus soldados, o sea nosotros, nos calentó tanto el alma que resumiré contando que muchos franceses murieron aquel día y que ni sus cañones ni sus corazas les sirvieron para nada.

Ya les dije al principio que me tocó servir con el más grande General de todos los tiempos, el astuto y valiente Don Gonzalo Fernández de Córdoba, más conocido por su bien merecido apodo de guerra: El Gran Capitán.

Sancho Velázquez de Guzmán, arcabucero al servicio del mejor capitán que parieron los siglos.

Garellano

No hay mayor honor en la vida que servir a tu patria y que la fortuna te depare hacerlo bajo las órdenes del mejor general de todos los tiempos. Mi servicio en las Armas de Castilla me llevó desde muy joven a la tierra italiana y allí aprendí a usar la espada y el arcabuz y con el tiempo llegué a convertirme en soldado viejo y experimentado.

Los franceses habían entrado de nuevo en Nápoles y venían muy dispuestos a escabecharnos a todos y a arrojarnos al mar, habían desembarcado cerca de Gaeta a la que venían a librar del asedio al que la teníamos sometida y era un ejército impresionante, con artillería gruesa, con infantería por miles y unos caballeros muy rumbosos y emplumados que relumbraban a setecientas varas de distancia. Más de veinticinco mil franceses se metieron entre la Villa de Gaeta, nosotros y con el río Garellano de por medio.

Y así llevábamos desde el verano con los españoles ayunos de todo y metidos hasta el cuello en terrenos insalubres y pantanosos mientras nuestros enemigos nadaban en la opulencia y el despilfarro puesto que gracias al puerto que dominan reciben periódicos convoyes de avituallamiento y de nada les falta.

Sin embargo nosotros estamos carentes de todo, cansados, enfermos, sucios y sin ver un óbolo desde que el Gran Capitán era cabo furriel y claro, la situación se está tensando más que el corpiño de una flamenca, ya conocerán la españolísima costumbre de amotinarse, pues bien allí estábamos a un tris de hacerlo, lo que pasa que nuestro astuto general nos mantenía muy ocupados con continuas encamisadas y rebatos contra el campo francés y con la cava de trincheras y construcción de baluartes y acabábamos tan deslomados que ni ganas de amotinarse ni da nada nos quedaban.

De noche alrededor del fuego los soldados siempre contamos historias y siempre hay bulos y rumores, el de ésta campaña es curioso al menos, resulta que a nuestro loco general se le había ocurrido un plan magistral para derrotar de un mazazo a los franceses, aunque nadie se lo creía, ¿puentes que se desmontan y se vuelven a montar?, ¡por Santiago, qué idea tan absurda!

Sin embargo al llegar diciembre se alcanzó una tregua navideña con el enemigo y algunas columnas españolas hicieron como que se retiraban y en el campo francés celebraron La Natividad de Nuestro Señor por todo lo alto, se les escuchaba cantar desde nuestras líneas,

reían alegres y se sentían muy seguros pues tenían controlada la única pasarela por la que podía cruzarse el río Garellano.

La madrugada de Inocentes de mil quinientos y tres, con un frío que hacía que helaba el aliento los españoles nos pusimos en marcha. Recuerdo la humedad calando en los huesos, los hombres que protegían las llaves de los mosquetes, las picas en alto y la sensación de ir en busca del enemigo, aquel apretón que te encogía las pelotas y te retorció el estómago, después de casi una noche entera de marcha alcanzamos un recoveco escondido del río del que procedían ruidos amortiguados y voces susurradas.

Cuando mis ojos vieron lo que hasta aquel momento no eran más que imaginaciones y mentiras de la soldadesca, no pude creer lo que veían.

Había hombres en el río que movían con mucha dificultad unos cuadriláteros fabricados con barcazas y pontones, los movían usando un ingenioso sistema de poleas y palancas con los que empujaban cada tramo al agua y después los unían con gruesas estacas y maromas, el trabajo no era fácil y a más de uno se llevó el río entre borbotones, espumarajos y santamarías.

En la orilla Juan de Lezcano sonreía satisfecho pues había cumplido el encargo de su general a la perfección y en pocas horas el puente desmontable está terminado y tres mil infantes cruzando por él.

Los franceses para qué les voy a contar, imaginen vuestras mercedes a tres mil energúmenos armados hasta los dientes que han cruzado un río como por arte de magia y que se lanzan a degollar a cuanto francés se pone en su camino. ¿Qué harían?, ¿correr, no? Pues eso hacen los franceses.

Por el sur las columnas aliadas enviadas contra la pasarela enemiga a modo de distracción le han puesto tanto ardor al asunto que han arrollado al enemigo y avanzan directos hacia su campamento y aquél día los franceses no tenían ganas de pelear, lo del puente desmontable y la maniobra de embolsamiento en pinza que nuestro General les había endiñado los había dejado paralizados y aterrados, buscando solamente cada cual su propia salvación.

Para que vean hasta qué límites alcanzaba la gallardía y valeroso ardor del carácter de Don Gonzalo les contaré el episodio del caballero Bayardo.

Era éste famoso caballero galo por nombre Pierre Terrail, valeroso en extremo y hombre de honor que fue de los pocos enemigos que guardaron aquel día el de su Rey. El guerrero en cuestión junto a otros nobles y relucientes Caballeros de Armas se apostan en un paso estrecho y a base de cargas y lanzazos consiguen hacer recular a una compañía entera de lansquenets alemanes. El Gran Capitán que lo ve y sin dudarlo clava las espuelas en su corcel y se mete entre los alemanes a los que organiza en cuadro y les recuerda su deber y su obligación, se cuenta que los tudescos le temían más al general que echaba espumarajos por la boca y utilizaba contra ellos los más selectos insultos de la lengua castellana, que a los propios franceses.

Y con Gonzalo de Córdoba en medio de ellos arengándolos o acordándose de sus santas madres los alemanes ensartan en sus picas a la mayoría de los caballeros franceses, el caballero Bayardo logra escapar y aunque seguirá combatiendo lo hará ya con muchas abolladuras en su reluciente armadura.

Aquel día se hizo muy largo para los franceses pues las órdenes eran tajantes y claras, a degüello hasta que no se ordenase lo contrario, y fueron muchas leguas tras aquellos desgraciados que sólo hacían correr y mirar atrás aterrados mientras por el camino se dejaban sus cañones, sus carros repletos de vituallas, los peroles de las cocinas, las banderas y el honor.

Fue un desastre total para nuestros enemigos y España podía dormir tranquila porque en Italia un general extraordinario velaba por ella. Ya les dije al principio, que La Fortuna me había llevado a servir junto al más grande Capitán que parieron los siglos...

Sancho Velázquez de Guzmán en Italia Año del Señor de Mil Quinientos y Tres.

La retirada

Rávena 1512...

El salpicón de sangre me da en plena cara, pero no me importa, nada me importa ya salvo clavar y tajar, nada me importa excepto llevarme otro gabacho por delante.

Otro bombazo y viene bajo...

Más salpicones y más trozos de camaradas volando por ahí, más gritos y más bultos que se quedan atrás retorciéndose de dolor, mientras el cuadro de infantería española, acosado, vapuleado y perseguido por sus enemigos se retira al ritmo lento que marca el tambor:

- ¡¡¡Raaaán, rataplán, plán, rataplán!!! ... ¡¡¡Raaaán rataplán, plán, rataplán...!!!

¡Y no sé cómo hemos llegado a esto!.

El general que es un inútil y nos expuso a la artillería francesa desde el principio o los venecianos que han vuelto las espaldas, desbaratados y acojonados de ver venir sobre ellos a la tromba de franceses y de tudescos.

Mala alianza es ésta para el buen Rey Fernando ya desde el principio todo el peso de La Liga recién creada había caído sobre los hombros de Aragón y de Castilla, aunque las cosas en casa mejor olvidarlas, que allí ya se sabe que intrigas, envidias y ambiciones son más peligrosas que toda la artillería francesa junta.

Más enemigos vienen a por nosotros pero el cuadro español sigue retrocediendo paso a paso, escupiendo fuego y muerte por los cuatro costados, el campo va quedando repleto de muertos pues cada compañía que es enviada contra nosotros cae aniquilada, el Tercio retrocede sin perder cara al enemigo con el sonido del tambor imponiéndose por encima de los gritos y los arcabuzazos:

-¡Raaaán, rataplán, plán, rataplán!...

Y la vieja Cruz de San Andrés, acribillada a balazos, sigue el ritmo con vaivenes disciplinados que hacen que sus pliegues deshechos flameen al viento con orgullo y entereza, visto desde la distancia el

cuadro parece inmóvil, un muro de filas apretadas allí en medio, un muro infranqueable.

Y no sé cómo hemos llegado a esto, cuando habíamos arrollado a aquellos tudescos que tanto habían horrorizado a los venecianos, los lansquenets con sus larguísimas picas y sus petos de piel... ¡Menudos pardillos!

La primera embestida, claro, a alguno se lleva ensartado como a aceituna sevillana, pero después, en corto, la infantería española es invencible, nos colábamos por entre las filas de tudescos que paloteaban con las inútiles picas y los acuchillábamos sin piedad, muy de cerca, desjarretando lansquenets como a becerros, y luego de postre nos fuimos hasta donde estaban los cañones franceses y casi conseguimos volcarlos todos y matar a los artilleros en una cuña sangrienta que metimos en mitad del ejército gabacho.

Pero nos quedamos solos, ni la caballería nos apoyó, ni ningún aliado corrió a rematar la faena.

El Tercio había avanzado solo y solo había casi vencido al enemigo, pero la inutilidad de nuestro general y la superioridad en número y sobretodo en artillería de los franceses nos negaron la victoria aquel día de abril bajo las murallas de Rávena.

Por eso estábamos ahora desandando el camino retirándonos firmes, serenos y en un orden que admiraba a nuestros enemigos.

Los admira y los irrita pues el ejército francés se está desangrando ante el cuadro de infantería española que se retira impasible y dando zarpazos terribles hacia nuestras posiciones de partida.

Y los gabachos erre que erre...Venga lanzar oleada de infantería tras oleada de infantería que se deshacen contra nuestro valor, son cientos de hombres los que vienen pisoteando a sus compatriotas muertos y con ganas de vengarles y de acabar de una vez por todas con aquel inexpugnable cuadro de españoles que, pasito a pasito, nos íbamos retirando sin dejar de matar ni de morir.

Es entonces cuando vemos como la caballería pesada, los nobles y emplumados caballeros franceses agarran sus lanzas y forman en una fila larga y muy apretada, los "mesiés" se preparan para darnos una carga.

Delante viene su valeroso y joven general Gastón de Foix, tieso, arrogante y mirando con irritación a aquel puñado de españoles que le están amargando la victoria.

¡Mon Dieu!... No puedo permitirlo...-se dice a sí mismo el ardoroso príncipe.

Y se lanza a la carga contra el cuadro español donde sigue arriba muy alta la de Borgoña y sigue sonando, por encima de la batalla, el redoble del tambor español:

- ¡¡¡Raaaán, rataplán, plán, rataplán!!! ... ¡¡¡Raaaán, rataplán, plán, rataplán...!!!

Los caballos y jinetes se ven enormes desde abajo y crecen y crecen hasta que los tienes encima...

Y se abaten las picas y se clavan y se parten y los animales relinchan de dolor y de miedo, salen jinetes despedidos que vuelan desmadejados hasta que se hacen pedazos contra las moharras, otros, cuando caen son acuchillados sin piedad por una turba de manos y desollados en instantes, se disparan algunos tiros de cerca, tan de cerca que arrancan miembros o revientan cabezas y huele a pólvora quemada y a sangre coagulada y los ojos son un río continuo de agua desbordada y escuecen como mil demonios. Se pincha, se clava, se corta y se taja, se muerde y se araña y sales vivo o no, según la suerte, mueren los hombres y caen y otros ocupan el hueco, se cierran las filas, se enroca el cuadro.

Hasta donde me encuentro llegan unos jinetes sin lanzas, con solo las espadas y los ojos desorbitados de horror por lo que ven a su alrededor, llevan mucha pluma y escudo y traían con ellos a algunos pajes con espadines a modo de escolta pero los hemos dejado hechos filetes y ahora nos arrojan sobre los relucientes caballeros que se debaten e intentan aferrarse a los caballos, pero apuñalamos a las bestias hasta que doblan la cerviz y algunos jinetes caen con estruendo de herrería y sobre ellos de inmediato cae una marabunta de espadazos y puñaladas metidas las dagas por todos los recovecos y juntas de la armadura.

Hay un caballero que intenta proteger a otro pues interpone su cuerpo delante de mi espada y claro, lo ensarto y ahora a por el otro, que está lívido y balbucea algo en español:

- Soy...Soy Gastón de Foix... Hermano de la Reina de Aragón - me dice, reclamando de su alcurnia y de su linaje, quizá cree que le

salvará la promesa de una recompensa o de un rescate. ¡Pues va listo el gabacho!

- ¡Pues, con Dios! - le digo pues siempre fui piadoso y cuando creo que ya le ha dado tiempo a ponerse a bien con Cristo le clavo la espada en el pecho un par de veces, por si acaso, haberse quedado en París vuestra merced bailando la chacota.

El camino que va dejando atrás el Tercio en su retirada queda alfombrado por los muertos, los heridos y los agonizantes y con los estandartes de Francia humillados y muchos de sus capitanes hechos filetes entre los caballos, como su amado general De Foix.

Nosotros también dejamos atrás muchos buenos camaradas, valientes soldados del Rey, infantería española que vende muy cara su piel, camaradas que han caído de frente mirando a la muerte a los ojos, por vergüenza y por reputación, por honra y honor, palabras que son más que palabras y que tendrán mucho peso en los siglos venideros, al menos mucho peso en la faltriquera de cualquier español bien nacido.

Ya casi hemos recorrido tres millas así rechazando ataques continuos de infantería y de caballería y batidos por la artillería enemiga y hemos rechazado todos los ataques, todos los intentos, hemos humillado a nuestros enemigos y avergonzado a nuestros aliados escribiendo una página de gloria.

Con el tambor tocando despacio, sin alterar el paso llegamos por fin hasta donde están nuestros aliados, derrotados y vencidos mirando con envidia nuestro cuadro que llega:

-¡Raaaán, rataplán, plán, rataplán!...

Y cada golpe en el parche es un clavo de oprobio y de vergüenza que se clava en el corazón de nuestros aliados que nos habían dejado solos, abandonados y sin apoyo, preocupados tan solo en correr más que nadie.

En el campamento francés lloran a su general al que han encontrado entre los muertos cosido a puñaladas por ésos salvajes españoles y el recuento de bajas los deja helados pues tras la batalla el poderío francés ya no existe, deshecho como el azucarillo en el chocolate ése que traen de las Indias, contra la obstinada, lenta, exasperante y heroica retirada del cuadro de infantería española.

Un veneciano se me acerca con los ojos brillando admirados:

- ¿Porqué no corrísteis?- me pregunta.

- ¿Correr?... ¡Pardiez, estábamos demasiado cansados...!

Y mientras el sonido del viejo parche sigue llenando el aire del atardecer italiano. Y en cada golpe, en cada vibración, en cada nota repetitiva y monótona mi corazón se llena de orgullo.

-¡Raaaán, rataplán, plán, rataplán....!

Setecientos arcabuces

Llegan noticias escalofriantes desde las fronteras orientales del Sacro Imperio, un inmenso ejército turco avanza hacia Viena y ni la lluvia ni las calamidades parecen hacer mella en el poderío sarraceno.

¡Pardiez, que ya es perra la suerte!

Pero en milicia no elige uno donde diñarla, lo eligen los reyes y los nobles y los obispos y la madre que los parió a todos ellos, pero es lo que hay la honra, la hidalguía, el honor y ésas cosas que vuestras mercedes desconocen, pero que hoy en éste siglo tan movido y sangriento son tan importantes, o más, que la propia vida nos obligan a ello.

Y si encima has nacido español, apaga y vámonos. ¡Antes muerta que sencilla!

Entonces va la Reina María de Austria, hermana del Emperador y viuda del acuchillado Luis II de Hungría, muerto junto con la flor y la nata del Reino en la batalla de Mohacs contra los sarracenos y nos pide a setecientos arcabuceros españoles veteranos de Pavía, que acudamos prestos a Viena para defenderla de la marea otomana que se acerca a sus murallas.

¿Quién se niega, a ver...?, nadie, claro... ¿Arcabuceros españoles y lo pide una dama...?. Todos dimos el paso al frente y el que no lo dio de grado lo hizo obligado por las furibundas miradas de setecientos pares de ojos...

Al llegar a Viena justos de tiempo y sin un doblón en la faltriquera para no perder la costumbre, nos encontramos allí con mil y pico lansquenets tudescos, con sus picas enormes y ésas espadas anchas que parecen dos hachas pegadas, pardiez, que hasta a mí me da grima verlos desjarretando sarracenos, aunque qué quieren que les diga, entre sus filas se está más seguro que en la caja de caudales del Alcázar de Toledo.

A pesar de lo cual las relaciones entre tudescos y españoles no son buenas y hay encontronazos, peleas y puñaladas, hay un par de tudescos degollados en oscuras esquinas y hay o había un compañero bocazas, ensartado como aceituna en mitad de La Plaza de Armas y a la vista de todo el mundo, con las tripas esturreadas sobre el pavimento y el tudesco que lo había abierto en canal riéndose

muy fuerte con los dientes enormes asomando como los de una mula. Éste tudesco precisamente era uno de los que había aparecido degollado de oreja a oreja poco después, la cosa se había calentado un poco, para qué les digo que no, pero entonces llegaron los turcos a las puertas de Viena y ya teníamos gorjas enemigas para degollar, así que dejamos las nuestras aliadas para mejor ocasión.

En septiembre llegó el ejército de Sulimán y a pesar de llegar derrengados y rotos tras cruzar bajo la lluvia y el viento la enorme distancia que separaban Estambul y Viena el aspecto de los otomanos era imponente. Miles de hombres y de esclavos que arrastraban máquinas de asedio y enormes cañones de sitio, miles de carromatos y cientos de formaciones rectangulares de infantería y caballería que se perdían de la vista más allá del horizonte.

De inmediato trazan sus paralelas y ponen sitio formal a la ciudad de Viena, son miles, una marea de turbantes y cimitarras con la insana intención de pasarnos a cuchillo hasta al último de los defensores. A los jenízaros da pavor escucharlos gritar en las noches con sus cánticos, sus rezos y los berridos quebrados que te ponen los pelos de punta que hasta los tudescos miran al cielo, tragan saliva y dicen “Mein Got”, o algo así.

En un santiamén los turcos se ponen a cavar trincheras y a arrimarnos candela con los cañones, cañones de los gordos y morteros y saetas que nos arrojan por millones, vienen muy dispuestos a despachar Viena y luego seguir hacia arriba y destruir el Sacro Imperio.

Y encima para colmo de males y de ignominia el gabacho felón y traidor de Francisco I aprovecha a circunstancia y ataca las posesiones españolas en Italia. Y el Emperador que envía a los Tercios “pallá” y nosotros mientras “pacá”, a Viena... ¡Tócate los doce apóstoles...!

Sin embargo nada nos espanta, después de la manta de palos o mejor dicho de arcabuzazos que les dimos a los gabachos en Pavía tenemos mucha confianza en nosotros mismos y además somos fríos como el acero vascongado con el que están fabricados nuestros arcabuces. arcabuces. Y en nuestro oficio y ya sé que es poco humilde y muy arrogante decirlo, pero pardiez ,es que es tan cierto como que hay Dios, en lo nuestro nadie nos moja la oreja porque abatimos al enemigo y si se acerca demasiado lo rechazamos a espada y así seguimos hasta que ya no quedamos ninguno en pie.

Ya saben vuestras mercedes, españoles y la honra, el honor y la gloria...

Llega octubre y los turcos se están ahogando pues desde que llegaron el cielo no ha dejado de llover y los ríos están desbordados y empieza a hacer un frío de tres pares de cojones y ya nevó en las sierras.

Las murallas han soportado el bombardeo, milagro es dicen algunos. Yo no lo dudo pero supongo que el deslome que nos hemos dado reparando revellines, reforzando baluartes y demás etcéteras que conlleva la defensa, digo yo, que algo tendrían que ver, además de la cantidad enorme de enemigos que hemos enviado a su paraíso infiel...

Sin embargo Solimán no se va a largar sin antes un último intento. ¡Qué cojones!, total si los que se dejan el pellejo en los adarves de Viena al fin y al cabo son otros y por eso envía contra las brechas de los muros, brechas que taponamos los tudescos con sus picas y los españoles con los arcabuces, a sus tropas más escogidas, delante por supuesto los jenízaros dando berridos, que caen como moscas una fila tras otra y no se detienen, siguen y siguen avanzando hasta que llegan hasta las piedras y las murallas desmochadas y se encuentran allí con los tudescos, los lansquenetes, que aquí entre vuestras mercedes y yo tienen las pelotas como el acero de Solingen que los ensartan y los descuartizan.

Mientras los españoles no nos andamos de brazos cruzados, ¡qué va!, tras el último escopetazo, sacas la espada y la daga y te tiras contra el turco más cercano a degüello, y apuñalas y matas hasta que te chorrea la sangre codos abajo, si logras sobrevivir claro, que los turcos, ni son mancos ni imbéciles muy al contrario, si te descuidas, estás listo, de repente el alfanje asomando por tu espalda.

Pero esta vez no ha sido el caso... Los turcos reculan.

Así que tras un trago del agua sucia y calentorra que te trae el mochilero, agarras las pelotas de plomo, la pólvora y la mecha, recargas el arcabuz si todavía no se rompió el serpentín y a despachar turcos como a patos, mientras ellos se rehacen y vuelven a la carga valerosos y despreciando a la muerte. Pero oiga, no hay manera, más le valía a Solimán que en las brechas en vez de hombres hubiese piedras, pues los intentos otomanos chocan contra los muros en los que nos hemos convertido los alemanes y los españoles, chocan contra el valor y la determinación de los defensores, ni un solo turco ha conseguido traspasar las murallas de Viena.

Cabizbajos y derrotados los turcos se retiran, el campo está destrozado y lleno de muertos y la larga fila de carromatos atestados

de heridos con las banderas verdes humilladas regresan lentamente de nuevo hacia Estambul.

Las campanas repican a victoria en toda Viena.

Y entre los campanazos, los gritos de los tudescos, la algarabía y el follón que se estaba montando, con los curas arrodillados dando gracias, con los hombres llorando de alegría, en medio de todo aquel tumulto de celebraciones se escuchaban las escopetadas al aire de los arcabuces españoles que tan bravamente habíamos cumplido el encargo de una dama. Retumbaba aquel sonido dentro de mi corazón mientras henchido de orgullo me sabía defensor de La Verdadera Fe y del Imperio, defensor de la honra de mi lejana y amada patria. Defensor de la honra de España.

Juan de la Vega, alférez en el Tercio de Leyva, destacado con setecientos camaradas para defender Viena. Año del Señor de Mil Quinientos y Veinte y Nueve.

Amanecer en Alborán

Si difícil es disparar un arcabuz en tierra imaginen vuestras mercedes lo que es hacerlo sobre las tablas de una galera y más difícil todavía hacerlo a la manera española, a puntería, es decir encarando el arma y apoyándola en el hombro, les juro que hasta que crías el callo, con el retroceso se te remueven todas las entrañas.

Hace muy poco que hemos embarcado y como casi siempre en éstas aguas compartidas vamos en busca de nuestros enemigos principales los turcos, aunque a la pobre España le están saliendo más enemigos que pulgas tiene un perro, a saber: Los sarracenos, los gabachos, los venecianos, los ingleses y hasta el mismo Papa de Roma nos teme y nos desprecia pero nos aguanta porque somos la infantería del Rey Católico, que si no... En fin el Rey y sus lameculos de palacio entenderán de política yo sólo soy un simple soldado, y por cierto, a punto de ganarme el pan.

Habíamos salido de Denia con buena mar y rumbo a Orán. No me pregunten vuestras mercedes por marinerías ni por los secretos de la navegación, porque en los muchos años que pasé embarcado sobre las apestosas y sucias tablas con las que estaban construidas las gloriosas Galeras del Rey, jamás logré entender cómo se las ingeniaba el capitán para llegar a cualquier puerto, ni cómo durante las numerosas tempestades que sufrimos no nos fuimos todos al fondo del mar como plomos.

A la altura de la isla de Alborán que es una peña plana en mitad del mar, la suerte quiso que nos diésemos de bruces contra una poderosa flota otomana, cosa normal en aquellas aguas infestadas de piratas berberiscos, de moriscos resentidos y de naves de La Sublime Puerta que no renunciaba a dominar el Mediterráneo y donde nadie, hasta ahora, había podido plantarles cara.

Nuestro capitán Don Bernardino de Mendoza es buen marino y mejor soldado, ordena virar en redondo y poner los espolones cara al turco, para nosotros los infantes las galeras no son más que un montón de tablas sobre las que combatir y morir, como revellín o caponera, solamente que se balancea y se mueve y la sal corroe la piel y bajo las tablas solo está el inmenso fondo del mar azul.

Era el primero de octubre del año mil quinientos cuarenta y el mar estaba liso como el aceite y el sol calentaba fuerte en el cielo cuando las galeras turcas comenzaron a remar hacia nosotros. Eran dieciséis

naves, entre galeras, galeazas y bergantines y así a ojo podía calcularse en dos mil infantes los que embarcaba la flota sarracena, un tercio, por supuesto, jenízaros que si te enganchaban con el alfanje estabas listo y por eso lo mejor era arrearles un arcabuzazo nada más verlos corretear por las cubiertas siguiendo el viejo verso que decía:

“Contra el infiel sarraceno, plomo y fuego/ antes de que el mahometano/ te arranque los huevos”

Y disculpen vuestras mercedes el lenguaje pero es verso soldadesco y entre piqueros, arcabuceros y rodeleros no encontrarán finuras ni florituras tan solo la crudeza y la realidad más dura.

La flota española la componíamos diez galeras y desde el principio quedó clara la estrategia del enemigo, en media luna, que parezca que no conozcan otra formación los turcos, avanzan directos contra la galera capitana española, descabezada la víbora asunto terminado, debían pensar los sarracenos.

Es un lindo espectáculo ver acercarse las galeras enemigas a todo remo, lindo y acojonante por que se te pegan los testículos al culo que parece que quieran esconderse pero más lindo es, sin embargo, cuando ves como las cubiertas llenas de gorros puntiagudos y de turbantes son arrasadas por la metralla de los cañones españoles pues en su camino hasta nosotros las galeras enemigas reciben unas buenas andanadas de hierro de Vizcaya y de cuchillas de Milán, de pedruscos de granito y de mosquetazos...

Mientras ellos con los remos acompasados en el agua se iban arrimando y nos lanzaban nubes de saetas que se clavaban por todos lados:

-¡Clac, clacac, clac, clac!- hacían en la madera y de cuando en cuando un: ¡Ay!, ¡Agggg!, ¡Virgen Santa!, ¡Confesión!, cuando acertaban en la carne de algún camarada.

Desde la galera “Santa Ana” algún artillero mañoso o afortunado logra volar de un par de cañonazos una de las galeras enemigas que explota en mil pedazos y luego se hunde con mucho estrépito de espuma y gemidos de ahogados.

Pero los turcos cabezones y valerosos, consiguen llegar y se aferran a nuestras galeras y ya pueden vuestras mercedes imaginar el cuadro.

Gritos de miedo y alaridos de dolor, miembros amputados y tripas desparramadas por las cubiertas, espadazos y disparos a

quemarropa, cuchilladas, mordiscos, patadas y escabechina sin freno y todo esto en cada galera y en cada tabla y en cada centímetro de madera y así durante horas.

La verdad es que no tienes lugar para pensar, disparas y disparas hasta que agotas los doce apóstoles o hasta que los turcos se te echan muy encima y entonces tiras de espada y de daga y sientes el aliento del enemigo muy de cerca y ves sus ojos desorbitados y enloquecidos, como los míos -piensas- mientras pinchas, tajas, cortas, golpeas o disparas, según convenga.

Y claro, tratas por todos los medios de sobrevivir, aunque en esto, la verdad, la suerte, tiene mucho que decir pero aquel día La Fortuna estuvo del lado cristiano aunque también nosotros habíamos echado una mano para que la caprichosa Diosa se pusiese de nuestro lado.

En la galera capitana habíamos rechazado dos abordajes simultáneos uno por cada lado, bandas que decían los marinos, el mismo almirante sarraceno Alí Hamet había perdido la cabeza sobre las arrumbadas españolas y con él toda su tripulación y la de la otra galera, la del lado de babor que decían los marinos, también. Habíamos combatido como salvajes sobre aquellas tablas y la sangre chorreaba por todos lados, había muertos y agonizantes tirados sobre cada rincón y la masacre entre los forzados había sido escalofriante puesto que allí amarrados no tienen ninguna oportunidad los pobres.

Los otros capitanes turcos corrieron suerte parecida y por el horizonte, rumbo a Constantinopla se veían un par de maltrechas galeazas que se alejaban de los demonios españoles, navegaban escoradas una remolcando a la otra que iba desmochada y medio sumergida y hasta nosotros el viento de levante traía el lamento de sus heridos.

El agua estaba llena de muertos y de restos de galeras destrozadas y desde dentro de las naves turcas que ardían llegaban los gritos de los cautivos que se asaban allí encadenados y sin poder escapar, sus lamentos terroríficos llenaban el aire mediterráneo y nada podíamos hacer por ellos salvo rezar por sus almas y seguir navegando y luchando para evitar que más cautivos fuesen herrados a las galeras turcas, aunque tales trabajos te expusieran a ti mismo a sufrir tal destino.

De esta manera vencimos a los turcos aquel día de octubre del año mil quinientos cuarenta. Con valor desmedido y bravura sin igual, inferiores en número pero no en orgullo ni bravura. Turcos y berberiscos tendrían que andarse con tiento en adelante al navegar

por aquellas aguas pues las Galeras de España vigilaban y las Galeras de España vencían.

Y aunque como les dije al principio no es lo mismo disparar un arcabuz en la mar que en la tierra, en una y otra ocasión siempre nos dimos buena maña los españoles.

Y aquel que no hizo caso a tal fama pagó siempre el precio más alto por su ignorancia.

David de Zaragoza, arcabucero de la Galera "Nuestra Señora del Pilar" en mitad del mar que los Romanos llamaron "El Nuestro"

Castelnuovo

Me llamo Diego de Quiñones y la historia de mis aventuras y desventuras al servicio de la verdadera Religión y del Emperador Nuestro Señor puede que les suene a vuestras mercedes como fábula inventada o aventura imaginada como las que leía el buen Don Quijote, pues es tal la hazaña que para aquellos que no la vivieron en primera persona y de éstos quedan pocos, puesto que pocos son los que de allí salimos vivos, es difícil imaginar el derroche de valor, abnegación y actos de heroísmo que se dieron aquellos días de verano sobre las murallas de Castelnuovo.

Todo había comenzado pocos años antes cuando Solimán el Magnífico se había dado de bruces contra las murallas de Viena y sus invencibles turcos corrieron como locos más allá de Hungría tras ser detenidos en seco bajo las murallas por los lansquenets alemanes y los arcabuceros españoles que la Reina María de Austria había enviado en socorro de la ciudad.

Después los otomanos habían perdido Túnez a manos de los españoles y su jefe Barbarroja se lamía las heridas junto al Sultán, que lejos de castigarle por la derrota y conociendo a su ardoroso, valiente y eficaz almirante le entrega una flota para que haga la guerra a los cristianos y controle, otra vez, el Mediterráneo. Toma más galeras y más hombres y corre a degollar infieles como es tu obligación - le dijo.

Así en el año mil quinientos treinta y siete los sarracenos saquean las poblaciones italianas de Otranto, Ugento y la Fortaleza de Castro, todas ellas para situar a vuestras mercedes en el tacón de la bota italiana, además conquistan a sangre y fuego las islas griegas de Syros, los y Tinos, luego la barbarie musulmana se extiende por todas las factorías y puertos de La Serenísima República llegando incluso a amenazar las Islas Baleares y las posesiones españolas en el norte de África.

El Papa Pedro III que es compadre de los venecianos convoca entonces de urgencia una Santa Liga contra los infieles y en respuesta acuden el Emperador Carlos, el Archiduque de Austria, Venecia y los Estados Pontificios, todos ellos poniéndose zancadillas y dándose trompazos unos a otros como buenos cristianos.

No les voy a mentir si les confieso que ante tales aliados embarqué sin temor a la muerte pero prevenido y avisado sobre nuestros amigos pues desde siempre ha sido notorio el desprecio, odio y envidia que los venecianos nos tienen a los españoles, así como que el Papa nos teme más que a una vara verde, o sea que imaginen el cuadro. Menos mal que los Caballeros de San Juan se han unido también a la flota, que estos caballeros pese a su altivez, arrogancia y emperifollados ropajes, siempre combaten al Turco con valor y osadía y cada galera de La Religión, que así las llamamos, tiene el deber de atacar a los musulmanes allí donde los encuentren y atacarlos aunque sea en inferioridad de número y esta circunstancia, en verdad, es un alivio.

Más pronto que tarde empezaron las discusiones, controversias, envidias, ambiciones y arrogancias entre los aliados. Los venecianos a pesar de que el afamado almirante Don Andrea Doria mandaba la expedición naval, no tragaban con que a los españoles los comandase Don Hernando Gonzaga, militar éste plático en la guerra y ardoroso en el combate y los españoles que éramos mayoría de infantería en cada galera, por supuesto no queríamos, ni admitiríamos nunca, más jefe que Don Hernando.

Así que con semejante cuadro el fiero y peritísimo marino Barbarroja nos dio las del pulpo en la batalla de Prevenza, allí que pudimos haber acabado con él, pero sus acertadas órdenes sacaron a sus naves de la bahía donde se encontraban fondeadas y en la huida encima, causaron un gran daño a la flota combinada. Una prueba más de que la unidad entre los cristianos es mucho más complicada y frágil que la que disfrutaban los Sultanes y emires musulmanes, si no ahí tienen la actitud vergonzosa de Francia y su traidor Rey Francisco, que no solo no se ha unido a la Liga sino que encima, ofrece refugio y amparo a las naves otomanas que van cargadas de cautivos cristianos, muchos de ellos franceses.

Lo único positivo de la derrota en Prevenza es la toma por parte de los soldados españoles de la ciudad fortificada de Castelnuovo, positivo en aquel instante, porque a los pocos días de hacernos con ella La Liga y el apoyo que recibíamos los de Castelnuovo se esfumaron.

Allí nos quedamos con la única compañía de la bandera con la Cruz de San Andrés. Y de los turcos, claro.

Resulta que el Emperador se había negado a entregar la plaza a Venecia que éstos reclaman como suya, puesto que se encuentra situada en la llamada Albania Veneciana, pero les puedo jurar que aquí, en Castelnuovo no hay ni un solo soldado veneciano. Un Tercio español es el que defiende las murallas, tres mil hombres que

provenimos casi todos del extinto Tercio de Niza disuelto por amotinarse y sus hombres como castigo, entre ellos un servidor, repartidos entre el Danubio y el novísimo Tercio de Castelnuovo bajo las ordenes de Don Francisco Sarmiento, quince banderas, tres mil hombres y un puñado de curas que tras enviar peticiones de ayuda al Emperador, a Venecia y al Papa nos vemos abandonados a nuestra suerte, ignorados por todos, un puñado de soldados defendiendo una posición perdida pero dispuestos a vender cara nuestra piel y a cumplir nuestra obligación como hidalgos y españoles.

Aunque he de confesar a vuestras mercedes que el miedo también era nuestro compañero, pero claro, eso ninguno lo reconoceríamos jamás delante de nadie, por algo éramos un Tercio español y nuestra reputación y el honor de nuestras banderas eran más importantes que la propia vida.

En julio de mil quinientos treinta y nueve los primeros barcos turcos se plantan frente a la fortaleza de Castelnuovo y desembarcan muy flamencos a mil hombres en las playas, al paso le salen tres compañías que avanzando en cuadro arcabucean y ensartan turcos en las picas moviendo las moharras como aspas de molino, menos de la mitad de los otomanos consiguen por los pelos reembarcar en sus galeras.

Desde las murallas contemplo a Machín de Munguía y su compañía de vizcaínos que han destrozado a los infieles y regresan ahora desde la playa victoriosos con cabezas de turcos clavadas en las picas y gritando en su incomprensible idioma montañés.

Pero el asedio no ha hecho más que empezar.

El dieciocho de julio el mismísimo Barbarroja llega la rada y desembarca a su poderoso ejército que empieza de inmediato con los trabajos de trinchera y de cava y construyen baluartes para la artillería moderna y poderosa que traen en abundancia, cañones , culebrinas, pedreros y morteros de todas las clases y tamaños.

Entre tanto los de la guarnición hacemos encamisadas cada noche y salimos al campo enemigo a degollar a todo bicho viviente y a fastidiarles las obras todo lo que podamos pues causan pavor entre la soldadesca turca estas acciones por sorpresa. En una de éstas salidas conseguimos matar a ochocientos jenízaros que se habían atrevido a intentar un golpe de mano nocturno, una especie de encamisada moruna que no les salió pues los descubrimos y los hicimos pedazos a todos ellos en un decir Jesús.

Barbarroja está que trina pues sabe que la victoria no será fácil. ¡Cani espagnolo! - pensará- ¡Más duros que el pedernal!

Con tanto combate y escaramuzas imaginarán que en nuestro ánimo estaba rendirse o capitular pero nada más lejos de la verdad, solamente basta recordar las palabras que nuestro Maestre de Campo les soltó a los emisarios del turco que llegaron exigiendo la rendición para que comprendan vuestras mercedes hasta qué punto estaba la guarnición dispuesta a morir allí.

- "Que viniesen cuando quisieran"- les dice a los emisarios que Barbarroja. ¡Con dos cojones!

A éste supongo que le sentó aquello como un pistoletazo porque de inmediato envía contra las murallas a sus tropas en masa y la artillería bombardea sin descanso y las piedras vuelan y los hombres saltan hechos pedazos. Pero el general otomano elige un muy mal día para su ataque principal porque es el veinticinco de julio y es la fiesta de Santiago Apóstol que una vez más estuvo a nuestro lado, pues al finalizar el combate habíamos hecho al enemigo más de seis mil muertos y ni uno solo había conseguido atravesar los muros de Castelnuovo.

Y pensarán vuestras mercedes que miento o exagero pero peor fue al día siguiente el veintiséis, en el que enloquecidos atacamos el campo enemigo tras de nuevo rechazar su asalto y gritando como posesos nos arrojamus luego contra ellos con tanto ímpetu que fuimos empujándolos hasta el borde del agua y hasta el propio almirante Barbarroja, pataleando y jurando en árabe, en arameo y en italiano fue llevado en volandas, casi corriendo sobre las aguas su aterrorizada escolta hasta su mismísima galera almiranta.

Aquellos días todos creímos que venceríamos a los turcos y que el Emperador no podía dejarnos morir allí y que nuestras banderas fuesen humilladas y vencidas tras tan heroica resistencia, pero nos equivocábamos. Al Emperador le importábamos lo que un indígena de aquellos de las Indias, o sea un pimiento, morir con honor es su obligación de hidalgos y de españoles- estaría diciendo en palacio el muy flamenco, como si lo estuviese viendo.

Iberia no siempre parió leones y algunos desertores, cobardes e hideputas, reniegan de la verdadera Fe y se pasan al campo enemigo, traidores despreciados por Barbarroja pero al que ofrecen una valiosa información sobre la situación de la guarnición de Castelnuovo.

La situación que quieren que les diga, es la que es, a estas alturas apenas queda munición para los arcabuces ni los cañones, ni pólvora, ni apenas alimentos, ni agua, los heridos más graves son los únicos que permanecen en la enfermería pues los demás están en las murallas, todos estamos agotados, sucios y hambrientos, deslomados por los continuos combates y las obras de reparación de las fortificaciones.

Los renegados informan a Barbarroja de que el punto más débil de las defensas se encuentra situado en un pequeño castillete que está pegado a la ciudad y contra él se apuntan de inmediato los cañones sarracenos.

Machín de Munguía, sus vizcaínos, mi capitán De Haro, algunos camaradas y yo entre ellos, aguantamos sobre las ruinas del castillete pulverizado por la artillería enemiga un día entero las embestidas de los turcos, entre aquellas piedras derruidas empapadas de sangre no luchábamos ya por reputación ni por honor, cada soldado español nos convertimos en lobos sanguinarios que sólo perseguíamos matar a tantos enemigos como nos fuese posible hasta caer muertos, todos luchamos aquel cuatro de agosto por salvar nuestras vidas y muy pocos conseguimos salir de entre las ruinas del castillete y mientras en las murallas no era mejor la situación y los jenízaros habían logrado tomar una de las torres de la ciudad.

¿Creerán vuestras mercedes a éste humilde soldado si les digo que no sentía miedo?.

Solamente un infinito cansancio y una sed horrible nos mantenía a los supervivientes en un estado de febril alerta, defendíamos los adarves, degollábamos enemigos y moríamos de forma automática, impasibles y aceptando una suerte que tarde o temprano sabíamos que nos alcanzaría, el final estaba muy cerca todos lo sabíamos pero aceptábamos nuestro destino con sólido estoicismo castellano.

Y más estoicismo y más impavidez todavía cuando se intenta volar la torre capturada por los turcos y la mina les estalla a los españoles que la colocaban en las narices, matándolos a todos. Allí murió mi compañero y amigo Don Miguel de Formín, excelente minador y hombre de agallas al que Dios tenga en su Gloria, al menos el pobre apenas se enteraría de nada, volatilizado en un segundo por la desgraciada explosión.

Todo esto ocurre el cinco de agosto y los sitiados en Castelnuovo llevamos veinte días soportando la presión de un ejército turco de más de veinte mil hombres y doscientas galeras. ¡Con dos cojones!

Bombardeados noche y día, atacados sin descanso por los terribles jenízaros, abandonados de toda la Cristiandad, solos y perdidos desde el principio. Pero nuestras banderas ondean todavía hechas jirones en lo más alto de las torres y cada vez que las miramos una punzada de arrogancia nos invade a todos, Barbarroja aún no nos ha vencido y tendrá que derramar mucha más sangre todavía para poder hacerlo, Castelnuovo muere pero no se rinde.

La Providencia sin embargo parecía haberse puesto del lado de los turcos cuando el día seis de agosto amanece lloviendo a mares y la poca pólvora que nos quedaba y los mosquetes, arcabuces y cañones que funcionaban todavía quedan empapados e inservibles.

Barbarroja aprovechando la circunstancia lanza de inmediato un nuevo ataque pues son todavía miles los turcos que quedan con vida.

Entre los cascotes de las murallas, las ruinas de los baluartes, las trincheras hechas añicos y los muertos apilados, aparecemos los espectros de los trescientos españoles en condiciones de combatir que quedamos, flacos y sucios con los heridos arrastrándose hasta las murallas para morir en ellas y no en sus camas degollados como perros porque todos preferimos morir matando.

El choque es tan brutal que en las primeras filas sarracenas no queda nadie vivo y nos defendemos con las espadas, las dagas, las picas, los dientes y las uñas y los otomanos espantados se retiran, otro asalto más rechazado ya he perdido la cuenta de cuántos llevamos, otra vez los irreductibles españoles aguantamos a pie firme el envite de miles de enemigos que nos acosan. Pero cada vez somos menos y cada vez se alzan menos espadas y hay más compatriotas muertos aquí y allá rodeados todos ellos por una masa de cadáveres enemigos.

El Maestre Sarmiento herido, nos reúne a lo que queda de sus tropas, somos apenas doscientos hombres y a pesar de que todos estamos agotados y heridos en mayor o menor medida nos propone que al siguiente día nos retiremos ordenadamente y por escalones, hacia la Ciudadela, donde está refugiada la mayor parte de la aterrada población civil.

- Hay que morir de pie y que el Señor nos abra las puertas del cielo como a hijos predilectos- nos dice.

- Amén- le contestamos.

Después se reparte un poco de bizcocho podrido y el último vino que queda, el de las misas, total, no creo que el único cura que queda vivo pueda volver a celebrar ninguna.

Ya no quedan murallas solamente hay un reguero de piedras sueltas y de cascotes sobre los cuales algunos soldados empezamos a entonar una vieja canción de marcha de los Tercios y enseguida los tambores y chirimías turcas nos responden, los musulmanes tienen cantos guerreros que, aquí entre vuestras mercedes y yo ponen los vellos de punta, pero aquella noche lo que nos puso los pelos como escarpas fue que a los pocos que habíamos empezado a cantar se nos unieron las voces roncas de cada uno de los defensores de Castelnuovo y cantamos tan alto y tan fuerte que poco a poco los tambores enemigos se callaron y las trompetas enmudecieron y en mitad de la madrugada tan solo se escuchó el sonido del silencio de los enemigos admirados y el de nuestras voces rotas.

Amaneció aquel siete de agosto en la ciudad de Castelnuovo y el ataque otomano fue inmediato y brutal.

Allí no contaba ya la pericia de espadachín o la mala leche de cada cual, la simple suerte permitió que unos muriesen y otros no pues el repliegue como pueden imaginar fue el finibusterre, solamente la legendaria disciplina de los Tercios, que retrocedía siempre de cara al enemigo y dando terribles dentelladas nos permitió llegar a unos cuantos supervivientes hasta las puertas de la Ciudadela, para encontrárnoslas cerradas a cal y canto y tapiadas por dentro, solamente te queda entonces poner la espalda contra el muro y la cara al enemigo que se abalanza hacia ti en terrorífica tromba.

Ensarto a un jenízaro que se me viene encima pero otro me golpea en la cabeza y siento un terrible dolor y la oscuridad me engulle, todo terminó...

Pero debo estar en Gracia de Dios porque cuando me despierto estoy maniatado junto a otros españoles en una galera turca. La cabeza estallándome en mil pulsantes dolores distintos y la boca amarga, el balanceo de la galera no ayuda y con cada vaivén mi estómago vacío pugna por salir por mi boca y a lo lejos distingo la columna de humo que se alza sobre la ciudad de Castelnuovo que los turcos estarán sometiendo a saqueo:

- Nos están diezmando- me dice el hombre que está a mi lado y al que apenas reconozco pues está negro de pólvora, sucio y empapado en cuajarones de sangre turca seca, se le ve agotado con los ojos

enrojecidos y los labios agrietados por la sed, supongo que yo no debo tener diferente aspecto.

Aparece entonces en la cubierta el mismísimo Barbarroja y a su lado un sucio y demacrado pero erguido y arrogante Machín de Munguía, el almirante otomano admira y respeta al bravo capitán español y le propone renegar y convertirse al Islam, que él lo nombrará su lugarteniente, le dice.

Pero el bravo vasco escupe un espeso gargajo entre los pies de Barbarroja y replica : ¡ Antes la muerte que la deshonra!

Los turcos lo degollan en el mascarón de proa de la nave capitana turca, a él y a más de la mitad de los prisioneros españoles capturados y es un final terrible para hombres tan valientes pero así son las cosas de la guerra, unas veces se gana y otras se pierde, al menos en aquellas aguas, playas y murallas de Castelnuovo se lo hemos hecho pagar bien caro a éstos infieles.

Se nos acercan dos jenízaros y de nuevo la suerte me acompaña pues escogen a otro para el matadero de proa y a mí y a otros veinte compatriotas que nos libramos de la degollina, nos amarran al remo de una galera otomana rumbo a Constantinopla.

Allí seremos esclavos y otros muchos camaradas morirán de privaciones y martirios y durante seis años permaneceré cautivo de los turcos. Y les diré a vuestras mercedes que logré sobrevivir y regresar a España tras una fuga espectacular con algunos compañeros y miles de leguas recorridas atravesando territorio enemigo.

Pero ésa es otra historia.

Diego Quiñones, arcabucero del extinto Tercio de Castelnuovo.

Gravelinas

Déjenme que les cuente a vuestras mercedes la historia de la batalla de Gravelinas que es poco conocida y recordada con mucho menos bombo y platillo que la famosísima de San Quintín, celebrada un año antes y donde les habíamos dado a los franceses las suyas y las de un romano acabando con sus emperifollados y acorazados caballeros a arcabuzazo limpio, pero claro, el buen Rey Felipe no podía levantar un monasterio con cada victoria pues entonces no quedaría mármol en todo el Imperio.

El Rey Enrique II de Francia estaba que echaba chispas y espumarajos por la boca cuando se acordaba de sus nobles caballeros pasados a cuchillo en San Quintín y deseando vengarse prepara un nuevo y flamante ejército y lo pone al mando a sus mejores hombres: El Duque de Nevers, el Señor de Thermes y el Duque de Guisa, caballeros todos de noble linaje y altísima alcurnia.

Al principio todo le sale redondo al gabacho, el de Guisa expulsa a patadas en el culo a los ingleses de Calais y toma la ciudad fronteriza de Thionville, mientras el señor de Thermes avanza hacia Flandes y saquea Dunkerque y Nieuwpoort, luego regresa con el victorioso ejército francés cargado de botín hacia Calais.

Lo que los franceses no saben es que al otro lado del río estamos esperándolos, el Duque de Egmont con su caballería ligera flamenca y los Tercios Viejos. Sorprendiendo el enemigo con tan audaz y rápida maniobra que los ha dejado, como quien dice, con el culo al aire, pues tienen el río a su espalda, el mar cargado de Naos vizcaínas e inglesas aliados en la ocasión y su ala derecha embotada por los carros de abastecimiento cargados del botín fruto de la rapiña francesa en Dunkerque, que aquí en Flandes todo Cristo saquea, roba y mata y luego somos los españoles los de la Furia y demás falacias, ¡así parta un rayo el espinazo de los enemigos de España!

A pesar de todo los franceses parecen muy seguros de su victoria y en nada parece importarles su nefasta posición estratégica. El Señor de Thermes posiciona su artillería y a su caballería protegiendo a la infantería que se esconde tras una doble línea de carromatos y carretas mientras gritan y cantan que da gusto oírlos, nosotros permanecemos callados soplando las mechas mientras pensamos:

-¡Cuando el gabacho canta o lo han jodido o de camino anda!

Entonces empieza el teatro. El primer acto es una carga de caballería francesa que intentan detener Egmont y sus jinetes flamencos pero que no pueden y los caballos acorazados siguen avanzando enardecidos y soltando espuma por la boca, para caer abatidos uno tras otro por los arcabuceros de nuestras mangas los mejores del mundo, oiga, serenos, impassibles y profesionales, apuntamos, disparamos y recargamos y no dejamos francés o caballo en pie.

Me encuentro entre ellos con los ojos rojos, la boca negra, la garganta seca, pero la sensación de orgullo me llena y no tengo miedo puesto que estoy en el sitio más seguro del mundo, formando parte de una manga de arcabuceros españoles, que por cierto, hacemos nuestro trabajo con mortal eficacia, parece ser que los gabachos no se habían enterado del todo en San Quintín.

Entonces entre mitad de la humareda veo que algunos camaradas enardecidos y pisoteando a los jinetes franceses que hemos abatido van corriendo hasta la línea de carros y se encaraman a ellos y luego empiezan a disparar y a recargar como demonios enloquecidos y claro, no íbamos a dejarles solos, así que corremos el resto de arcabuceros hasta los carromatos casi dos mil arcabuces mecha encendida y bala en caño, imaginen vuestras mercedes el panorama.

Cuando me encaramo y apunto veo que los infantes franceses aterrorizados ni forman cuadro ni nada, paralizados y con los ojos desorbitados como un rebaño de borregos con una manada de lobos alrededor y éstos lobos son despiadados.

La desbandada francesa que se produce es espectacular pero corretean hacia ninguna parte pues desde todas partes surgen enemigos.

Los que se quedan en el rebaño mueren acribillados por la escopetada continua y sin cuartel de los que estamos encima de los carros que como en las ferias de los pueblos disparábamos sobre aquellos desgraciados y los que corren tienen dos destinos: Los que van hacia la playa reciben el bombardeo preciso y continuado de los cañones ingleses y vizcaínos, unidos en la ocasión para desjarretar gabachos, a los otros los persigue el Conde de Egmont que siega los campos con sus jinetes flamencos.

Vuestras mercedes no se hacen idea de las imágenes horribles que vieron mis ojos cuando se disipó la humareda espesa de la pólvora, es algo inenarrable. Diez o doce mil franceses estaban muertos o agonizantes, repartidos entre la Villa de Gravelinas, el río Aa y el mar y todas sus banderas y su artillería estaban en nuestras manos y el

silencio se rompía por los lamentos de los malheridos que se arrastraban y por el relincho de caballos desventrados mientras a lo lejos en la orilla, el mar arrastraba cientos de cuerpos de enemigos y en el aire el olor a pólvora, sangre y sudor lo impregnaba todo.

Al Rey Enrique, vapuleado dos veces en dos años, no le quedó otra que correr a firmar con el buen Rey Felipe la ventajosa para España paz de Cateau-Cambresis, donde el gabacho tuvo que tragarse la hiel amarga y como decimos aquí, envainársela.

Y esta es la historia de la batalla de Gravelinas, sucedió tal hecho el día trece de julio del Año del Señor de Mil Quinientos y Cincuenta y Ocho.

Yo pienso que el Emperador debía haber mandado construir al menos una humilde capillita.

Juan de Tudela, arcabucero español, sentado en la playa de Gravelinas contando los anillos de oro y las monedas que ahora abultan mi faltriquera.

La encamisada

El frío se cala en los huesos y la humedad flamenca nos hace temblar, los dientes castañetean, las articulaciones duelen y en cada paso hay que despegar los pies del fango que parece que quiera dejarnos para siempre clavados sobre el estrecho dique por el que caminamos en silencio, solamente se escucha el murmullo de algunas oraciones musitadas en voz muy baja mientras los hombres se ponen a bien con Dios, mejor así pues a falta de cura que nos bendiga cada cual quiere irse, si hoy sale elegida su papeleta en el sorteo de la muerte con la conciencia y el alma en paz, y que al menos en el cielo tengan el reconocimiento y la fortuna que su patria siempre les negó.

Caminamos en hilera y apenas se distingue la sucia camisa del que va delante, las armas envueltas en trapos, los escapularios y cadenas de Santos y Vírgenes bien metidas entre el jubón, los oídos atentos, la mirada tratando de captar la poca luz que la gris luna flamenca nos ofrece, los pasos cortos pero firmes, algunos resbalan por el filo fangoso del dique y caen en las frías y turbulentas aguas donde se ahogan en silencio sin aspavientos ni manotadas inútiles y se dejan llevar por la corriente mansos y mueren acorde a la fama que su nación les exige pues somos españoles y la reputación y la honra de un español valen más que su propia vida.

Poco a poco nos vamos acercando hasta el campamento enemigo y el dique que construyen, paso a paso, sin prisas, degollando silenciosos y eficaces a los centinelas que están muertos antes incluso de enterarse de que lo están.

Algunos se despliegan con los pocos arcabuces que a tales golpes de audacia se traen, con la única misión de protegernos a los demás cuando llegue la hora de poner pies en polvorosa y detrás nuestro no queden más que lamentos, por eso para tal faena se han escogido a los mejores tiradores capaces de acertar en un ojo a un jinete holandés en plena cabalgada.

Los demás nos desparramamos dentro del campo enemigo, durante los primeros instantes la calma y el sosiego continúan después siempre sucede lo mismo alguien dispara una pistola, o con la daga en el pescuezo da un alarido espeluznante antes de que se lo rebanen y luego la degollina, el caos y el desenfreno, pues no hay, ni debe haber cuartel en las encamisadas, pensadas para causar el mayor terror posible al enemigo y que ni coma ni duerma ni se alivie sin el temor de

que aparezcan de repente los españoles encamisados gritando aquello de ¡Cierra!.

Algunos desventran a los caballos mientras los pobres animales relinchan y dan coces enloquecidos, ¡pobres bestias!. Otros se han acercado hasta los cañones, clavándolos y metiendo fuego a la pólvora que empieza a arder y a estallar iluminando la matanza. Zapadores tudescos demuelen con sus hachas el trabajo de los holandeses, cortan cuerdas y pilares y el dique pronto queda convertido en un montón de astillas.

Los demás estamos muy entretenidos persiguiendo a los pocos enemigos que no han muerto en sus camas y que espantados y medio dormidos vamos degollando según encontramos, pocos tratan de defenderse y muchos de huir pero no tienen a dónde. Luego llega la hora del saqueo, nos llevamos la ropa, los utensilios de peltre, las espadas, las dagas damasquinadas, los dientes de oro y todo cuanto encontramos, los más afortunados monedas de oro y plata que han saqueado de la tienda de algún oficial, lo que agarremos cada cual en su saco será la única paga que recibamos pues el Rey lleva sin pagar un óbolo desde que El Cid cabalgaba por los campos de Castilla.

A la hora de retirarnos la escolta de los arcabuces apenas tienen que disparar pues solamente algún desgraciado desorientado nos sigue, detrás el campamento holandés arde por los cuatro costados y muy pocos han sobrevivido a la encamisada y los que lo han conseguido están heridos o escondidos y aterrados por lo que han contemplado. No sé si les he dicho ya a vuestras mercedes que no hay cuartel para nadie en las encamisadas y el dique con el que pretendían ahogarnos está destrozado y seiscientos herejes han despertado del sueño con una daga española en el gáznate, además volvemos casi todos los que salimos y con abundante botín y eso es lo único que importa.

En pocos días los anillos, las telas finas y los doblones estarán ya en manos de tahúres, putas o taberneros, que ya se sabe que en campaña lo que se gana con riesgo de la vida en disfrutar la misma debes gastarlo.

Aunque hay algunos soldados que ahorran y guardan monedas en cinturones y faltriqueras secretas, esperanzados en regresar enteros y terminar sus días en España junto con un trozo de tierra y una mujer moza que les cuide la vejez... ¡Pardillos que son, pardiez!

Pues nunca se sabe cuando La Parca llamará a tu puerta y en Flandes, menos.

Ésta noche, otra vez, volveremos a ponernos las camisas sobre los petos y volveremos a marchar en silencio y volveremos a apretar los dientes mientras el frío hereje nos cala los huesos.

Para que los enemigos de España despierten del sueño en mitad de su peor pesadilla...

Íñigo García de Londoño, pica seca de infantería española, destacado en Flandes y experto en encamisadas.

La de San Quintín

El otro día les conté a vuestras mercedes la historia de la batalla de Gravelinas y decíamos que el Rey podría haber erigido al menos una capilla pues la victoria sobre nuestros enemigos bien la merecía, lo que pasa es que apenas un año antes les habíamos dado a los gabachos un repaso de padre y muy señor mío y tan enorme y aplastante había sido aquella victoria en el sur de Flandes que lo último que pensábamos es que vendrían a por más, como vinieron después en las Gravelinas...

Porque tan grande fue la victoria aquel día, que por cierto era el de San Lorenzo, que el buen Rey Felipe mandó construir en recuerdo de tal gesta el Monasterio en el Real Sitio de El Escorial que estoy seguro se convertirá en magnífica obra y muestra del poderío de España, aunque ahora por allí no hay más que piedras desparramadas y lameculos del Rey aportando ideas.

Pero no les quiero aburrir con palaciegas intrigas, a lo que voy, aquel día de agosto de mil quinientos cincuenta y siete, con un calor de mil demonios que pareciese que en vez de en Flandes estuviésemos en La Mancha, al ejército del Rey Felipe que sitiábamos tan ricamente la plaza de San Quintín, nos apareció de repente, por allí por donde la espalda pierde su casto nombre, un numerosísimo y poderoso ejército francés. ¡Tócate los doce apóstoles maño!, cogidos por retaguardia como pardillos.

A pesar de que los españoles éramos los menos numerosos en el ejército imperial siempre se nos enviaba a los puestos de mayor riesgo y fatiga y tampoco ningún español bien nacido hubiese querido estar en otro sitio. De esta manera los de los Tercios Viejos habíamos sido los que tomados a puros huevos el puente sobre el río Somme y el barrio del arrabal sin dejar ni un gabacho vivo a nuestro paso y ahora nuestro astuto general nos envía casi a hurtadillas hacía un recoveco del río.

Los franceses del socorro han llegado muy arrogantes y soberbios, soplando pífanos y tronando sus tambores a degüello, vienen al frente del ejército numerosos caballeros vistosísimos y emplumados montando sobre corceles acorazados y el Duque de Egmont con la caballería ligera flamenca sale a recibirlos de inmediato tal y como se merecen.

Mientras tanto los ladinos franceses han enviado barcazas atestadas de infantería hacia el otro lado del río pero el Somme baja muy escaso de caudal y apenas no es más que fango lo que arrastra y pronto las barcazas francesas empiezan a quedarse inmovilizadas sobre el lodo. Se les ve nerviosos a los franceses mientras tiran de los cabos tratando de arrastrar las barcas y mirando nerviosos hacia el otro lado del río:

- ¡Allé, allé! - dicen apurados.

Y de repente la voz de guerra española del ¡Cierra!, ¡España!, retumbando como el trueno y los franceses que se quedan inmóviles y con los ojos como platos y luego la escopetada brutal y al unísono de los mil arcabuceros que estábamos allí agazapados sin poder apenas contener la risa viendo a los gabachos empujando las barcas. No sé a cuantos matamos, pero al cambiar de posición el río era color sangre y sobre el fango y sobre las barcazas se quedaron amontonados una buena porción de enemigos muertos.

Lo que queda del ejército francés se retira entonces con mucho desorden hacia el bosque de Montescourt donde organizan una línea defensiva, sin embargo lo que se les viene encima es demoledor pues los Tercios avanzan en cuadro redoblando el tambor a degüello. En la derecha están los españoles y los alemanes que manda el gran Don Alonso de Cáceres, el centro es del Maestre Don Julián Romero que tiene bajo sus órdenes a españoles, borgoñones y a los ingleses enviados por la esposa del Emperador y a la izquierda estamos los del temido Tercio de Navarrete y por aquí, pueden jurarlo vuestras mercedes, no pasará ningún francés.

Mientras avanzamos los arcabuceros de los tres cuadros disparamos y recargamos sin pausa, fríos y eficaces mientras los mochileros no dejan de traernos recargas para el arcabuz y agua para las bocas que tenemos todos terrosas y amargas, reseca y agrietadas. No dejamos de apuntar, disparar y recargar ni de matar enemigos en ningún momento por eso los piqueros tudescos nos miran atemorizados:

-¡Míralos, Hans, no se detienen... ¡No nos van a dejar ni uno!

Es en ése momento de la batalla cuando cinco mil paisanos suyos al servicio de Francia abaten sus picas y se rinden, la verdad es que a muchos nos los cepillamos hasta que la cosa se aclaró, pero qué se le va a hacer, es por culpa del descontrol del momento, ¡pardiez! no vas a pararte a preguntar en mitad de la batalla.

Cuando los alemanes se rinden en masa el general francés se cae del caballo del soponcio que le dio y por eso fue después capturado. Los franceses que quedan se deshacen y empiezan a correr sin mirar atrás y es mejor que no miren porque el Tercio no se detiene y los arcabuces no dejan de repartir plomo y las picas no se cansan de descuartizar al enemigo y de postre la caballería de Egmont aniquila a sablazos lo que quedaba del centro francés.

Y qué quieren que les diga, pero allí hablando francés no quedó nadie pues hasta los prisioneros franceses, cinco o seis mil que capturamos, estaban sentados en el suelo muy calladitos, muy calladitos y temblando como flanes cada vez que a algún soldado borracho se le escapaba un mosquetazo.

No sé cómo quedará El Escorial, pero a veces pienso, y que San Lorenzo me perdone, que en vez de con forma de parrilla el Rey, tendría que haberlo mandado hacer con forma de arcabuz.

Juan de Tudela, en la Provincia de Luxemburgo, recordando el día que San Lorenzo se ganó un monasterio.

El vado del río Elba

Ahora que ya soy viejo y las arrugas recorren mi piel y mi memoria, ahora que La Parca tiene la entrada abierta y me visitará cualquier día, ahora que mi reloj está a punto de detenerse no sé cuál es el ciego impulso que me lleva a coger papel, pluma y tinta y en vez de redactar mi magro testamento voy y me pongo a recordar y a escribir sobre aquello que pasó hace ya tantísimo tiempo.

Pero es que la memoria no entiende de edades y quizá contemplar la falta de ella en mis compatriotas me impulsa a desempolvar aquel tiempo de miseria y hambre pero también de gloria, de valor y de honra. Porque resulta muy triste contemplar como nadie recuerda ya el valor inaudito, la determinación y la audacia de los que aquella noche nos arrojamos al agua.

Era el año mil quinientos cuarenta y siete, la mitad del siglo, y los protestantes alemanes se coaligaron para su defensa común, La Liga de Esmacalda la llamaron, así ardan los malditos herejes en el infierno y los intentos del Emperador, que estaba viejo y cansado y con el tobillo hinchado como morcilla de Burgos, por arreglar las cosas por vía pacífica se los pasaron los Príncipes alemanes por el forro de los aparejos masculinos y atacaron con saña las ciudades católicas y expropiaron, o sea, robaron todo lo que pudieron y más, asesinando de paso a todo el que pillaban por medio. Tolerantes y civilizados que te cagas los protestantes éstos.

Que los herejes mucho escribimos Leyendas Negras a nosotros, pero oiga, ellos no se quedaban mancos a la hora de degollar, saquear, violar y matar pero ya lo dice aquel viejo dicho castellano: “Unos cardan la lana...”

El Emperador, pese a la enfermedad y el cansancio convoca a sus ejércitos con la sana intención de dar a sus enemigos una lección que no olviden. Recientemente se ha firmado La Paz de Clecy , así que las cosas en Italia están tranquilas con los franceses y por eso, el Tercio de Nápoles es reclamado por el Emperador, junto con el de Lombardía y el de Hungría, por la paz con el francés y porque somos la mejor infantería del mundo y el Emperador confía más en sus soldados españoles que en sus lansquenets tudescos.

La marcha por el Camino Español nos había dejado molidos pero sin apenas tiempo de sobreponernos ni de descansar, los oficiales entre

los que se encuentra el durísimo Duque de Alba que infunde mucho respeto, aquí entre vuestras mercedes y yo montado en su caballo siempre de punta en blanco, siempre con la bengala en la mano que parece que esté posando para su pintor de cámara privado, siempre con la mirada glacial y siempre buscando fallos y errores y subsanándolos, claro, que es lo malo.

No ha muchos días ordenó colgar a varios soldados viejos que rumiaban sandeces y soliviantaban a los soldados más jóvenes con ideas de motín y tuvieron la mala fortuna de que el Alba los oyese. En otra ocasión ordena colgar a unos tudescos que habían robado harina de los carros de bastimento y degollado al paje que los guardaba y de nada sirvieron las protestas de sus compañeros lansquenetes, que se pusieron muy flamencos con las espadas y las hachas ésas enormes en las manos y con cara de tudesco “cabreado”, que es como la de un buey pero con malas pulgas, y el Duque nos ordenó entonces a unos cuantos arcabuceros que por allí estábamos meter bala en caño y apuntar a las tripas de los rubios, estar muy atentos a su mano derecha y en cuanto la bajase, sartenazo a los tudescos de muy cerca.

Sin embargo, no pasó nada pues el mismísimo Emperador Carlos apareció calcorreando el caballo y puso paz entre unos y otros. Les diré a vuestras mercedes que desde que nos hemos juntado tudescos y españoles andamos a la greña, y casi cada día hay trifulcas entre unos y otros, con mojadadas de palmo, dientes saltados y algún muerto, sin embargo hasta allí habíamos llegado como aliados y no era cuestión de que los católicos nos liásemos a espadazos entre nosotros habiendo además tanto hereje que acogotar.

Lo malo era que los malditos protestantes corrían que se las pelaban rehuyendo un combate frontal y escapando siempre de las garras del Emperador que cabalgaba el hombre con cara de pocos amigos, soportando el dolor de la pierna y acordándose de las puñeteras madres de los enemigos que rehuían siempre el combate.

Nueve días estuvimos tras ellos pegados al río Elba que corría caudaloso y bravo, nueve días intentando hacer contacto y entablar batalla, nueve días de marchas y contramarchas, de escaramuzas y de frío hereje metido en los huesos. Hasta que por fin se deciden a cruzar el río y destruyen todos los puentes, menos uno que erizan de picas y artillería y se quedan al otro lado mirando, choteándose de todos nosotros, confiados en que el caudal de agua, la corriente y la falta de vados los mantendrá seguros y lejos de los colmillos imperiales y que si tratamos de cruzar seremos aniquilados.

No les voy a negar que al principio nos quedamos con dos palmos de narices.

Aquella caudalosa masa de agua imponía mucho respeto con sus remolinos y sus traicioneras corrientes y la destrucción de los puentes y el desconocimiento de los posibles vados ponían al ejército católico en muy difícil situación, sin más opciones que atacar de frente el estrecho y único puente que quedaba y que los protestantes mantenían en su poder y habían convertido en fortaleza inexpugnable.

Pero quiso Cristo Bendito ponerse de nuestro lado en forma de lugareño que se ofreció a enseñarnos un vado en el que los protestantes escondían unas barcazas con las que cruzaban ocultos por la niebla y la espesura aquel escondido y secreto vado del río Elba.

Imaginen vuestras mercedes la alegría que nos dio encontrar aquello, alegría que se empañó cuando llegamos al lugar en cuestión y allí no había más que la misma agua negra, fría y traicionera con la sola diferencia de que al otro lado, amarrados a la orilla y partido en tres secciones había un puente de barcazas de los herejes.

Estaba muy bien guardado por arcabuceros parapetados detrás de un murete de tierra excavada y abajo donde las barcas había más gente dispuesta a rechazar un posible ataque, aunque es de justicia decir que lo que menos se imaginaban los herejes es lo que sucedió después.

Ni yo mismo me lo podía creer.

No recuerdo quién fue el primero en despojarse del peto y del morrión, del colete, de las pistolas y hasta del cinto, para quedarse casi como su madre le trajo al mundo, la camisa raída y sucia, manchada de la sangre y del sudor de mil combates podría haber ondeado junto a la de San Andrés con igual orgullo y derecho y además había repuesto puesto que todos llevábamos una igual.

Con la espada en una mano y la daga entre los dientes aquel bravo soldado se arrojó al agua helada del río y tras él se tiró Cristóbal Mondragón y luego el malagueño Rivera y detrás yo y después otros cuantos camaradas que se despojan de la ropa y se vienen detrás, recuerdo el sonido de los chapoteos mientras los compañeros iban entrando en el agua helada, recuerdo que intentaba que no me castañeteasen los dientes por el frío mientras el agua subía de nivel y de fuerza, luego empezamos a nadar directos a por las barcazas enemigas.

Recuerdo el agua helada que entumecía los músculos, la espada que era más estorbo que otra cosa y la daga que no te dejaba respirar, el agua que entraba por las narices y a cada brazada el enemigo que se acercaba y que no esperaba vernos aparecer por allí, recuerdo el grito aterrado del primer enemigo que nos vio asomar con cara de mala leche al salir del agua, las camisas empapadas pegadas a los enflaquecidos cuerpos, seguidos luego por otros gritos más brutales de los que íbamos saliendo y nos poníamos a matar enemigos para quitarnos el frío hereje de los huesos.

Del agua salimos diez o doce hombres pues algún valiente se había ido río abajo para siempre, igual que los cadáveres de los enemigos que ahora caían al agua uno tras otro pues los espectros empapados los estábamos matando sin cuartel, enloquecidos de rabia y ciegos de valor. Avanzando cada uno a nuestro aire degollando sin piedad todo lo que se movía y como desde el parapeto nos empezaron a hacer fuego de arcabucería y a algún camarada nos mataron, no nos quedó más remedio que subir hasta allí para darles las gracias a los que nos disparaban, pero no nos dieron el gusto porque salieron corriendo en cuanto nos vieron hacer filetes muy finos a los que defendían la primera trinchera, ¡qué desconsiderados estos herejes, pardiez!

Tras toda esta escabechina estábamos deslomados y tiritando de frío con los huevos tan encogidos que te dolían horrores y los pies blanquecinos y arrugados, las manos no, éstas se habían calentado de sobra con la sangre enemiga que nos chorreaba hasta los codos. Ahora ya solo nos quedaba lo más sencillo, llevar las barcazas al otro lado del río y que los tudescos montasen el puente para que el Emperador, que nos miraba admirado desde la otra orilla, pudiese cruzar con sus tropas y darles a los protestantes la lección prometida.

Y así se hizo, y en verdad que se les enseñó la lección puesto que desmoralizados y acojonados, el ejército protestante en cuanto tuvo noticias del paso del vado por los imperiales no se dedicaron a otra cosa que a correr y servir de blanco para la caballería pesada que hizo enorme carnicería entre ellos persiguiéndolos durante muchas leguas y sin cansarse ni los caballos ni los jinetes de acuchillar enemigos.

Mientras en el puente de barcas, junto a un fuego que habíamos encendido para calentarnos los cuerpos y bebiendo un buen vino de Toro que nos había regalado el mismísimo Duque de Alba en persona y que también nos estrechó la mano uno por uno y nos prometió dádivas y prebendas, nos quitábamos el frío y nos reíamos de los tudescos mal encarados que nos miraban con envidia mientras cruzaban el río, en seco, claro que para eso ya nos habíamos mojado los españoles.

Diego Mondragón le preguntó entonces al que se había arrojado el primero de todos al agua:

-¿Porqué te tiraste al río, camarada...?

- ¡Estaba harto de caminar tras los herejes!

- ¡Pardiez, a fe mía que yo también!

Aquel día yo no sé explicarles a vuestras mercedes la razón que me impulsó a arrojarme al agua y nadar detrás de mis compañeros, ni fama ni honra me impulsaron, aunque sí saber que todo el mundo en el Tercio conocía el hecho de que yo era de los pocos que sabía nadar y hubiese sido una vergüenza no ir detrás de los otros y además yo también estaba hasta los aparejos de corretear tras los herejes.

Han pasado muchos años, ya les dije al principio que ya casi me llega la última hora y que por eso quise contarles la historia del vado del río Elba y de aquel puñado de valientes que nos arrojamos a las frías aguas sin dudarlo.

Para que no sean solamente el Emperador o el Alba los que se lleven los honores y la honra. A fin de cuentas tan magnos hombres no sabían nadar...

Pedro de Ferrol, arcabucero del Tercio Viejo de Nápoles, en La Plaza de Orán en el Año del Señor de Mil Seiscientos y Siete.

La marcha del Tercio de Granada

¡Recristo!... Tanto correr, tanto correr y resulta que a los herejes ya los han hecho pedazos. Ya lo decía mi amigo Julián de La línea:

- ¡Tanto corré, pischa, pa ná!, ya lo verás compare...

Y llevaba razón, pero el pobre no lo verá porque se quedó panza arriba en los bosques de Lorena cuando atacaron la retaguardia unos bandoleros, unos pardillos, ¿por qué?, ¿a quién se le ocurre atacar a un Tercio español en marcha?... A unos pardillos, sin duda, que ahora colgaban de altas ramas secándose al sol, aunque el pobre Julián, y otros dos camaradas se habían quedado para siempre ya alimentando las raíces de árboles extranjeros y mezclándose el polvo de sus huesos con una tierra extraña.

¡Pardiez, que es jodida la guerra!

Recuerdo que como capitán de una compañía de arcabuceros estaba junto el Maestre y los demás oficiales y cabos del Tercio en la cabañuela que nos servía de cuartel general y vivienda para nuestro Maestre, que cojeaba nervioso arriba y abajo y con su caminar, ¡tacac, tacac, tacac!, hacían sus pasos sobre las maderas del suelo, nos ponía de los nervios a todos.

Algo se cocía en el ambiente y siendo soldados y españoles no podía ser nada bueno.

La salida de Flandes no le había gustado a nadie, pues se habían quedado aquellas tierras desguarnecidas sin soldados que protegiesen la Sagrada Cruz y a Nuestra Señora La Virgen María abandonada allí en manos de los herejes iconoclastas y aunque el gobernador, al menos en el papel, siguiese siendo el valeroso hermano de nuestro monarca, todos nos olíamos que el Edicto Perpetuo sería papel mojado en cuanto el último soldado de los Tercios saliese de Flandes, vía Luxemburgo y Camino Español de vuelta y en invierno encima... A pesar de lo cual cumplimos con el honor y la hidalguía propios de buenos soldados españoles.

Por eso no nos había sorprendido mucho que entrase el alférez Cañavate con el chambergo ladeado, sin resuello y las piernas temblorosas por la cabalgada y que sin trámites ni florituras ni saludos, agarrara una jarra de vino que había en la mesa y sin preguntar a

quién pertenecía se la bebiese de un trago. Luego, disimulando el eructo, saludó al Maestro que lo miraba ansioso y soltó la noticia:

- Los herejes han atacado, Don Juan de Austria está en Namur refugiado y acosado por nuestros enemigos que reúnen ejércitos numerosos y han encendido la mecha de la rebelión. Don Juan reclama a los Tercios y los reclama para ayer...

A todos se nos pusieron los pelos de punta. Los herejes habían atacado en todos los frentes y nosotros aquí, en Italia... ¡A cincuenta días de camino!

Lope de Figueroa nos mira entonces con sus ojos de fuego, se ve a la legua que no le gusta ni un pelo que su Tercio esté aquí, tan lejos. Cojeando se acerca hasta la mesa (tacac, tacac, tacac) y nos hace señas a los demás para que nos acerquemos.

En la mesa hay un mapa desplegado, es un mapa bueno de Europa, marcado con flechas, círculos y anotaciones bajo cada ciudad, vado o puente, el mapa del Maestro dicen que lo dibujó un morisco granadino al que había salvado de la degollina y el destierro. Es un magnífico mapa y sobre él Figueroa empieza a marcar lugares con el dedo y a recorrer las distancias mentalmente y a calcular...

- ¡Va a ser duro, ahora en febrero, pardiez que sí!, pero no queda más remedio hay que subir a Flandes y hay que hacerlo a toda prisa, lo más veloces que podamos- dice el Maestro sin despegar los ojos del mapa mientras recorre Lorena con su dedo anular.

Los demás nos miramos sin atrevernos a abrir la boca tan solo mirando el dedo del Maestro conociendo que cada vez que traza un tramo sobre el papel aquel gesto se convertirá en la realidad en caminos bajo la lluvia y la nieve, con las pelotas y los pies helados, las manos rígidas, los labios cortados, la pica pesando más que un borrico muerto a cada paso y el peto y el morrión estorbando, pendientes de posibles ataques, atravesando cortaduras de infarto y pasos estrechos casi en fila india, subiendo montañas, atravesando valles, y por eso cada movimiento del dedo del Maestro son en la realidad durísimas jornadas de marcha de las que no sabes nunca si lograrás terminarlas.

Lope sigue trazando rutas y empieza entonces a preguntarnos cosas y a dar órdenes, que si equipo ligero, que si habrá que caminar hasta reventar, que si los hombres estarán dispuestos, que si con tanta carrera el Tercio se tornará vulnerable, que si estaremos allí a tiempo, que si nos atacarán los gabachos...

Figuerola ordena entonces que nos pongamos en marcha de inmediato pues el tiempo de parla es tiempo que no se anda.

El veintidós de febrero de mil quinientos setenta y ocho salimos desde Lombardía al pie de los Alpes italianos y el veintisiete de marzo estábamos ya en Bruselas, donde nos recibió el mismísimo Don Juan de Austria que estaba exultante de contento y no es de extrañar por que acababa de vencer a los herejes en batalla campal y allí tenía formado y dispuesto a entrar en combate al temido y respetado Tercio de Figuerola.

La marcha había durado treinta y dos días, de agua, de viento, de frío, de escarcha, de vadear ríos, de tensión, de pies molidos y llenos de ampollas, de dormir poco y comer menos, tan solo caminar y caminar, un pie adelante, después el otro, hasta completar veintitrés millas diarias que se dice pronto. Hasta los mismos enemigos holandeses se quedaron estupefactos y admirados con la carrera.

Y el Tercio de Granada sumó otro título más a su ya larga lista de hazañas, más las que quedaban por venir pues ahora se trataba de combatir y no de caminar y si en lo segundo habíamos logrado una marca imbatible, en lo primero nadie nos mojaba la oreja.

Por eso no podía darle la razón a mi difunto amigo Julián. Tanto correr para nada no, amigo...

Tanto correr para que los enemigos de España reciban una ración de buen plomo en sus arrogantes pechos, tanto correr para enseñarles a éstos herejes que con los españoles no se juega y que si quieren guerra la van a tener, aunque después la guerra se pierda y Flandes y el Imperio se vayan al infierno pero los holandeses no podrán olvidar nunca que su peor pesadilla es ver aparecer por El Camino Español la vieja y buena Cruz de San Andrés ondeando al viento.

Y solamente por eso ya mereció la pena venir corriendo...

Manuel de Melilla, capitán del Tercio de Figuerola.

El arcabuz

El oficio de arcabucero no es sencillo, qué quieren que les diga pues les estaría mintiendo a vuestras mercedes si dijese lo contrario porque no es fácil mantener la calma cuando el enemigo carga contra tí dispuesto a hacerte pedazos y no es sencillo ver venir los caballos-coraza y esperar a que estén ahí mismo, muy encima tuyo para disparar. No, no es fácil.

Pero lo hacemos, pardiez, no nos queda más remedio, me podría haber quedado en Cuenca pero no, aquí estoy, con cinco kilos de acero y madera a cuestas y el plomo y la pólvora y la mecha.

Porqué ¿se han parado a pensar vuestras mercedes en lo que verdaderamente es el artefacto éste que entre las manos sostenemos?, aparte claro, de azote y terror de nuestros enemigos. ¿Nunca lo pensaron? ya me lo imaginaba, claro, allí en La Corte tan a gusto no se preocupa uno mucho de tales nimiedades... En fin, cada cual en su lugar y Dios con todos, no se preocupen yo ilustro a vuestras mercedes:

El arma principal sobre la que sostenemos el Imperio es el arcabuz y sus sirvientes, claro, los impávidos arcabuceros.

Suena un punto arrogante habiendo picas, espadas y dagas, pero es que es así, si no revisen vuestras mercedes nuestras victorias y verán que no exagero, sobre el filo de la espada sí, pero también sobre el caño caliente de un arcabuz, España es lo que es.

Nadie sabe muy bien de donde le viene el nombre al artefacto, unos dicen que de moros que lo habrían llamado "Al- Kaduz" mientras otros afirman que del país de los tudescos que lo llamaron algo así como "Hakenbusche" y disculpen el acento vuestras mercedes pero es que el alemán no hay Cristo que lo entienda.

El caso es que tras experimentos y pruebas nació este artilugio que mataba de lejos y atravesaba las armaduras como la mantequilla.

La llave de serpentín cambió la guerra y los españoles desde un principio nos dimos muy buena maña en manejar y construir los arcabuces. Tan buena maña nos dimos que hicimos temblar al mundo entero con nuestras descargas cerradas que llenaban el aire de humo negro y acre y dejaba el suelo lleno de enemigos muertos.

La caja y el mocho que así se llama la parte donde apoyas el hombro, se fabrican de madera buena de cerezo o de nogal, mejor el primero por su ligereza y el cañón ochavado y la pletina se fabrican con buen acero vascongado que es el mejor del mundo.

El cañón suele medir cuatro o cinco palmos de vara castellana, ¡pardiez!, perdonen vuestras mercedes que no recordaba que ahora utilizan el sistema ése decimal, a ojo serían más o menos un metro de ésos gabachos.

Los calibres variaban pues recuerden vuestras mercedes que cada soldado se fabrica sus propias balas de plomo usando para ello la turquesa que es una especie de alicate con el que recogemos y damos forma de pelotita de plomo caliente que después arrojamos a un cubo de agua fría:

¡¡¡CHIIIIIIIIIISSSSSSSSSSSTTTT!!!- hacen las condenadas al caer al agua soltando un apestoso humillo azulado.

Los más comunes son los calibres de una onza o tres cuartos aunque algunos camaradas, un poco más bestias, utilizan pelotas de onza y media pues al que le den que no se levante, dicen y con razón pues la onza castellana vienen a ser unos treinta gramos de buen plomo y para que se hagan una idea en calibres modernos serían más o menos así:

Quince milímetros y medio para los tres cuartos de onza, diecisiete milímetros para la onza y veinte milímetros de diámetro las pelotas que disparan los salvajes que tiran con onza y media.

Ya me contarán vuestras mercedes el sartenazo, te tumba panza arriba sin tiempo ni de pedir confesión, a los de las armaduras todavía se les queda cara de sorpresa cuando se abre el boquete en mitad del peto.

El alcance no es mucho, para que les digo lo contrario pues podría ser el doble, pero en fin, es lo que hay.

Vienen a ser, en metros de ésos, unos cien más o menos, variando un poco la cosa si hace viento a favor o en contra, ya les digo que no es mucho, pero cada escopetada hace pedazos las líneas enemigas y las detiene en seco dejándolas clavadas al terreno y así te da lugar a hacer otra carga, que más o menos es así:

La pólvora al caño, la bala, el atacador apretándolo todo, la cazoleta llena de pólvora, el cubre cazoleta abierto y la mecha encendida en el

serpentín, apuntar a la española, es decir, desde el hombro, disparador, llave que gira y... ¡Pam!, ¡pelotazo va! , y a recargar de nuevo.

Usamos para ello los que llamamos “doce apóstoles” que son frasquitos de madera preparados con antelación y dentro llevan la carga necesaria para un disparo, los llevamos en bandolera colgados del pecho y también portamos un zurrón de cuero con provisión de balas, pedernal y mecha.

Aunque a ningún arcabucero verán vuestras mercedes pedir balas o pólvora a gritos con el gesto descompuesto o perdido el color, al contrario, los verán espada en mano y esperando al mochilero que les traiga la provisión impasibles cara al enemigo y dando guerra con espada y daga, recordando el tiempo en el que éramos simples rodeleros y luchando a brazo partido contra el enemigo.

Algunos, éstos que les conté de la onza y media, usan el mocho de duro nogal a modo de porra hasta que se quiebra la madera roja de sangre y de sesos, y en verdad que éste es también uso utilísimo del arcabuz en mitad de la vorágine de la guerra.

Así que ya saben vuestras mercedes un poco más de lo que es la vida del arcabucero y de su inseparable amigo, el arcabuz. Cinco kilos de acero, pólvora y madera.

Cinco kilos de gloria sobre los que se asienta un Imperio.

Miguel de Oñate, soldado viejo y fabricante de arcabuces y mosquetes.

El puente Farnesio

En el año mil quinientos ochenta y cuatro la ciudad de Amberes podía pasar como la más populosa y rica de Europa compitiendo con la mismísima Sevilla, pues a fin de cuentas hasta aquí venía a parar mucho del oro y de la plata que nuestros galeones traían desde Las Indias. Algunas veces, muy pocas, porque nuestros enemigos nos lo arrebataban y otras, las más, traído hasta Flandes por los soldados de los Tercios o los banqueros y comerciantes que se daban por éstas tierras más que pulgas hay en un jergón.

La situación militar no era muy buena, para qué vamos a engañarnos, pues de las Diecisiete Provincias tan solo tres se mantenían fieles al Rey y los rebeldes se enseñoreaban arrogantes por los campos y organizaban desfiles en las ciudades, pensando que la guerra estaba por fin ganada y la larga partida contra los españoles terminada.

Entonces ese mismo año el buen Rey Felipe nombra como Gobernador y General en Jefe de Flandes a Don Alejandro Farnesio.

La táctica del nuevo gobernador es clara y contundente y se puede resumir en una frase: "A degüello contra los rebeldes y sin cuartel hasta el final".

Por eso ataca sin miramientos todas y cada una de las ciudades rebeldes y las ataca a todas a la vez, se asedian las ciudades de Gante, Malinas, Nimega, Bruselas, Brujas e Ypres.

Y no se conforma Don Alejandro tan solo con esto, porque decide también sitiar y rendir Amberes, la riquísima y populosa capital flamenca, nido de calvinistas y tenida por plaza inexpugnable, que está amurallada y defendida por diez bastiones unidos entre sí y rematados encima por la inexpugnable Ciudadela con forma de estrella que fue construida en los tiempos del Duque de Alba. Además la circunvala un foso enorme y profundo y por si todo esto fuese poco, el río Escalda le brinda protección y le sirve de vía de avituallamiento.

Dos fuertes defienden las orillas del gran río, Lillo y Kieskensen se llaman y luego tienen los herejes diques preparados para ser reventados y que el campo se inunde y se ahoguen los atacantes y seis mil mercenarios ingleses y franceses defienden la ciudad bajo el mando de Felipe de Marnix.

Lo primero que hacen los españoles es tomar por la vía directa los dos fuertes que defienden las orillas del río y lo consiguen a base de esa mezcla de abnegación, valor y mala leche que suelen tener en tales situaciones.

El asedio a Amberes ha comenzado.

Don Alejandro Farnesio ordena entonces construir un puente que sea a la vez una barrera que cierre el río e impida el abastecimiento y el socorro a los sitiados. Es una obra colosal la que imagina.

En cada orilla se alza un fuerte para defender a los que trabajan en la construcción y que se llamarán San Felipe y Santa María y como no había madera suficiente por allí cerca, se conquista Terramunda que es un enclave vital de los calvinistas situado en el camino de Bruselas y es un paraje éste que está rodeado por una arboleda inmensa que será aprovechada, por supuesto, en la construcción del puente.

Se trajeron carpinteros de todo Flandes y hasta desde Noruega llegaron en largas filas de carretas los trabajadores al son del dinero tintineante que corría alrededor de aquella obra inmensa.

Desde cada fuerte se construye entonces sobre el río a base de pilotes, maderos y tablones, hasta que en el centro la profundidad lo impide y usando el ingenio se utilizan treinta y dos barcos que se unen borda con borda y se clavetean entre sí las cubiertas desmochadas de palos usando tablazones gruesas y a cada banda de éste conglomerado de cascos se abarloan unas barcazas erizadas de estacas a modo de picas defensivas. Tabla a tabla, clavo a clavo los habitantes de Amberes han visto crecer el puente sin que sus esfuerzos ni los de sus camaradas de fuera hayan servido para nada.

En febrero de mil quinientos ochenta y cinco se termina el puente Farnesio y Europa entera queda admirada pues cuenta la enorme obra hasta con murallas flotantes que la protegen y flotillas de barcazas repletas de infantes preparados para repeler los ataques enemigos y ciento cincuenta cañones defendían aquella mole impresionante de ochocientos metros de largo por cuatro de ancho que era a la vez, puente, barrera, fortaleza y baluarte.

Dos días después de acabar el Puente Farnesio se rendían a las tropas imperiales Bruselas y Nimega, Gante había caído poco antes y los rebeldes iconoclastas temblaban ante la durísima y efectiva ofensiva del nuevo Gobernador General.

Sin embargo los holandeses que pretenden levantar el asedio de Amberes no se dan por vencidos y tienen además a su servicio a un ingeniero italiano de viva inteligencia y despierto ingenio llamado Giambelli que tiene viejas rencillas contra España.

El astuto italiano inventa los llamados "Brulotes del Diablo" que son grandes urcas untadas de pez y cargadas hasta los topes de pólvora, piedras y balas de cañón. Los marinos holandeses remolcan cuatro de estos monstruos y los dejan irse río abajo directos contra el Puente Farnesio.

Gracias a la intervención de La Santísima Virgen del Carmen tres de las urcas encallan y se hunden con estrépito, pero el cuarto barco de ochocientas ardientes toneladas atraviesa el muro defensivo y se empotra contra el centro mismo de puente Farnesio, al principio nada sucede y ya se escuchan las primeras bromas y coñas soldadescas y ya se suben algunos a inspeccionar el barco enemigo cuando de repente:

¡¡¡BAAATAAAABUUUUUMMMMM!!!

La carnicería es brutal entre los soldados y los obreros y los daños en el puente muy graves, pero resulta que los holandeses no se dan cuenta de los desperfectos que han provocado y desembarcan en otro punto para intentar tomar los diques por tierra, cometiendo así un grave error pues son recibidos por los Tercios Viejos de Infantería Española que los arrollan.

Mientras Giambelli, ofuscado por el fracaso se inventa otra arma nueva.

Los orangistas lo llaman "El Barco del Fin de la Guerra" y es una mole enorme de mil toneladas y en cuya cubierta se ha construido una pequeña fortaleza con troneras para diez cañones y cientos de mosquetes y con mil hombres dentro de sus tripas.

La bestia de madera, metal y pez ataca sin miramientos los Fuertes de San Felipe y Santa María donde causa graves daños y muchas bajas en su primera pasada, pero cuando quieren los holandeses virar y machacar más todavía las posiciones españolas no pueden pues aquella mole es enorme e ingobernable y encalla sin remedio en el barro de la orilla un poco más allá, a los soldados holandeses que lo ocupaban no les queda más remedio que abandonarlo, meterle fuego y regresar a sus líneas a pié, mientras el ingeniero Giambelli se come despacio el ala de su sombrero flamenco.

El veintiséis de mayo fue el último intento del enemigo por romper el cerco de Amberes y fue el peor, ciento sesenta barcos y quince mil hombres se abalanzaron al amanecer contra las líneas españolas y pareciese al principio que les iba a salir bien, pero no, aunque sus zapadores destruyeron los diques y el agua y el fango empezó a inundarlo todo, de nada les sirvió.

Lentamente al ritmo tranquilo del tambor Los Tercios rechazan al enemigo mientras los holandeses se retiran a toda prisa y entre unas cosas y otras se dejan atrás más de treinta barcos cargados de infantería que pierden la marea y se han quedado varados sobre el barro, inmóviles y viendo venir sobre ellos a los españoles cubiertos de barro y sangre con las picas al frente y los arcabuces barriendo las esquinas. Nadie sobrevivió en aquellos barcos.

Imaginen como se les tuvo que quedar el cuerpo a los de Amberes que perdieron las ganas de luchar. ¡Capitulación o degüello! y la opción para los sitiados en Amberes visto lo visto, fue clara, la primera.

En agosto entró Don Alejandro Farnesio victorioso al frente de sus tropas en la ciudad más rica y populosa de Europa.

Durante tres días los soldados españoles celebraron sobre aquellas mismas tablas que tanta sangre les había costado, porque lo merecían y se lo habían ganado a pulso con cada clavo, con cada junta y por cada astilla de toda aquella madera que conformaba el puente Farnesio.

Un puente, fortaleza, barrera, bastión y baluarte tan magnífico y grandioso como la patria de los que lo construyeron.

Santiago García de Calahorra, soldado y licenciado en Caponeras, Revellines y Fortificaciones por la Universidad de Flandes.

Milagro en Empel

El viento gélido ha congelado las aguas del río Mosa un hecho inusual y extraño y los flamantes barcos holandeses del almirante Holak uno a uno han ido quedándose varados en el hielo, inmóviles y con las inútiles velas gualdrapeando en los palos.

El ambiente que se respira es de tensa espera y los centinelas holandeses están ojo avizor vigilando los movimientos del Tercio Español que tenían hasta esa misma mañana, bloqueado y con el agua al cuello en la isla de Bommel. La bruma y las turbonadas de polvo de nieve hacen que la visibilidad sea escasa, casi nula, de todas formas y con éste tiempo de perros ningún holandés piensa en la posibilidad de un ataque español. No serán capaces, se dicen, aunque de los españoles, especialistas en terroríficas encamisadas no puede uno fiarse.

Por eso uno de los vigías que hay en la cofa del palo mayor de la nave capitana holandesa golpea el hombro de su compañero rascándose al tiempo los ojos incrédulo:

- Mira hacia Empel, Peter... ¿Qué es eso que se acerca...?

- ¡UMMM!....Parece un tercio español avanzando en cuadro pero no puede ser, puesto que teníamos acogotados a esos papistas...¡Y con éste frío!, ¡Bah, imposible!...

- ¿Y eso que se escucha retumbar, no son tambores...?

Y Peter agudiza el oído y la vista y durante un instante permanece impávido, pero sólo es un momento pues al poco a poco su tez adquiere un tono blanquecino pajizo y las manos empiezan a temblarle y no es de frío porque hasta sus oídos ha llegado claro y rotundo el toque de degüello de la infantería española y es un redoble que pone los pelos de punta a cualquier enemigo de España.

Entre la bruma fugaces destellos preceden al terrible ataque, Peter ve brillar las moharras de las picas y ve las lucecillas de las cuerdas de arcabuz, ve los petos y los morriones, ve las ropas raídas, mojadas y las botas recosidas, ve al cuadro de infantería con la bandera de la Cruz de San Andrés flameando contra el viento helado y Peter ve todo esto justo un segundo antes de que cientos de voces roncadas de frío rompan la noche con un grito que hace estremecerse a los holandeses que ocupan los navíos varados sobre las heladas aguas del río Mosa,

el viejo grito despierta a los soldados y marineros del almirante Holak de su sueño para llevarlos de golpe a la peor de sus pesadillas:

-¡¡¡SANTIAGO!!!!.....¡¡¡CIERRA!!!!.....¡¡¡CIERRA!!!!.....¡¡¡ESPAÑA!!!!

Los pescozones que reparte el Páter Gutiérrez, capellán de nuestro Tercio son de los de a ocho doblones y en este momento un pobre mochilero imberbe recibe unos cuantos en la cabeza mientras el cura furibundo le grita:

-¡Mal nacido, blasfemo, hereje perro judío!...- mientras le da capones sin parar.

El muchacho no puede escapar de entre las recias manos del Páter, que maneja el Cáliz y la espada con la misma eficacia y es un vascongado enorme que le saca tres cuerpos al delgaducho pilluelo que está recibiendo de lo lindo.

Apiadado del rapazuelo le grita al cura:

-¡Páter!... ¿Quiere vuestra merced un trago de vino de Logroño?.

La respuesta del hombre es instantánea, suelta al desgraciado mochilero que se aleja corriendo rascándose la cabeza y viene directo hasta nosotros con una sonrisa en la cara:

- No me vendría nada mal para combatir éste frío hereje, pardiez... - nos dice mientras hace la señal de la cruz- Amén, remata.

La isla de Bommel es la antesala del infierno.

Llevamos aquí sitiados desde que el Rey era cabo de escuadra, sin bastimentos, sin víveres, con la pólvora justa y calados hasta los huesos, más que el glorioso Tercio de Bobadilla parecemos el Tercio de las Ranas.

Como el holandés no podía tomarnos por asalto, el almirante Holak abrió las esclusas de los canales y nos puso, nunca mejor dicho, el agua al cuello. Es ya mucho el tiempo llevamos resistiendo aquí, en la isla Bommel, irritando al enemigo con nuestra cabezona resistencia. Recuerdo como si fuese ayer cuando vinieron con la oferta de capitulación honrosa, no sé cuándo van a aprender éstos que la infantería española no se rinde, recuerdo que la respuesta de nuestro Maestre fue lapidaria:

-“Ya hablaremos de capitulación después de muertos”- les dijo, más claro, agua.

Y agua es lo que nos ha enviado el holandés, agua a mansalva, toda la que había en éste maldito lugar que no es más que un enorme canal por el que se entrecruzan los caminos, entonces no nos quedó otro remedio que ocupar la única zona elevada que teníamos a mano y que aquí en Flandes no abundan pues país llano éste es sin nada que ver con nuestras peñas y barrancas.

Por eso el montecillo de Empel se ha convertido en nuestro refugio y es un lugar embarrado, húmedo y pequeño, donde nos apiñamos y tratamos de fortificarnos y de excavar trincheras, no es una tarea fácil y aunque estamos hambrientos y agotados no nos queda más remedio, los holandeses están acercando sus barcos erizados de cañones y muy pronto no seremos más que patos de feria para sus artilleros.

-¿Porqué le pegaba vuestra merced al muchacho, Páter...?

- Por blasfemo y falto de Fe... - dice esto y vacía de un trago la jarra de vino, luego, descarado y sin pedir permiso ni venia alguna a nadie agarra la damajuana y se rellena la jarra hasta el borde. Recuerden vuestras mercedes que a un cura hay que invitarlo a conversar, que no a beber. El Páter, haciendo honor al consejo vacía de un trago media jarra y luego la vuelve a rellenar, el hideputa, antes de seguir explicándose:

-Decía el pilluelo que Dios nos ha abandonado aquí, en tierra enemiga y que nos tiene olvidados, ¡Jajaja, a nosotros!, ¡a su vieja y fiel infantería!.. ¡Jamás!.

-Pero, reconocerá Páter que la situación es delicada...

-El Señor nos dará hijo, ten Fe.... - y mientras esto dice, se bebe otro trago mirándonos con los ojos entornados por encima de la jarra y apoya la mano izquierda, así con disimulo, en el pomo de su daga.

Los barcos holandeses están ya a tiro de piedra y muy pronto comenzará el bombardeo y la masacre.

Los soldados cavan trincheras o mejor dicho lo intentan, porque cada hoyo en la tierra se rellena de inmediato de agua y sobre el suelo embarrado solamente el frío, el agua, el viento y la muerte nos hacen compañía.

El Tercio de Bobadilla está en muy delicada situación más que el Páter no lo reconozca pues rodeados de agua y sin escapatoria posible no habrá cuadros ni gloria, solamente el bombardeo de los holandeses y ni un solo pedazo de tierra seca donde poder ocultarse.

Mientras excava un joven soldado reza. ¡Padre Nuestro...!

Mientras hace el hoyo donde seguramente reposará para siempre, el joven soldado le pide a Nuestra Madre Santa. ¡Dios te salve María, llena eres de Gracia...!

- ¡CRACK!- la pala golpea de pronto en algo duro, algo que interrumpe la oración del joven soldado.

¿Una piedra? - se pregunta - pero lo que sobresale de la tierra no es una piedra.

Empieza el soldado entonces a excavar con sus propias manos mientras el corazón, no sabe porqué le palpita rápido y fuerte en el pecho, excava y excava cada vez más rápido... ¡Es madera, algo de madera!... Excava y excava... Y cuando por fin tiene entre sus manos el objeto no puede creer lo que sus ojos ven:

- ¡Es un milagro!, ¡un milagro de Nuestra Señora!

Llorando como un niño el joven soldado empieza a correr por el campamento con lo que ha encontrado aferrado en el pecho y gritando como un loco poseído por mil demonios: ¡Milagro, milagro, milaaaaagrooooo!

Todos imaginamos que al chaval se le ha ido la cabeza entre tanta agua y el canguelo propio de saberse muerto, no sería el primero al que le pasa, hasta que vemos al Páter Gutiérrez detener al soldado, agarrarlo por los hombros y zarandearlo como a un muñeco de trapo hasta que el soldado, que tiene la mirada perdida y los ojos brillantes le entrega lo que lleva entre las manos.

Después y dejándonos a todos boquiabiertos vemos al Páter hincarse de rodillas en el barro y empezar a rezar muy fuerte y muy alto, dándole gracias a La Virgen María, a Dios Bendito y a todos los Santos del cielo...

Sobre la cabeza sostiene lo que el soldado había encontrado que es, ¡oh , sorpresa!, una tablilla flamenca policromada y preciosa, una tablilla con la imagen de La Inmaculada Concepción, allí perdida en mitad del barro. Una tablilla flamenca esperando ser encontrada por

los apurados soldados de un Tercio español descubierta mientras cavábamos nuestras propias tumbas, milagro dijeron algunos, pero no, aquello fue solo un regalo.

El verdadero milagro sucedió ésa madrugada cuando los españoles estábamos extasiados contemplando la imagen y roncos de rezarle y de dar gracias ante el improvisado Altar que le habíamos fabricado usando las banderas del Tercio y unas tablas empapadas.

No se lo creerán vuestras mercedes pero esa madrugada, mientras rezábamos, el frío se hizo más intenso y más helado y poco a poco las aguas del río Mosa que antes nos hacía prisioneros se tornaron en hielo grueso y resistente. Un hielo que dejó varadas a las naves holandesas, inmóviles y a nuestra merced.

Y ya saben vuestras mercedes que llevábamos mucho tiempo cercados por las naves enemigas y que su almirante nos había inundado hasta el pescuezo... Pero ahora avanzábamos en cuadro por encima del hielo directos a por el enemigo pues donde las dan las toman.

Al lado de la vieja Cruz de San Andrés junto a las picas, los arcabuces y las espadas viene con nosotros la tablilla de Nuestra Señora.

Y así nos ven aparecer los holandeses sobre el hielo como a espectros helados y en el aire de la madrugada del ocho de diciembre se rompe con el enardecido grito de mil voces al tiempo:

- ¡¡¡Cierra!!!, ¡¡España!!!

Manuel de Villegas. Alférez abanderado en el Tercio de Bobadilla. Isla Bommel, Flandes.

La loma de Jodoigne

Los últimos holandeses cruzan el río Geete mirando atrás por encima de sus hombros pues los españoles ya están muy encima, ya se huelen las mechas de los arcabuces y la sangre en las moharras, ya llegan, ya vienen, ya zurrean en sus orejas las pelotas candentes de buen plomo español. Ya viene el Duque de Hierro, ya llega y los últimos herejes cruzan el río sin volver la cabeza dejando atrás tirados sobre la colina tres mil muertos y a mil y pico prisioneros que serán pasados por las armas de inmediato pues el Duque no perdona rebeldías.

Fue el cinco de octubre de mil quinientos sesenta y ocho cuando el líder holandés Guillermo de Orange que había salido escaldado en la batalla de Jemmingen pero que se ve que no lo suficiente, volvió a invadir el Flandes español al frente de un poderoso ejército de veinticinco mil infantes y diez mil jinetes. Hay que reconocerle al de Orange que era obstinado pero claro, es que él siempre conseguía escapar, aunque no pudieran decir lo mismo sus compatriotas, así que Guillermo muy flamenco y arrojado invade de nuevo Flandes por el sudeste de Bélgica y busca con ahínco el enfrentamiento con los Tercios y los odiados españoles.

En el otro lado del tablero está Don Fernando Álvarez de Toledo que es perro viejo y conoce la superioridad numérica de su oponente, entonces el viejo zorro se dedica a jugar con el ejército holandés, a obligarlo a marchas y contramarchas, a tenerlo en vilo cada noche con encamisadas y golpes de mano que llenaban de espanto a los herejes, con escaramuzas y crudelísimos ataques esporádicos, a entretenerlos y cansarlos con escopetadas sin venir a cuento, con teatro y con humo.

En dos semanas los calvinistas están a punto de caramelo... Desmoralizados y nerviosos, exigiendo pagas y atrasos, amotinándose los mercenarios tudescos contra Guillermo, perdiéndose la cohesión y la unidad de la tropa, cansados y sin pegar ojo desde que los españoles empezaron su campaña de hostigamiento.

Destrozado el ejército orangista acude a su cita con los hugonotes franceses que suben con su ejército para apoyar a Guillermo los holandeses alcanzan el río Geete y empiezan a cruzarlo.

El de Orange ha destacado a cuatro mil arcabuceros sobre una colina a retaguardia para que protejan el paso del río.

Aunque - piensa Guillermo - no van a atacar ahora los españoles, no creo, vamos digo yo que el de Alba no será tan hijo de mala madre...

Entonces los arcabuceros holandeses de la colina, mientras contemplan como sus compañeros se van de rositas cruzando tan ricamente el río, ven venir directos hacia la colina a la caballería del hijo del Duque, Don Fadrique, que galopan a la carga pisoteando todo lo que se les pone delante y por detrás de la caballería vienen a la carrera los temibles arcabuceros españoles, que una vez pasada la polvareda están ya disciplinados y eficaces, formados en cuadro y avanzando.

Mientras Don Fadrique envuelve los flancos enemigos con los sables chorreando sangre y sin parar de tajar y tajar -chas,chas,chas- los arcabuceros y piqueros suben la colina arrasándolo todo a su paso. Los holandeses se deshacen y los supervivientes corren para salvarse bajando la cuesta hasta el río, los que pueden conseguirlo claro, porque los españoles desparramados ahora por la loma, matan y matan sin freno, llenando el aire de gritos espeluznantes y de alaridos que llegan hasta los que cruzaban el puente tan tranquilos y que ahora miran atrás espantados al ver venir corriendo hacia ellos a los que han logrado sobrevivir a la terrible matanza en la loma con los ojos desorbitados y empapados en sangre.

No dejan de oírse mosquetazos y gritos de angustia y dolor mientras los españoles siguen avanzando...

Y los que están cruzando y los que lo habían hecho ya, empiezan a correr y a desbandarse y aquello no es ya un ejército rebelde, aquello es ahora nada más que una carrera alocada por salvar la vida.

Guillermo de Orange, otra vez, se salva pues se conoce que corría más que nadie y huye en busca de las tropas francesas que venían en su ayuda, pero que cuando Guillermo les cuenta la terrible sarracina acaecida a orillas del Geete, tan lindamente como llegaron dan media vuelta y se van, mirando atrás de vez en cuando desconfiados no fuera a ser que los pillasen los ojeadores del temible Duque.

Guillermo de Naranja entre sus filas más taciturno que nunca. ¡Maldito Alba!, va pensando.

Y de esta manera los herejes de nuevo, son derrotados.

Y en España un Rey sordo no vendrá jamás a estas tierras y no agradecerá jamás a los viejos soldados que habían tomado aquella colina y como aquella otras miles, sus esfuerzos y desvelos, su sacrificio y su sangre, su valentía y su honor, y por hacer las cosas de esta manera empezará a perderse, a pesar de las resonantes victorias, el Imperio donde el sol no se pone.

Bernardo de Garcés y Torralbo, para el "Correo de La Corte", desde el frente flamenco, en octubre (¡que frió!) de mil quinientos sesenta y ocho

El Fuerte del León

Los rociones de fría agua atlántica nos empapan y viajamos tiritando como hojas, las naves cabecean con el oleaje y se estremecen las cuadernas y los cabos del barco chillan doloridos tensados hasta el límite, aflojados y vueltos a tensar por el viento inclemente que sopla muy fuerte, haciendo restallar la lona de las velas.

Hace días que salimos de La Coruña y desde entonces la mar nos ha zarandeado y removido las entrañas, haciendo dispersarse a la armada que a duras penas puede mantenerse unida y a flote, algún esquife se ha ido a pique llevándose al fondo a hombres y a caballos ambas cosas, bestias y soldados muy necesarias para salir victoriosos de la empresa que nos ocupa.

Porque estamos allí en mitad de las aguas embravecidas del océano a pique de irnos todos al fondo o acabar desperdigados y varados en alguna playa enemiga, para fastidiar todo lo que podamos a los sanguinarios e impíos hugonotes y para a defender la verdadera religión y para hacerle el trabajo sucio al Papa, pues como dice el mismo Emperador: "Él no quiere tener siervos herejes".

Me pregunto algunas veces si no debería España dejar de sangrarse con estas guerras religiosas, al fin y al cabo el Señor dijo: Amaros unos a otros y no, mataros unos a otros pero se conoce que cambiamos el concepto por el camino.

En fin, que sólo España defiende una religión que hasta el mismo Papa de Roma degrada y ensucia, pero ¡qué se le va a hacer!. Si nos equivocamos al menos podremos decir que siempre fuimos fieles y que nunca jamás desfallecimos y que nos mantuvimos leales hasta el final y que se lo hicimos pagar siempre caro a nuestros enemigos, aunque nuestra patria sacase poco beneficio en dineros pero tan solamente la honra y la gloria que logramos ya valen más que las minas aquellas del Potosí, así que espero que vuestras mercedes de los siglos venideros sepan guardarlas como merecen.

El caso es que allí vamos el Tercio Viejo de Sicilia al completo y su Maestre de Campo el duro y bravo Don Juan del Águila al frente, dispuestos a tomar Blavet y si podemos también Brest y de esta manera meter una cuña española en mitad del Canal de la Mancha o lo que es lo mismo, en mitad de las costillas francesas y de las tripas inglesas.

Pero la mar sigue maltratándonos con dureza y por éso temiendo un desastre y con mucha gente enferma a bordo de las naves se decide arribar al puerto de St. Nazarie, que es villa aliada de la Liga Católica y cuyos habitantes esperan ansiosos ver aparecer a un flamante y aguerrido ejército y que contemplan desolados cómo desembarcan en su puerto tres mil españoles famélicos, medio desnudos, rotos, demacrados, hambrientos, sucios, oliendo a vómitos y a vino rancio.

Imaginen el estado tan lastimero y penoso en el que llegó el Tercio a St. Nazarie que despertamos la piedad de las damas bretonas y la gente se quedó de piedra, pensando en sus adentros en los brillantes y engalanados caballeros hugonotes y en sus huestes bien vestidas y alimentadas y en las lanzas afiladas que portaban, pensando que aquella gente que había llegado a su ciudad eran chusma hambrienta y problemática y no la legendaria e invencible infantería del Rey Católico.

Sin embargo en pocos días la opinión de los ciudadanos de St. Nazarie cambia radicalmente pues sin premura ni descanso alrededor de la ciudad se excavan trincheras y se construyen baluartes y los mismos hombres famélicos que desembarcaron forman ahora sus escuadrones de caballería y sus cuadros de infantería de forma ordenada y disciplinada mientras sus armas afiladas y limpias relucen al sol.

Luego en unas pocas semanas los españoles hemos conquistado al asalto las ciudades de Hannebont, Vannes y Crevinge y finalmente Blavet que era el objetivo principal de la expedición y por eso al regreso a St, Nazarie los habitantes de la ciudad nos vitoreaban y las damas nos ofrecían algo más que su piedad pues resultaba que sí, que aquellos harapientos que desembarcaron tan maltrechos éramos la ira de Dios.

Días de vino y rosas fueron aquellos y hasta refuerzos y abastecimientos en abundancia se enviaron desde España que es cosa rara y dineros que es más raro todavía. Venía con el refuerzo el ingeniero Don Cristóbal de Rojas que era eminente constructor de fortificaciones y que bien pronto solicitó al Maestre a un buen puñado de hombres a los que puso a trabajar de inmediato.

Mientras, nuestro viejo capitán nos entretenía haciendo encamisadas y golpes de audacia contra el enemigo al que teníamos acogotado y temblando de miedo de vernos aparecer de repente por el horizonte y les diré a vuestras mercedes que solamente nuestra falta de gente impidió que aquella campaña se extendiese por toda Francia como una mancha de aceite, porque mientras Maese De Rojas construía su

fuerte, nosotros con nuestras incursiones logramos tomar los castillos de Bosbienne y de Blain e incluso a saquear la importante ciudad de Saint Maló, de donde nos llevamos en gentil saqueo todo lo que nos cupo en la bolsa y no pudimos quedarnos con ella puesto que no teníamos soldados con la que formar una guarnición.

La pobre España y su proverbial falta de gente, único motivo éste por el que según un afamado escritor francés todavía no nos habíamos quedado con el Mundo entero.

Y entonces va el espabilado de Enrique IV se convierte al catolicismo y se proclama Rey de Francia y a la par enemigo acérrimo de España, ya saben vuestras mercedes de lo que hablo, “París bien vale una misa” y todo aquel cuento hipócrita del gabacho y a nosotros la noticia nos coge a contrapié en mitad de la Península de Bretaña.

Son los principios del año mil quinientos noventa y cuatro y cinco mil españoles nos hemos quedados solos en mitad del territorio enemigo, pero dispuestos a quitarnos el frío desjarretando enemigos y nuestro Maestre nos da el gusto pues atacamos y conquistamos la península de Crozon entera de donde expulsamos a los ingleses y a los franceses.

En la parte oriental de Crozon en el saliente que los franceses llaman Roscavel se decide levantar un fuerte que controlará el acceso al puerto enemigo y será como una daga clavada en sus riñones. El ingeniero De Rojas se pone manos a la obra de inmediato más feliz que un bachiller con libro nuevo. En veintiséis días alza una posición defensiva con dos medios baluartes de tierra apisonada y puerta levadiza. Se asignan para la defensa cuatro culebrinas y al fuerte se le bautiza “Del León” y ¡Vive Dios! que fue apropiado nombre.

Los enemigos no iban a permitir que aquel fuerte se quedase allí en medio tan tranquilo así que el mariscal D’Aumont mueve sus tropas que son una alianza franco-británica y superan en número a los españoles en proporción de tres a uno. Nuestro Maestre decide entonces dejar una guarnición en el Fuerte del León y con el resto de los hombres rodear al enemigo y cogerlo así entre dos fuegos.

Es a mi capitán Don Tomé Paredes al que le toca la tarea de mandar la guarnición que se quedará en el Fuerte y las órdenes son claras, resistir los asaltos del enemigo todo lo posible y de esta forma entretener a sus tropas o en pocas palabras no ceder el fuerte hasta que caigamos todos en el empeño, y me tocó la china puesto que mi compañía es la del capitán Paredes y conociéndolo cumplirá la orden a rajatabla y nosotros junto él.

El día once de octubre comienza el ataque enemigo y dentro del fuerte nos hemos quedado trescientos soldados, trescientos oigan, ¡como en las Termópilas, qué casualidad! esperemos que el final no sea el mismo aunque toda la pinta tiene desde luego, y el capitán Paredes nada tiene que envidiar al viejo Leónidas. También hay en el fuerte varias decenas de mujeres y sus niños, refugiados allí por el terror que les producen los hugonotes y las terribles historias que han oído contar sobre las matanzas que llevan a cabo contra los católicos.

La cosa empieza de forma ortodoxa, es decir, los ingleses nos machacan con la artillería naval mientras los franceses van excavando trincheras intentando acercarse al foso. Mientras tanto nosotros hacemos nuestro oficio que no es otro que el de enviarlos a todos al infierno y a ello nos dedicamos con la legendaria frialdad y disciplina de la infantería española.

Sin embargo somos pocos y con escasa pólvora así que al final los franceses consiguen terminar sus trincheras y sus baluartes en donde instalan doce piezas de artillería de calibre grueso a tan solo cuatro pasos del foso y por supuesto, los usan y además se les unen en la fiesta sus amigos ingleses que desde sus barcos están todo el tiempo zambombazo va, zambombazo viene, cañoneando los muros de tierra sin descanso hasta que éstos empiezan a desmoronarse y a cegar el foso.

Entonces atacan muy decididos y vocingleros, ingleses por la izquierda y franceses por la derecha y de nuevo me veo en mitad de la locura, de los gritos y de la sangre, dando espadazos como un poseso, clavando y tajando y sudando a chorros mientras a mi alrededor los camaradas igual que yo matan y mueren, acuchillando como salvajes y los ingleses por la izquierda y los franceses por la derecha flaquean y se retiran tras tres horas de intentar subir los montones de tierra y no poder, de alcanzar los baluartes y no llegar, de intentar vencer en vano nuestra resistencia indomable.

Mientras se retiran un grito atronador sale desde dentro del Fuerte del León un grito de doscientas gargantas exhaustas:

- ¡¡¡ SANTIAGO... ¡¡¡ESPAÑA!!!... ¡¡¡ESPAÑA...!!!

Nuestros enemigos huyen espantados y uno de sus polvorines explota de repente iluminando la noche y las carcajadas de los españoles que llenos de entusiasmo reparamos nuestras defensas y contamos la pólvora y quitamos las mellas a nuestras espadas, mientras apartamos a los camaradas caídos y les cerramos los ojos.

Los ingleses desde los barcos no han dejado de bombardear en ningún momento.

Y van pasando los días y el Maestre de Campo y los camaradas no aparecen y se están agotando las provisiones y la pólvora y la mecha y el plomo y Los refugiados nos llenan de congoja pues nos piden de comer y tan solo queda un poco de racionado bizcocho mohoso, los más pequeños ya ni lloran, han muerto ya algunos civiles alcanzados por las bombas enemigas.

Los franceses vuelven a intentarlo y con más fuerza, con más gente, otra vez el ablandamiento artillero primero y el asalto por los cuatro costados después, de nuevo la locura, la rifa mortal de cuchilladas y arcabuzazos con muchas papeletas en el bolsillo de que salga tu número y todo termine allí sobre la tierra ensangrentada de los revellines destrozados de Maese De rojas.

Los franceses vienen valientes y decididos pero el muro de mosquetazos primero y el de espadas después los detienen y los hacen flaquear, otra vez reculan, vuelven las espaldas y echan a correr, y nosotros detrás de ellos enloquecidos y tintos de sangre, gritando en cada acento de cada rincón de nuestra patria y degollando enemigos como a cochinos en matanza, llegando con el impulso del desesperado hasta sus cañones y clavando cuatro de ellos. ¡Tóquense vuestras mercedes los cojones, mesiés!

Pero nuestra situación es desesperada.

Apenas queda pólvora ni apenas quedan balas, no hay ya comida y el bombardeo naval inglés es una pesadilla constante, El Tercio está ya muy cerca pero el camino para ellos ha sido un infierno de combates constantes y de continuas escaramuzas contra el enemigo y ahora no pueden alcanzarnos ni darnos auxilio pues están al otro lado del canal, más allá de la masa que rodea el sitiado Fuerte del León.

Y nosotros, mientras, llevándonos todo el golpe, toda la rabia de los enemigos y toda su fuerza porque los franceses, igual que los persas, se están desangrando contra aquella resistencia inquebrantable, contra aquellos muros de arena y valor.

Y los días pasan.

Llegamos al dieciocho de noviembre de mil quinientos noventa y cuatro, el Fuerte del León sigue resistiendo contra la riada inmensa de enemigos que pretende inundarlo. Este día un nuevo asalto francés es rechazado, desde el alba hasta el anochecer lo intentan una y otra

vez, cientos de hombres que se lanzan contra unos pocos y agotados defensores. Defensores que estamos poseídos y galvanizados por una extraña fuerza, no podrán con nosotros y así lo sentimos dentro y se lo hacemos saber a nuestros enemigos porque sus compañías se deshacen contra el fuerte una vez y otra, pisoteando en su avance a los montones de sus compatriotas muertos y heridos que se arrastran por la arena.

El diecinueve por la mañana rechazamos un asalto de la infantería de marina inglesa que llegaron al mando de un emperifollado y estirado oficial, algún pez gordo debía ser muy bien vestido y que ahora ardía en el infierno junto con toda su compañía. Ya sin más munición ni pólvora en todo el Fuerte más que la que cada hombre se reservaba se rechazan tres asaltos consecutivos del enemigo.

Veo morir al capitán Paredes junto a la puerta con la cabeza destrozada por un disparo, muere de pie y defendiendo su puesto y gritando a sus hombres, animándolos y acuchillando enemigos hasta el último momento, los demás que quedamos con vida conseguimos rechazar el cuarto asalto consecutivo a espada y daga.

Y entonces sucedió.

Lo que no habían logrado los enemigos de frente lo consiguieron a traición, ladinos y arteros, embusteros y crueles, sin palabra y sin honor.

La noche del diecinueve de noviembre llegaron unos ingleses hasta el pie del Fuerte y bajo bandera blanca, con la excusa de pactar una rendición honrosa, mientras se discutía el acuerdo y aprovechándose del descuido, los soldados de la Pérfida Albión se cuelan por una brecha de la maltrecha muralla y se desparraman por dentro del fuerte a sangre y fuego.

Los primeros en caer son las mujeres y niños que allí se refugiaban que son asesinados vilmente, degollados como corderos los infantes y violadas hasta la muerte las madres, la carnicería es brutal dentro del fuerte no hay ya resistencia posible y tan solo queda morir con honor.

Alcanzo dando cuchilladas junto a otros camaradas unos cestones tras los que se refugian unos críos aterrados pues nuestro honor nos obliga a protegerlos, así que me interpongo entre ellos y el enemigo con mi espada al frente mientras unos ingleses nos apuntan con sus arcabuces...

La defensa del Fuerte del León impresionó tanto al mariscal francés D'Aumont que ordenó enterrar al capitán Paredes junto al Señor de Romegon un noble francés muerto en la batalla y cuyos cadáveres se encontraron juntos y están enterrados así en la Iglesia Mayor de Brest bajo una lápida con elogiosas y honorables palabras del mariscal francés para con los españoles que murieron defendiendo el Fuerte del León a pesar de que le habían causado con su obstinada defensa más de tres mil bajas al ejército aliado.

El caballero de Freinville otro noble caballero francés que participó en el combate adjetivó la defensa como prodigiosa y calificó a cada Nación participante:

"Los españoles fríos, pacientes, intrépidos, valerosos. Los ingleses de valor brutal y siempre abusando cruelmente de la victoria y los franceses, impetuosos, bravos y generosos con el enemigo, cuyo valor admira y cuyo infortunio honra...."

Hubo nueve soldados españoles supervivientes que el mariscal francés salvó personalmente de la degollina inglesa y que devolvió al campo español junto a una elogiosa y admirada carta para el Maestre Don Juan del Águila.

Cuando éste recibió a los supervivientes por poco manda ahorcarlos ya saben la vieja ingratitud española.

- ¿De dónde venís miserables...?- les preguntó.

- De entre los muertos.- le contestaron.

- Con ellos debisteis quedar que ésa orden teníais- les dijo tan fresco e ingrato el viejo Maestre.

Y yo me pregunto: ¿Qué cara se les tuvo que quedar a aquellos nueve hombres cuando escucharon las palabras de su Maestre de Campo? ¿Rabia, irritación, ofensa?, ¿qué pasaría por sus cabezas? . Agotados, desfallecidos, heridos y humillados por quien debía abrazarlos como a sus mejores hijos, pisoteado el honor por quien debía agradecerles sus esfuerzos y su heroico sacrificio.

Supongo que los sentimientos que les llenaron el alma fueron la amargura y la resignación, a fin de cuentas habían nacido españoles.

El galeote

Una vez fui galeote, hace muchos años y todavía conservo en la piel las huellas de los rebencazos que nos daban los sarracenos. ¡Tachat, tachat, tachat!, restallaba el látigo mientras nos desollaban las espaldas.

La galera “Mahoma” era el orgullo de su capitán Uluch Ahmed y el hijo de mala madre sarracena tenía por honra que su nave fuese la más rápida y mortífera de toda la flota de La Sublime Puerta, y lo era, ¡Vive Dios que lo era!, ahí están mis cicatrices que lo demuestran.

Me llamo Gonzalo de Guzmán y Arregui y una vez fui galeote.

El día que los otomanos nos capturaron volvíamos de Chipre a donde habíamos llevado a varios caballeros de La Religión, que así es como llamamos a los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, y aparecieron los turcos de repente, tres galeras y una galeaza que nos hizo mucho daño con sus cañones y una de aquellas galeras era la “Mahoma”, y ya les dije que era rápida como el viento pues se distinguían sus remos avanzar cortando el agua, rítmicos y acompasados. Disciplinados.

Los de la galera “Santiago”, como buenos hidalgos y españoles bien nacidos no íbamos a dejar que nos capturasen sin lucha, por éso durante tres horas nos batimos con furia, pero los jenízaros nos inundaron las arrumbadas y Cristo empezó a abrirnos las puertas del cielo a todos.

No sé si fue por mis ropas caras de hidalgo pudiente, que había ganado en una partida de desencuadrada, por lo que me encadenaron a un remo y no me degollaron como a un perro a proa junto al espolón como a otros prisioneros, quizá los turcos suponían que mi supuesta familia rica pagaría mi rescate en buenos doblones del Rey.

¡Si estos infieles conociesen la realidad...!

En pocos días aprendí que en galera turca remar y callar es ley y encima a mi lado me habían tocado de compañeros dos tudescos grandes como bueyes e igual de inteligentes y un renegado maltés que hablaba solamente en lengua franca y al que no entendía ni la misma madre que lo parió, el de más allá que era un griego delgado y taciturno no dijo nada en cinco meses que fue el tiempo justo que

tardó el brutal cómitre en hacerle trizas los riñones y de que lo tirasen por la borda sin más ceremonias.

El tiempo al remo es tiempo de mucho pensar pues ingenias mil planes irrealizables de fuga, recuerdas cada instante bueno y malo de tu existencia, rezas mucho e imaginas, cada vez que nos cruzamos con alguna galera cristiana que ésa será la que te saque de allí, también hay días en los que reniegas de todo y tan solo deseas llegar de una puñetera vez a Constantinopla o a donde sea y que te quiten los grilletes oxidados que te están corroyendo los huesos. Es bueno pensar y repensar e intentar que nada te afecte, así quizá la cabeza logre escapar de todo aquello y puede ser que no te vuelvas loco y acabes como algunos que gritan o se ríen sin motivo aparente, o lloran desesperados mientras se arrancan las uñas a mordiscos.

Tampoco se hacen amigos en galera pues apenas da lugar para ello, ya que los turcos no permiten a los españoles juntarnos a más de tres a la vez, o se matan entre ellos, o peor capaces son de tomar la galera a puros huevos que con éstos nunca se sabe, deben de pensar de esta manera porque es vernos a dos galeotes charlar en buen castellano y comenzar de inmediato a darnos de latigazos mientras nos enseñan las gumias y se señalan el gaznate, los hideputas.

Y de esta manera tan entretenida van pasando los días y los meses y los años y de Constantinopla nada de nada, solamente algún ataque en puerto de La Sublime para reabastecernos y soltar esclavos aunque a mí nadie me deshierra, a mí me dejan encadenado aquí al remo en cada ocasión.

También la galera "Mahoma" ha sostenido combates duros, con nosotros dentro, claro, verdaderas batallas en las que piensas que hasta allí has llegado, mientras chorrea la sangre y caen los hombres destrozados a tu alrededor, es de cagarse y perdonen vuestras mercedes, pero es que es así, pues amarrado a la galera si se va a pique tu vas con ella irremediabilmente y con tanta gente acuchillándose a mansalva y sin piedad a tu alrededor quedas expuesto a llevarte uno de los mil tajos que cortan el aire o de las cien pelotas de plomo y quinientas saetas que vuelan por todas partes y tu allí amarrado e indefenso. Un infierno para los nervios, créanme.

Sin embargo un suceso inesperado nos saca de la rutina, al menos de la rutina de navegar sin rumbo en busca de presas.

La inmensa flota turca se ha reunido, galeras y galeazas por decenas y cientos de tahonas y naves menores con miles de gargantas

gritando “Alá es grande” cinco veces al día y cantando tocando chirimías y panderos hasta la madrugada. Algo gordo se cuece.

Entre los esclavos los rumores corren como el viento, que si los turcos se están reuniendo para entablar un gran combate contra los cristianos, que si el Papa ha convocado una Liga, que si el Rey Felipe de España envía a su propio hermanastro como Capitán General, y mil chascarrillos más que corren de banco en banco, de galera a galera, como un rayo de luz y de esperanza.

Todo esto no son más que rumores y muy pocos les hacemos caso y menos caso se hace todavía a los cuatro locos que andan propagando la rebelión entre nosotros, entre los galeotes, pregonan que cuando llegue el momento habrá que intentar morir luchando, yo estoy dispuesto pero ¿y los grilletes?...

Los rumores se convirtieron en realidad el día siete de octubre de mil quinientos setenta y uno, nunca jamás olvidaré tal fecha, era el día de la celebración de Nuestra Señora del Rosario y fue el día que me liberé por fin del yugo sarraceno.

Las tablas saltaban hechas pedazos y los remos partidos eran ahora solo inútiles estorbos y más de la mitad de los galeotes yacían muertos , a mí alrededor todo era un caos de tripas y sangre, de madera y astillas, de cabos y lonas desparramados, de locura y de matanza.

La flota cristiana, gracias a Dios, estaba destrozando a los turcos, los gritos desquiciados de los que mandaban la “Mahoma” así me lo indicaban pues corrían todos como locos por las arrumbadas un poco antes del choque brutal que dimos contra las naves cristianas, nosotros los galeotes remábamos desquiciados con la espalda chorreando sangre pues como en cada ocasión la galera de Uluch Ahmed navegaba de las primeras. Y así nos dieron...

Las galeazas cristianas nos hicieron migas con sus cañones mucho antes de acercarnos, pero la inercia pues allí a aquellas alturas no remaba nadie, nos llevó contra el espolón de una galera española. A través de un boquete del tablazón veía a mis antiguos camaradas cargar y disparar sus arcabuces, impasibles y certeros eran una muralla de hierro y de plomo, eran la Ira de Dios.

Tengo que confesar que el orgullo que sentí en aquel momento por mi patria y por mis compatriotas valían todo el oro de las Indias y pagaba sobradamente todas las miserias y privanzas sufridas durante aquellos largos años.

La imagen de los arcabuceros españoles disparando sobre los turcos, aquel día de octubre, hacía que mi corazón henchido diese gracias a Dios por haber nacido en aquella tierra dura e ingrata, en aquellos campos yermos y abandonados, en aquellos páramos llenos de ovejas, en aquel lugar donde relumbraban con igual fuerza la gloria y la miseria.

Y entonces me puse a gritar:

-¡¡¡SANTIAGO!!!!.....¡¡¡CIERRA, CIERRA!!!!...

Y el Apóstol me escuchó porque unos soldados viejos que segaban turcos como descosidos, me oyeron y paso a paso se acercaron hasta donde estaba yo. Daba miedo verlos venir, dando tajos y pegando tiros con los arcabuces mientras chorreaba la sangre turca de sus espadas:

-¿Español, eres?- me dice uno con barbas y cara de fiera y me parece que responder que sí.

- ¡Vamos pues!- y de un tiro certero me libra de los grilletes que me aprisionaban.

Los huesos me vibran y me duelen pero mi corazón salta de alegría y más cuando me dan una espada.

Pensaba yo que tantos años sentado al remo me habrían hecho perder la destreza, pero no y además allí había sarracenos a cientos para poder practicar ya que a mi alrededor la batalla continuaba.

Nadie daba cuartel, aunque al asomarme a la borda vi que los turcos buscaban ya más escapar que combatir, y no me extraña porque casi toda la flota otomana ardía y las que quedaban se batían desesperadas a saetazos contra el poder de fuego de los cristianos que barrían las cubiertas enemigas a mosquetazos.

Y bueno, por allí había un tal Miguel de Cervantes, que herido en una mano manejaba la espada con la otra haciendo gran sarracina de turcos y a su pluma magnífica les remito.

Yo a fin de cuentas no soy más que un pobre hidalgo segundón y simple soldado del Rey.

Gonzalo de Guzmán y Arregui... Y una vez fui galeote.

El puente de Ems

Los herejes habían abierto las esclusas.

Anegando los campos pretendían quebrar nuestra entereza y nuestro ánimo pero no saben estos impíos que para los españoles cualquier revés de la vida o cualquier circunstancia que nos haga el camino más difícil y la pendiente más empinada son solo accidentes inevitables a los que estamos acostumbrados desde la cuna.

Así que lo de abrir las esclusas les sirvió de poco.

Avanzamos ahora hacia ellos con el agua por las rodillas y el fango flamenco agarrándote los tobillos, arcabuces y pólvora a buen resguardo sobre las cabezas. El agua está helada, aunque después de un rato ya nada sientes y es mejor así pues faltan todavía unas cuantas leguas hasta que lleguemos donde se encuentran las defensas calvinistas pues marchamos hacia ellos con la intención de tomar el canal y su puente.

Luis de Nassau vencedor en la batalla de Heilgerge en la que los holandeses hicieron pedazos a un buen número de camaradas está confiado y seguro y sus tropas enardecidas y dispuestas a luchar, piensan los herejes que todo el monte es orégano y que en cada batalla lograrán hacernos retroceder o aniquilarnos, pero ¡cuán equivocados andan! porque no han tenido en cuenta ni valorado con frialdad su victoria en Heilgerge, donde vencieron sí pero tras cargar una y otra vez contra aquel cuadro español que se negaba a claudicar y que les provocó cientos de bajas hasta caer derrotado.

Entre nuestras filas el deseo de revancha es proporcional pues aquellos herejes no habían dado cuartel y no lo recibirían. Donde las dan las toman que es otra vieja tradición española.

Por eso cuando llegamos tras la dura marcha hasta el puente sobre el canal de Ems nos lanzamos al asalto y allí no quedó vivo nadie, los que lo defendían fueron despedazados y arrollados por la turba de españoles que desde cada esquina aparecimos de repente, empapados de barro holandés y con dagas y toledanas repartiendo tajos y cuchilladas como los Demonios del Mediodía que éramos y sin dar cuartel ni al tamborilero.

Los capitanes de las tres compañías que hemos tomado la posición, acabada la carnicería, nos organizan con rapidez pues el puente es

Padrenuestros, con los dientes, con las manos, a tiros, a espadaos, a puñaladas... ¡Aguantamos!

Agotados y sedientos, llenos de mugre y de barro con la sangre enemiga goteando de las espadas, todos unidos y hombro con hombro, recios, orgullosos e impasibles esperando la siguiente carga.

Éramos la mejor infantería del mundo y allí defendiendo aquel puentecillo sobre el canal de Ems, que casi había perdido el caudal por la cantidad de muertos y agonizantes que habían caído en sus aguas los herejes no pudieron vencernos. Unos pocos conseguimos derrotar a muchos, no había sido la primera vez en la historia de nuestro pueblo, ni sería la última pues siempre fuimos muy duros de roer los españoles.

Los herejes aprendieron que tumbar nuestras picas y silenciar nuestros arcabuces les costaría siempre un alto precio y que aquellos soldados gritones, valientes, sucios, hambrientos y gloriosos no tenían mayor honra que morir por su nación y todos, desde el más hidalgo al más pordiosero se igualaban en el campo de batalla y formaban una piña o cuadro imbatible, pues entre ellos mismos porfiaban siempre por ver quién era el más valiente y osado y por estar donde más peligro hubiere.

Así lo aprendieron los holandeses aquel día sobre el puente de Ems que era vital posición y lugar de obligado paso para los camaradas de los Tercios Viejos de Sicilia y de Lombardía que mientras marchaban cruzando el puentecillo, camino de ampliar la derrota de nuestros enemigos nos aclamaban como a héroes, y pardiez, aquel día me sentí el soldado más orgulloso, leal y valiente de todo aquel Imperio donde el sol no descansaba jamás.

Antonio de Málaga. Leal soldado del Rey de las Españas, en Flandes un día nublado y frío de un año que ya ni recuerdo.

La trinchera de Mook

La risotada llega a mis oídos que están pitando, taponados y casi sordos desde las diez de la mañana.

La hora en que empezó todo y el flamante ejército de Luis de Nassau se había dado de bruces contra el cuadro de infantería española con la de San Andrés ondeando al viento hereje nada más habían cruzado las aguas del río Mosa.

La carcajada apaga, aunque no me crean vuestras mercedes, el trabucazo que Lope, el vascongado gigantesco que se ríe, acaba de disparar sobre los holandeses que huyen.

- ¡Hostia puta!... ¡Largándose están pues...!

Y es cierto pues tras rechazar por dos veces a la caballería enemiga, la infantería ha vuelto las espaldas y corre ahora desesperada hacia el río.

Pobrecicos, no saben la que les ha caído... Españoles al degüello y sin cobrar un maravedí desde que la Reina Isabel perdió el virgo...

Y es que éstos herejes parece que no se enteran y miren vuestras mercedes que llevábamos casi un mes aquí sin permitirles cruzar el río y éso que junto al capitán Dávila tan solamente habíamos venido cuatro gatos. Pero “El Rayo de la Guerra” es bravo capitán y astuto soldado, además de tener los cojones más gordos que el caballo de Espartero y no me pregunten vuestras mercedes quién es el tal Espartero, pero lo que se dice, se dice, así debía ser el jamelgo... Tres mil españoles curtidos y veteranos donde hasta los mochileros que venían estaban diplomados en tajos y cuchilladas nos desparramamos por la ribera del río Mosa, agazapados, viendo a los herejes pasar tan contentos.

La especialidad española de poner al enemigo de los nervios, desgastarlo y quebrarle la moral había comenzado pues atacábamos con fiereza y sin dar cuartel ni al apuntador, sangrando las filas enemigas con escopetadas brutales o saliendo de repente desde el terraplén de un dique degollando como matarifes y gritando ¡Santiago y Cierra!, que daba pavor vernos.

También hacíamos encamisadas sin piedad que son especialidad de la casa, en una de ellas acabamos con quinientos enemigos,

clavamos veintitantos cañones y quemamos el campo enemigo entero y nos llevamos los caballos, la plata, la pólvora, los anillos, los zarcillos y los dientes de oro... No me extraña que los pobrecitos mercenarios alemanes desertasen en manadas o que no durmiese en los campamentos enemigos ni Dios, o que en las marchas, todos mirasen desconfiados y acojonados cada recoveco del camino esperando tensos como varas oír aquello del ¡cierra! y cagarse entonces patas abajo.

Para estas cosas los españoles siempre nos dimos buena maña si no, que se lo cuenten a los herejes del Nassau que llevan un mes río arriba, río abajo, desangrándose por el camino, con los nervios de punta a cada paso y con una daga española, afilada y brillante, en el gaznate de todos ellos. Y de ésta manera ahora te ataco, ahora me escondo nos pasamos casi un mes, pero con la llegada de los refuerzos ahora somos ya seis mil hombres y nuestro capitán, por fin, permite al ejército enemigo cruzar el río y al cruzar que nos encuentran al otro lado en formación de ataque picas al frente y las mechas humeando.

Había una trinchera hereje que estaba bien defendida pero de la que con el primer ímpetu del asalto hemos conseguido desalojar de enemigos, sin embargo herejes los hay por miles, tres a uno está la cuenta por eso redoblan su ataque y ardor y recuperan la trinchera que está repleta de muertos y de moribundos de los dos bandos, chorreando la sangre de las espadas, de las moharras, salpicado de sesos y de vísceras el ambiente.

¡¡¡CLINC, CLACNG, AUG, CRACK, CHAS, CHAS, AAAARRRG, OUG, ZAS, CLING!!!

Pardiez nunca hubiese querido verme allí en medio, pero allí estaba con los brazos molidos, el muslo sangrando y la cabeza dando vueltas, pisoteando tripas y bañado en sangre y sudor, pero los españoles recuperamos la trinchera...

Ya nadie fue capaz de expulsarnos de allí pues pareció que nos clavásemos a la tierra, ni siquiera el Nassau con sus cargas de caballos-coraza logró romper nuestra defensa y su caballería sucumbió contra el muro inamovible en el que nos habíamos convertido, ya pueden imaginar vuestras mercedes los boquetes en los petos, los caballeros que caen hacia atrás despedidos, los caballos ensartados y los jinetes degollados sin piedad debatiéndose en el suelo como tortugas panza arriba.

Y por eso ahora Lope, el vascongado enorme se reía a carcajadas mientras avanzaba descoyuntando herejes con el mocho del arcabuz y los holandeses huían en todas direcciones sin apenas defenderse. Muchos se ahogaron en el río, otros como en almadraba tiñeron de rojo el Mosa y otra buena porción había caído alrededor de la trinchera.

Luis y Enrique de Nassau estaban muy cerca uno del otro, rodeados de muertos y ambos cosidos a arcabuzazos y al Conde del Palatinado lo encontramos poco después ya desnudo y convenientemente saqueado aunque pudimos reconocerle por su melena rubia cuidada con "Pantene" que allí estaba desparramada sobre el suelo y teñida de rojo.

Y después...

Bueno, después nos amotinamos, pero como buenos españoles lo hicimos porque el hambre era tan grande y la miseria y abandono tan vergonzosos que no nos quedó más remedio, pero al menos lo hicimos, amotinarnos digo, después de acabar con cinco mil herejes e impedir que el "Taciturno" recibiese refuerzos en la ciudad de Leyden.

Como manda la honra de buen español.

Yo creo que, al menos un jamón y un vaso de vino nos habíamos merecido después de aguantar a pie firme al enemigo en aquella trinchera de Mook. ¡Pardiez!, yo creo que si...

Fernando de Castro y Villanueva. Pica seca en el Tercio de Don Sancho Dávila, Flandes en abril de mil quinientos setenta y cuatro.

El agua al cuello

Está lloviendo en el puñetero Flandes, para no variar y se escuchan los goterones golpear sobre la lona de la tienda de mando y dentro los capitanes Dávila y Mondragón, que nos han mandado llamar a los oficiales le dan muchas vueltas y revueltas a un mapa que tienen sobre la mesa.

Ninguno dice nada cuando vamos entrando sacudiéndonos el agua de los chambergos y el barro pegajoso de las botas más qué:

- Sírvase vuesa merced un vaso de vino y espere- eso es todo lo que Dávila nos dice cuando vamos entrando uno a uno en la tienda.

El Sargento Mayor Ruiz se arrea dos lingotazos de vino que está caliente y dulce y del que todos queríamos repetir pero que solamente Ruiz puede hacer por privilegios del cargo pues lleva en los Tercios desde tiempos del Emperador Carlos, y aunque mal encarado, picajoso, viejo y nudoso los capitanes lo tienen en muy alta estima, por eso que él bebe y los demás miramos el fondo vacío de nuestras jarras de peltre abolladas y sucias que proceden del saqueo en alguna villa holandesa vayan vuestras mercedes a saber cuándo.

Los dos capitanes siguen muy atentos a su mapa, venga girarlo y remirarlo y apuntar con los dedos puntos y recorridos, que no sé yo pardiez lo que estarán mirando pues según donde señalan solamente mar frío y oscuro se puede encontrar.

Al lado de la mesa muy tiesos y envarados hay dos paisanos holandeses que parecen tranquilos pese a tener a su alrededor a los soldados que más temen y odian del mundo, de vez en cuando uno de ellos se adelanta y señala el mapa moviendo afirmativamente la rubia cabeza diciendo algo así como:

- Oosterkanaal cruzar posible solo necesitar valor...

Y los capitanes Dávila y Mondragón se miran entre ellos y luego nos miran a nosotros, pero nada dicen, bueno sí, sírvanse más vino vuestras mercedes dijeron, y el sargento Mayor Ruiz se abalanzó sobre la damajuana con tanto ímpetu que los dos holandeses dieron un respingo del susto y en la tienda de mando estalló una carcajada atronadora. Hasta vi al duro y viejo Mondragón esbozar una sonrisilla cuando vio a los dos herejes saltar hacia atrás blancos como el buen

papel y acojonaditos de miedo cuando la sombra de Ruiz pasó a su lado como una centella directo al gollete de la damajuana.

Los holandeses nos miraban después rencorosos y entre ellos murmuraban, yo jamás entendí del todo el flamenco, pero por los gestos y el tono debían estar diciendo algo así:

-Reíros, reíros, hideputas, que ahora después os vais a cagar...

Entonces Dávila y Mondragón dejan el mapa a un lado y se sirven vino pero nada dicen de que nosotros hagamos lo mismo, excepto claro, Ruiz, que no necesita el permiso de nadie.

Sancho Dávila carraspea un poco, mira a Mondragón como cediéndole la papeleta y el otro suspira para sus adentros se bebe su ración de vino y chasqueando la lengua tras recorrernos con la mirada de arriba abajo nos suelta la noticia y el plan:

- Señores oficiales hay que socorrer a los camaradas del capitán Pacheco pues los herejes los van a pasar a cuchillo si no les socorremos y esto sería deshonor para el Tercio y para España, ¡ejem!, así que vamos a atravesar el mar y a pillar a los herejes por la espalda.

Se escuchó entonces un sonido extraño como de aire desinflándose y decepcionado. ¡Tanta parafernalia para planear otro ataque por mar!

No sería el primero porque ya habíamos intentado el socoro a la Plaza por el agua, pero el dominio del mar y de la desembocadura del Escalda por parte holandesa era absoluto y por eso cada intento se había saldado en fracaso y supuesto pérdidas muy graves.

Aún así alguno preguntó:

- ¿Con qué barcos Maestre Mondragón...?

- ¿Barcos?, ¡Quien ha dicho nada de barcos...!

Entonces se nos pusieron las orejas tiesas a todos para oír lo que el Maestre nos iba a decir, el plan loco y arriesgado que eso era seguro con aquellos dos de por medio, en el que nos iban a meter a los soldados bajo su mando, luego se nos pusieron los ojos como platos cuando Mondragón soltó:

- Vamos a cruzar el mar andando... ¡Como Moisés...!

Les juro a vuestras mercedes que no se rió nadie, ni siquiera los holandeses pues nos habíamos quedado todos estupefactos.

Hay un vado, nos dijo, peligroso y lleno de corrientes y en el que con la bajamar algunos españoles tendrán que nadar para poder superarlo porque es un brazo de fango y agua helada de tres leguas y media de largo, pero estos señores holandeses dicen que los pescadores locales lo usan y que solamente hay que ponerle huevos al asunto y el capitán Mondragón conocía la manera de tocarnos la fibra sensible:

- ¡Y a cojones no nos gana nadie...!- dijo, mientras Dávila vaciaba su jarra y remataba- Amén...

De esta manera formamos a los hombres junto a un molino, tres mil piqueros y arcabuceros casi todos españoles con algunos valones y tudescos que nos acompañaban y que era hermoso espectáculo ver brillar las moharras con el fuego de las antorchas y a aquellos tres mil compatriotas dispuestos a ir a donde hiciese falta tras sus capitanes y sus banderas.

Se repartieron saquitos de pólvora y de bizcocho y se informó a los señores soldados de la travesía que nos proponíamos y sin más órdenes ni explicaciones los hombres se quitaron las botas y las colgaron en la punta de las picas, junto a los saquitos de pólvora y las espadas, dagas y arcabuces y en formación cerradísima empezamos a meternos en el agua helada y en el fango.

Delante marchaba Mondragón con los dos holandeses de la tienda haciendo de guías y que ahora miraban a su alrededor sin creerse todavía que aquellos locos españoles les hubiésemos hecho caso con aquel plan descabellado. Pero allí estábamos.

Créanme vuestras mercedes si les digo que no fue nada fácil.

Al principio el agua nos llegaba a la cintura, luego, conforme pasaba el tiempo, tiempo que teníamos escaso, pues si nos pillaba la subida de marea nos iríamos todos al mismo infierno, el agua fue subiendo hasta la cintura, hasta el pecho y hasta las barbas. Según la altura de cada cual así le venían las bocanadas de agua salada.

Menos mal que soy espigado, gracias a mi padre, al que llamaban "El Junquillo" y pude sortear con menos fatiga que otros aquellas aguas negras y frías que parecían querer tragarnos.

No se puede narrar con palabras lo que allí pasamos pues venían corrientes que nos empujaban y trataban de disgregarnos pero el Tercio era inamovible, irrompible hasta para las olas del mar hereje y solamente a algunos se llevó el agua y como en batalla campal manteníamos en alto las picas y las banderas, agarrados de los brazos unos a otros mientras el Tercio avanzaba pese al agua y al viento, pese al barro que se nos pegaba a las pantorrillas y pese al frío y al mar que quería tragarnos vivos.

A mi lado mi camarada Guzmán de Cádiz con ése gracejo especial que tienen los andaluces soltó una de sus ocurrencias:

- Decía er Maestre que como Moisés pero pardiez que se equivocaba. ¡Al hebreo el Señor al menos le abrió las aguas....!

El Tercio del Agua al Cuello como también nos ha bautizado el gracioso y ocurrente camarada estalla entonces en una carcajada que empieza en nuestra esquina y acaba en la contraria al correrse la voz de la broma como una descarga de arcabucería y hasta el viejo Mondragón dicen que se reía con la puya.

Cuando por fin alcanzamos la otra orilla y nos colocábamos las botas y los arreos militares no podíamos creer lo que habíamos hecho por que fue nada más salir del agua el último de los soldados y venir la pleamar y llenarse el brazo de mar por el que habíamos transitado hasta el mismo borde.

Pero lo importante es que estábamos de nuevo en nuestro terreno, fangoso y húmedo, pero llano, liso y directo hasta el culo de enemigo y hacia ellos marchamos, con las piernas dando dolorosos temblores pero el cuadro avanzando y retumbando el tambor dentro de las tripas y dispuestos a quitarnos el frío meneando las manos como tan bien sabíamos hacer los españoles.

Tanto pavor tenía que dar vernos llegar llenos de barro y empapados hasta el tuétano y con la cara ésa de mala leche tan española y que los herejes llaman tan finamente “La Furia”, tanto pavor y canguelo debíamos provocar que los holandeses e ingleses que tan ricamente asediaban Goes salieron corriendo como si hubiesen visto aparecer al mismo demonio y huyeron espantados hasta sus barcos, que ya izaban las velas y zarpaban a toda prisa, aunque unos mil y pico de ellos jamás llegaron ya que los cazamos por el camino y no dejamos ni uno solo con vida. Que ya se sabe que en combate los Tercios ni piden clemencia ni suelen darla y menos si antes, para encarar al enemigo, nos hemos tenido que jugar la vida atravesando el mar por donde ni los bacalaos se atreven.

Los sitiados de Tergoes con el capitán Pacheco al frente salieron a recibirnos y a abrazarnos y todo eran ya risas y gritos de Santiago y España y de dar gracias al cielo pues aunque como había dicho mi compadre gaditano no había sido lo mismo ,aquel día tres mil españoles atravesamos el mar aunque el Señor no nos hubiese abierto las aguas, tan solo por socorrer y salvar a nuestros compatriotas.

Y es que como había dicho el Maestre Mondragón unas horas antes en la tienda de mando, aquella era una cuestión de valor y de coraje y de afrontar un peligro incierto sin importar lo que sucediera, un asunto de dos pares de huevos. Y en tales menesteres nadie nos moja la oreja.

Así lo vivió y así se lo contó a vuestras mercedes:

Carlos García de Iturralde, Alférez en el glorioso Tercio del Agua al Cuello.

El inexpugnable San Mateo

El balanceo del mar hace que la proa suba y que luego baje y así una vez y otra y crujen las maderas y se tensan los cordajes, que los marinos llaman jarcia y en las tripas se instala una basca incómoda que hace que tengas siempre la sensación de que vas a soltar por la boca hasta la primera gacha que te dio tu madre, siempre la sueltas y los marinos curtidos te miran con sorna y recochineo.

Algunos no dejan de soltarla y jamás se acostumbran al vaivén y los ves por la cubierta amarillos como un pergamino viejo:

-¿"Paqué" te embarcas si tu eres de secano?

Pero claro, siendo soldado pues te embarcas donde te digan y peleas y mueres donde te toque y más si perteneces al Tercio de La Liga o de Granada y tu Maestre es el durísimo y valiente Don Lope de Figueroa, no queda otra que pelear más que aunque entre espadazo y espadazo vomites como un puerco y el mundo bajo tus pies sea solamente un montón de tablas, de hierro y de brea.

Gracias a Dios, pese a que el primer día yo era uno más de los que vomitaban mis tripas se acostumbraron pronto al movimiento y a la rutina marinera, tanto para mí como para el resto de arcabuceros embarcados eran un misterio las ordenes, las carreras y las escaladas a los palos y el despliegue de ésta u ésa o aquella vela y la razón por la cual aquel montón de madera que crujía y apestaba flotaba y era dirigida hacia dónde deseaban aquellos locos renegridos de sol y mar que se hacían llamar marinos.

El galeón era impresionante máquina de guerra de ochocientas toneladas y treinta cañones y con una popa altísima que parecía la torre del homenaje de un castillo y que por la noche se iluminaba con los faroles, fanales les llaman puesto que vaya manía tienen los marineros por ponerle extraños nombres a las cosas. Se llamaba San Mateo y dentro, aparte tripulación, viajábamos doscientos cincuenta arcabuceros veteranos reclutados para la campaña de las Azores, que habiéndose unido España y Portugal querían anexionarse los vecinos franceses apoyando al Prior de Crato que se había nombrado a sí mismo pretendiente al trono portugués.

Por eso el Rey Felipe había enviado a su más famoso almirante Don Álvaro de Bazán para dejar claro que aquellas islas eran ahora parte del Imperio Español y que como tales se defenderían. Y en ello

estábamos, o al menos lo intentábamos pues desde que arribamos a la cercanía de las islas y nos topamos con las velas enemigas empezó un tira y afloja entre nuestros barcos y los barcos franceses.

Muchos días estuvimos así con los gabachos haciendo maniobras y más maniobras simulando ataques, ahora me acerco y cañoneo de lejos y luego salgo a todo trapo... Nuestro almirante estaba que se subía por la verga del mayor y esto lo dijo un marino mientras los arcabuceros decíamos que: Suelta Don Álvaro más chispas que refajo de tudesca.

El caso es que el de Bazán estaba hasta la bisectriz del ángulo y esto lo dijo uno que era matemático, de los franceses, que pese a su mayor número en navíos y tropa embarcada no se decidían a atacarnos de frente sino solo escaramuceaban un poco para salir a toda vela en cuanto nuestro almirante ordenaba maniobras de envolvimiento y de arrimarse al enemigo.

Era emocionante ver acercarse la borda contraria y preparabas el arcabuz mientras te acompasabas al balanceo de la nave y cuando rozabas la llave, el enemigo que viraba en redondo, te presentaba la popa y allá que se largaban muy lejos del alcance de nuestras bocas de fuego.

Hasta los mismos cojones nos tenían los gabachos y esto lo digo yo.

Amaneció el día veintiséis de julio del Año del Señor de mil quinientos ochenta y dos con la flota española a pocas millas de la Isla de San Miguel y ¡pardiez!, para muchos camaradas fue el último día de su existencia. Y para dos mil y pico enemigos, también.

El amanecer iluminó un mar de velas y de cascos oscuros que viraban y se posicionaban reuniéndose en grupos y formando pequeñas escuadras dentro de la escuadra, mientras la flota francesa se preparaba, por fin, para el combate.

Los que íbamos dentro del San Mateo tan solo veíamos cómo los demás galeones corrían mucho y nosotros apenas nada y que poco a poco nos íbamos quedando solos en mitad de las aguas azul oscuras y heladas como la muerte del Atlántico.

- Ya vienen- dijo alguien.

- ¿Por babor o estribor?- le preguntaron.

- Por "tós" laos...

Y era cierto porque viéndonos allí desamparados los barcos enemigos se habían lanzado en jauría sobre nosotros y su nave almiranta, la capitana y sus naves mayores estaban ya ahí mismo, cañoneándonos y haciendo saltar por los aires las primeras lonas, astillas y trozos sanguinolentos.

Los cañones del San Mateo mientras permanecían mudos con Lope de Figueroa en el alcázar el sable en alto y las balas zurrándole alrededor y los cañonazos destrozando el velamen y la jarcia sobre su cabeza, pero impávido, esperó hasta que la banda del enemigo estuvo muy pegada a la propia y entonces bajó el sable:

¡¡¡BAAATABUUUUUUMMMMMM!!!!

Les juro a vuestras mercedes que el galeón enemigo se estremeció y se volcó sobre la banda contraria al recibir la andanada saltando por el aire millones de trocitos de madera y metal, de entre los que destacaban los brazos, piernas y demás casquería fina de francés, y luego:

¡¡¡BATABUUUUUUUUUUUUUUUUUUUMMMMMM!!!!

Por la otra banda la de estribor me parece que se llama se repite la jugada con el otro barco francés que nos abordaba y más carnicería y más astillazos y más gritos y lamentos, pero no tenemos tiempo de pensar en nada porque los franceses ya abarloan sus naves gritando muy valientes y mientras nos lanzan los ganchos podemos ver perfectamente sus caras al otro lado, y claro, para algo estamos allí nosotros así que nos asomamos por la borda y ¡POUM! , zambombazo de doscientos arcabuces al tiempo en una lluvia mortal de plomo que barre al enemigo.

Como cabo divido a mis hombres en dos líneas mientras una recarga, la otra dispara, y si por si consiguiesen los franceses acercarse mucho hay aquí en un cestón de mimbre lleno hachas y partesanas que harán el avío, aparte las espadas, las dagas y todo lo que se tercié para mandar al enemigo al fondo porque la infantería española no se retira ni recula y allí en mitad del mar menos todavía.

El San Mateo ya no es un hermoso barco ahora es tan solo un trozo de madera que flota, llano como un pontón sin palo ninguno y con las cubiertas llenas de escombros y de muertos, pero con los cañones que no están desmontados ni que han estallado de tanto disparar manteniendo el fuego y con los arcabuceros que quedamos vivos, ya menos de la mitad que en galera, galeón o revellín, pardiez, siempre

caemos los mismos, disparando a todo lo que se mueve dentro de los barcos enemigos.

Los gabachos han recibido hasta en el cielo de la boca y no han podido meterse ni uno solo dentro de nuestro barco y a los pocos que lo consiguieron, tras atravesar la barrera de arcabuzazos, los habíamos hecho fosfatina con las espadas, destrozándolos como indios caribes.

-¡Ya viene Oquendo!- gritan y al instante se escucha por encima del fragor de la batalla un enorme restallar de cuerdas partiéndose y de madera quebrándose que parece que se acabe el mundo, por encima de todo las voces de los compatriotas que llegan en nuestro auxilio y que abordan como salvajes las naves francesas que rodean al San Mateo:

-¡¡¡SANTIAGO!!!!...¡¡¡ESPAÑA, ESPAÑA!!!!...¡¡¡CIERRAAAAA!!!!

La ola española inunda las naves enemigas que estaban ya muy maltratadas y algunas tratan de zafarse y escapar, otras no pueden y se van hundiendo poco a poco, algunas arden llenando el aire de humo y de gritos estremecedores, la victoria sobre la flota francesa es total y absoluta.

Y en lo que queda del alcázar Don Lope de Figueroa rodeado de muertos y de sangre nos mira orgulloso con los ojos chispeantes y la sonrisa iluminando su cara de curtido veterano y tras él, agujereada y rota la bandera de Castilla y León ondea al viento atlántico y a través de los agujeros y los jirones se pueden ver unas velas que huyen rumbo a Francia, llevando la noticia de que la ruta de los galeones españoles está protegida por unos barcos con nombre de Santo que se tornan durante el combate en glacis inexpugnable y en muralla infranqueable.

Algo normal y natural pues van cargados con la vieja y leal infantería. Cargados de honor y de gloria...

Manuel de Villegas, arcabucero en el Tercio de Figueroa.

El viejo soldado

Las campanas de la iglesia repican llamando a los fieles al templo, es un día luminoso en Madrid y Los carruajes y las calesas de los ricos salpican de barro y de mierda a los viandantes mientras ruedan veloces sobre el empedrado y las caballerías van dejando atrás desperdicios humeantes. Un cochero detiene el carruaje rojo y verde ornamentado con rica pedrería bordeando el escudo de armas de la portezuela y desciende raudo del pescante y despliega el escabel sobre el que aparece un pie, es una dama, o eso parece.

Porque en aquella plaza nada es lo que parece.

Hay caballeros que se pasean muy tiesos vistiendo lujosos trajes pero que tienen que disimular con toses los sonidos que hacen sus tripas vacías, hay damas que no lo son vestidas de sedas y encajes flamencos, hay curas sin Fe y pisaverdes emperifollados donjuanes que persiguen a las damas, a las supuestas y a las otras y hay soldados y capitanes que bravuconean sobre campañas en las que nunca sirvieron, hay pícaros y tullidos fingidos, pedigüeños y buscavidas por doquier, hay vendedores de golosinas y de relicarios, hay aguadores, peregrinos, espadachines bravucones y muchos perros flacos.

Entran en el templo muy tiesos sin mirar jamás al suelo muy arrogantes y displicentes como si el mundo entero estuviese a sus pies y servicio, como si fuesen el mismísimo Rey. Y así actúan todos, desde el noble hasta el pordiosero, todos hidalgos, todos Guzmanes, todos con espada y daga al cinto, pavoneándose, perdiendo con los años la vergüenza y la honra, cegados por el oro indiano y la ambición de vivir y no dar golpe.

El hombre es recio, de espalda ancha y se cubre con sombrero y capa que se levanta detrás por la toledana. Observa a la gente que se arremolina y que corre disimulada para entrar antes que el vecino en el templo y observa como los poderosos humillan a los desfavorecidos y los desprecian y el hombre recio de pelo entrecano se estremece y un frío glacial recorre su espalda:

-¡No tenemos remedio!- dice en un susurro pues su joven acompañante apenas le oye.

Pasan ahora al lado de uno de los miserables que piden limosna cerca de la puerta de la iglesia, que de ésta los echaron a patadas los curas hace un momento tan piadosos ellos.

El hombre recio se fija en que, al contrario que los otros que piden, hay un viejo tullido que no abre la boca. Ni plegarias ni lloreras, nada de: ¡Señoría por piedad!, ni de, ¡un poco de caridad, vuecelencia!

Está allí impasible mirando al vacío.

La pierna izquierda es flaca, puro hueso y la derecha no está, en vez de pierna tiene un feo muñón y junto a la mano derecha tiene una daga, es vieja y anticuada pero el hombre recio observa que está sin mellas y afilada, limpia y brillante, preparada para utilizarse si llega el caso.

Va a seguir su camino, pero la daga y el muñón le han traído a la memoria viejas imágenes de picas abatiéndose, de espadas chorreando sangre, de arcabuces disparando, de caballos, de humo, de sangre y de gloria. Mira un rato al viejo que sigue sin decir nada pero los dos hombres se hablan con los ojos un rato, de veterano a veterano:

- ¿Me dice su nombre vuestra merced?- pregunta al fin el hombre recio, mientras deja, como el que no quiere la cosa unas monedas en el chambergo que el viejo tiene ante él.

El otro lo mira desconfiado y hosco, pero la mirada franca y amable del hombre, sin duda un soldado, lo convencen, y con sus ojos agradece el gesto noble y caballeroso de llamarle “vuestra merced” pues hacía años que nadie lo hacía.

- Me llamo Diego de Toledo, Señor...

- ¿Soldado?

- Lo fui...

- ¿Flandes, Italia?

- Las dos...Rávena, La Esclusa, Zierikzee...

- ¿Zierikzee?...¿En el siglo viejo...?

- La misma...

- No será vuestra merced “ese” Diego de Toledo, el del fortín en la isla Bommenzee...

- Lo fui...Hace años...

- Pero, pero...El hombre recio no sale de su asombro, el corazón encogido de tristeza, de vergüenza y de rabia. ¡Santo Cristo Bendito! - dice- ¡Maldita tierra!, luego deja otro buen puñado de monedas en el sombrero y le da la mano al viejo soldado tullido apretándola muy fuerte.

Casi tiene lágrimas en los ojos cuando lo hace mientras el soldado viejo le mira agradecido muy fijo a los ojos:

- Vuestra merced es noble caballero y no debe mancillarse con tales palabras, déjenos eso a los viejos y a los miserables, nacimos aquí y esta siempre fue tierra dura, cuando regrese a Flandes, si me hace el favor, los primeros herejes que envíe vuestra merced al infierno pues los anota en mi cuenta. Y con eso ya me doy por pagado...

Sentado en la taberna el hombre recio se ha bebido ya dos jarras de buen vino de Valdepeñas y está a punto de acabar la tercera, mientras su joven acompañante bebe vino rebajado pues es todavía un mozo imberbe. El hombre recio no ha dicho nada desde el encuentro con el viejo que pedía limosna, uno más le había parecido al muchacho, otro lisiado que malvivía arrastrando su muñón, solamente otro espabilado más en aquella España repleta de ellos.

Al hombre recio sin embargo le había cambiado el humor, era ahora era taciturno y oscuro, con sombras que velaban sus ojos marrones, terminada la tercera jarra ya pedía la cuarta y entonces el joven por fin, se atreve a preguntar:

-¿Quién era ése, Maestro?...

-¿El cojo?... ¿El anciano de la daga...?

-Si...

- España, hijo...España...

Y el hombre recio se bebe media jarra de un largo trago y sin llegar a acabarla ya está pidiendo otra.

El joven cree que se acabaron las explicaciones pues su maestro no es hombre de muchas palabras y menos cuando se le piden cuentas

de algo que parece removerle dentro de las tripas fantasmas, convicciones profundas y negras y pozos oscuros donde el hombre mira y se estremece, recovecos que el joven alumno tardará años en contemplar y comprender.

Pero, para su sorpresa, su maestro empieza a hablar de sopetón, como un arcabuzazo a boca de jarro:

- Ése hombre es Diego de Toledo. ¿No te suena, verdad?, no me extraña. ¡La desmemoriada España...!

En el siglo viejo en el año setenta y seis en Flandes los Tercios se lanzaron a la toma de la ciudad de Zierikzee que era una plaza fuerte casi inexpugnable y un bastión de los rebeldes por eso el Rey ordenó tomarla. Y lo hicieron, a puros huevos.

Para llegar hasta la ciudad había que asaltar y tomar un fuerte que estaba en la Isla Bommenzee y que era un objetivo difícil y arriesgado con revellines, trincheras y parapetos y todo ello bajo el fuego de artillería, imagina el panorama.

Llevaban los hombres de Don Sancho Dávila seis horas de combate sin cuartel contra aquellas murallas y el suelo sembrado de camaradas muertos y parecía que no iban a poder con los herejes. Pero no.

De repente un hombre sale de entre las filas enloquecido y gritando cierras, Santiagos y palabras tan gruesas que harían enrojecer a un arriero, armado con su espada y una rodela él solo y echando espumarajos por la boca se arroja contra el enemigo, y por supuesto, sus compañeros no lo iban a dejar solo pues hubiese sido una cobardía y una vergüenza, así que salen detrás del hombre dispuestos a tomar de una vez puñetera vez aquel maldito reducto flamenco. La matanza no terminó hasta que en el fuerte no quedó ningún enemigo con vida, ni uno solo y se tomó la Isla Bommenzee y después la ciudad de Zierikzee, viendo lo visto, también capituló.

El hombre de la espada y la rodela el que arrastró con su ejemplo al Tercio entero se llamaba Diego de Toledo y acabas de conocerle...

El joven tiene una expresión dura en el rostro cuando su maestro termina de contarle la historia del viejo y de un trago acaba con su jarra, el corazón acelerado y henchido de orgullo por la historia ha terminado encogido, arrasado el primer sentimiento de satisfacción por otro de oscura certeza.

España, había dicho su maestro y él no entendía y aún tardaría en hacerlo, pero ya su corazón vislumbraba lo que el futuro le traería. La imagen del anciano cojo, pobre, abandonado y despreciado por todos, escoria de la sociedad, inútil despojo que a nadie importaba, aquella imagen martilleaba su joven mente y minaban su corazón y su alma. Recuerda también de los emperifollados caballeros y las estiradas damas, a los que lucían orgullosos un uniforme y jamás habían estado, como el viejo estuvo, bajo el fuego enemigo y encima pasaban a su lado mirándole con desprecio, asco y arrogancia.

El nudo que se hace en la garganta del muchacho es tan grande, tan apretado y le nace tan de dentro que apenas puede decirle a su amo lo que quiere decirle, las palabras ahogadas en la garganta y en la mirada las lágrimas de pena y rabia pugnando por salir.

El otro que es perro viejo rellena el vaso de barro hasta el borde con vino tinto de Valdepeñas y esta vez sin rebajar, para el nudo, luego mira al muchacho muy fijo y le dice:

-No sabes hijo, siendo español, la de éstos que te quedan por tomar.

Nordlingen

A ningún español bien nacido le gusta quedarse en segunda línea de batalla y menos todavía a un Tercio como el nuestro.

Pero en milicia no hay discusión posible por eso no nos quedó otra que tragar con la política y con las órdenes de nuestro Maestre Idiáquez, que salió de la tienda de mando soltando venablos por la boca y buscando con la mirada a cualquiera que le ofendiese para poder quitarse la vergüenza de encima a estocadas.

- ¡Maldito tudesco del demonio!- decía entre dientes cuando nos comunicó a los oficiales y cabos del Tercio que en la colina de Albuch los españoles estaríamos en segunda línea de combate por culpa de los caprichos y arrogancias del coronel tudesco Wurmser que sostiene que su infantería puede detener ella sola a los suecos, y nuestro general ha tragado ante los ruegos y pataleos del coronel alemán.

Los Regimientos Alemanes mandados por los coroneles Wurmser y Salms con el Tercio Napolitano de Torralbo como apoyo serán los que estén en primera línea, pues no sólo va a ser de los españoles la gloria, había dicho el tudesco mirando de reojo a nuestro Maestre que acariciaba tenso como el corpiño de una flamenca la cazoleta de su espada.

Amanece así el día cinco de septiembre del año mil seiscientos treinta y cuatro muy cerca de la ciudad rebelde de Nordlingen y con los suecos enseñoreando su caballería pesada y sus afamados y temibles regimientos de infantería tomando posiciones de ataque de forma ordenada y disciplinada, seguros de que se van a comer con salmón ahumado a los del ejército católico.

Y el Tercio de Idiáquez en segunda línea de la estratégica colina de Albuch. Mirando.

¡Porca miseria! que es lo que dicen los camaradas italianos cuando ven que somos nosotros los que nos quedamos atrás y que junto a ellos marchan al combate los regimientos alemanes.

Al principio todo parecía normal.

Desde nuestra posición apenas veíamos lo que pasaba pero se escuchaban los gritos, los tiros de arcabuz y los cañonazos y también empezó la riada de heridos que en tales circunstancias se produce

cuando, espadaños, boquetes en la carne y mondongos colgando, manos o pies cercenados y otras heridas horripilantes que hacían que los heridos se arrastrasen o vagasen sin rumbo con las manos extendidas y sangrando como verracos. También veíamos llegar a los batidores muy apurados, apresurados y en preocupante goteo, hasta la tienda de mando hasta donde traían las novedades del combate, las carreras y las caras de susto que traían no auguraban nada bueno.

Entonces sale nuestro general de la tienda de mando perdido el color y asintiendo con la cabeza, como diciéndose a sí mismo que se veía venir lo que estaba pasando y mira en derredor y manda llamar a nuestro Maestro, la cosa no pinta bien y están poco rato de charla, dando el general instrucciones apresuradas y nuestro Maestro, encendido de rabia que vuelve hacia nuestras filas y ordena formar el cuadro y avanzar de inmediato.

Se requiere al Tercio en primera línea y se le requiere ya, porque los regimientos alemanes del arrogante Wurmser han cedido terreno, vuelto las espaldas y huido como alma que lleva el diablo ante el acoso de los suecos.

Ya se ven llegar a los primeros que huyen llegar aterrorizados arrojando las picas, los arcabuces y las espadas, todos ellos blancos como una resma de buen papel, son tantos y vienen tan desbandados que a pique están de romper nuestra formación.

Pero el Maestro es perro viejo y si de ensartar tudescos se trata lo mismo le da que sean aliados o no, así que ordena abatir las picas y el cuadro se abre paso entre la numerosa turba de tudescos que huyen pues nada ni nadie rompe la formación de un cuadro de infantería española y por esta razón ensartamos a los que huyen y avanzamos y se va quedando atrás el humillo de las cuerdas de arcabuz encendidas.

Los napolitanos del Tercio de Torralbo han resistido con dos cojones, y a los caballos-coraza encima, y sin ceder ni un palmo de terreno, cuando nos ven llegar para ocupar las posiciones que los alemanes han desamparado, redoblan su ánimo y valor:

-¡Giussepe!.... ¡Ma Coglione!

Y así los dos Tercios el italiano y el español empezamos a escupir fuego como demonios y a rechazar cargas de caballería pesada hasta que quedamos dueños de la colina de Albuch.

Pero los suecos no se dan por vencidos pues pretenden ser la mejor infantería del mundo, aunque para lograrlo nos tienen que quitar el título primero a nosotros y ponen empeño los hideputas en conseguirlo. Los temibles y reputados Regimientos de infantería designados por los colores Azul, Negro y Amarillo suben muy decididos la colina de Albuch.

Los suecos utilizan un ingenioso sistema de tres líneas de fuego de rodillas una fila de mosquetes, al hombro otra y apuntado por encima, a las cabezas, otra y de ésta forma disparan salvas simultáneas y temibles.

Pero la picaresca española vence al ingenio del norte.

Cuando los suecos abren fuego las filas españolas nos arrojan a tierra y pasan las pelotas de plomo por encima de nuestras cabezas y luego en pie rápidos como el viento y sartenazo de mil arcabuces a la vez y la colina pronto está llena de suecos muertos o arrastrándose moribundos y los tres afamados colores mezclándose en uno solo, el rojo de la sangre.

Pero son tenaces y hasta quince cargas consecutivas de los suecos aguantamos los napolitanos y los españoles, sin ceder ni un milímetro de terreno con las banderas acribilladas e inamovibles. Muros humanos nos llamó alguien y ¡pardiez, razón llevaba!

Desde el cercano bosquecillo de Heselberg no dejan de dispararnos y acosarnos los pocos infantes supervivientes de los afamados regimientos suecos causándonos algunas bajas y tocando muy mucho las narices, escondidos entre los árboles venga matarnos a algún camarada y manteniendo aquella esquina del cuadro en vilo. Hasta que hasta los mismos huevos de que nos hostiguen de lejos y siguiendo al Sargento Mayor Ordoñez que corre el hombre gritado como un poseso, (¡Cabrones, Santiago, Sus y a ellos! va berreando) nos llegamos hasta el bosquecillo y de árbol en árbol a espadazos vamos despejándolo hasta que allí no queda ningún sueco vivo y nosotros con la sangre chorreando de nuestras espadas y el silencio a muerte y desolación a nuestra espalda, volvemos de nuevo dentro de las filas justo a tiempo pues el Tercio despliega las banderas y el tambor empieza a tocar a degüello.

Se abaten las picas...

Tras siete horas de aguantar ataques con brutales cargas de infantería y caballería, ahora somos nosotros los que avanzamos colina abajo y da miedo vernos porque somos la mejor infantería del mundo, ésta sí.

Por eso lo que queda del ejército sueco empieza a correr en desbandada buscando la salvación en el camino de Ulm y su general Horn no puede creer que sus flamantes y temidos en toda Europa soldados estén huyendo desbandados y encima falta lo peor, pues ahora llega la persecución y el degüello sin cuartel, el saqueo y la carnicería, por que los del Tercio no nos detenemos y mientras la caballería imperial persigue suecos por los cuatro puntos cardinales, nosotros seguimos avanzando impasibles y escupiendo fuego y rompiendo las picas de tanto usarlas contra los pobrecitos suecos.

Junto a unos cañones encontramos el cuerpo del coronel Wurnser muy cosido a puñaladas y a tiros y junto a él a varios oficiales que lo defendieron honorablemente hasta el final. Nuestro Maestre que es hombre piadoso y cristiano no puede sin embargo reprimir su pensamiento:

- ¡Haberse quedado detrás en la segunda línea, pues mire vuestra merced lo sano y entero que ando yo!

Y los de su Tercio seguimos avanzando colina Albuch abajo demostrando que somos todavía la mejor infantería del Mundo.

Hernando de Sotomayor, soldado viejo en el Tercio de Idiáquez.

Murallas humanas

Rocroi, diecinueve de mayo de mil seiscientos cuarenta y tres...

La bandera con La Cruz de San Andrés está acribillada a balazos con los jirones blancos y rojos ondeando sobre el campo ensangrentado.

Los arcabuceros contamos las últimas pelotas de plomo que nos quedan y ninguno cuenta más de tres, los sirvientes de los dos cañones que están en el centro de cuadro meten la última carga de pólvora y de metralla en las bocas negras y calientes, los piqueros clavan las picas en la tierra con las puntas metálicas goteando sangre enemiga apuntadas de nuevo contra los malditos franceses...

Que ya están otra vez encima nuestro disparando sus pistolas de arzón y echándose muy encima del cuadro de infantería española que impávido e inamovible permanece en mitad del campo de batalla sólo y abandonado de todos sus aliados y jefes, defendiendo la honra de la nación más grande del planeta, la nuestra, la vieja patria del ¡Cierra! que por cierto ahora se están aprendiendo, y bien, nuestros enemigos.

Cuando se retira la caballería francesa tras hacernos horrorosa escabechina y deja paso a su infantería las filas españolas se abren de repente con cansado automatismo de soldados viejos y aparecen de repente las bocas negras de los dos cañones...

¡¡¡BRROOOUUMMM!!!

La carnicería entre las filas francesas es espantosa y los soldados viejos españoles cerramos de nuevo el cuadro y por allí no pasa ni Cristo revivido, porque el muro de espadas toledanas, de dagas vizcaínas, de picas, de arcabuces y del antiguo valor hispano no se lo permite y los gabachos se retiran de nuevo pero tan sólo para que la caballería forme escuadrones se rehaga y nos encare otra vez... Llevamos así desde que Felipe II era cabo de escuadra.

Ya no quedan ni pólvora ni balas así que los cañones se clavan, igual que se habían clavado los del enemigo al principio de todo, cuando parecía que íbamos a ganar y no a vernos así como nos vemos rodeados de franceses por los cuatro costados y sin más camino por delante que la muerte o el presidio.

No todos los cañones franceses sin embargo habían sido clavados, pardiez, que no, que se lo cuenten si no a los que se lleva por delante

alguna de las balas que nos disparan sin descanso con la artillería que les queda, que no es poca y que abre boquetes en nuestro cuadro, boquetes que salpican por todas partes sangre, sesos y trozos de camaradas, el Tercio de la Sangre parecemos ya.

Estamos en tan apurada situación porqué después de que los franceses acribillaran al viejo Fontaine, que iba el hombre sobre su silla de manos destacando por encima del resto y claro los arcabuceros enemigos dejaron la silla y al general como un colador y luego Melo se había largado con más susto que siete viejas, dejándonos allí huérfanos sin ordenes ni mando, después para mayor desgracia, los italianos habían cogido las de Villadiego corriendo como gamos asilvestrados directos hacia la protección de los bosques donde la caballería francesa no podía alcanzarles.

A los bravos aliados Valones al contrario los habían hecho papilla defendiéndose su Tercio con mucho pundonor y honra hasta que los masacraron a casi todos, huyendo unos pocos supervivientes a refugiarse en nuestro cuadro, aunque eso sí, no habían cedido ni un centímetro de terreno.

Por esta razón nos habíamos quedado solos los de siempre, los Tercios Viejos Españoles para defender la honra de todo el Imperio.

Y en eso estábamos...

Delante nuestro, delante de cada lado del rectángulo que formábamos, rectángulo que iba decreciendo con cada ataque francés, hay cientos de enemigos muertos que se mezclan con los camaradas caídos y los que quedamos nos vamos arrimando, pasito a pasito, hasta las banderas, arremolinándonos a su alrededor, mientras mordemos, arañamos y matamos a nuestros enemigos, mientras vendemos cara, muy cara, la piel que vamos dejando atrás. Los franceses están alucinando, desangrados y vapuleados durante la batalla hay que reconocerles el valor y el par de huevos que le han echado.

Pardiez que estaban acogotados, sin casi caballería y sin casi cañones y a pique de desmoronarse tras las cargas que les dió nuestra de caballería flamenca. Pero claro, ellos también tienen la honra de su nación que defender y al igual que Iberia no siempre parió leones, Francia también engendra hombres valientes y arrojados. Como el hideputa ese de Sirit, que es el que había aguantado a pie firme con sus regimientos de infantería las cargas del bravo Isemburg y el mismo que espantó a los italianos e hizo puré a los valones. Y ahora los franceses se nos echaban encima, una vez y otra vez y otra

vez, sin importarles, al menos en apariencia, la enorme cantidad de bajas que les estábamos infligiendo.

Y de esta manera llevamos ya horas... Y las que nos quedan, porque el Sargento Mayor Peralta dice que de rendirse nada y que de claudicar menos que allí caeremos todos unos encima de los otros hasta que el que sostenga la bandera nos cubra a los demás con su cuerpo y con ella.

Y para eso, ¡pardiez!, no falta mucho... Ahí vienen otra vez...

Apretamos los dientes y los huevos, sujetamos firmes las picas, sacamos espadas y dagas, hombro con hombro, pellejo sudado junto a pellejo sudado, heridas sangrantes chorreando juntas sobre el suelo, corazones henchidos mirando ondear la bandera acribillada, brazos, piernas, torsos y almas formando en el horizonte, insolentes, impávidas, inamovibles, infranqueables, indestructibles...

Murallas humanas...

SOBRE EL AUTOR



Antonio Villegas fue soldado profesional durante doce años, sirviendo en misiones internacionales en Bosnia y Kosovo. Las gestas y hazañas olvidadas de nuestros compatriotas junto con la Historia son sus dos grandes pasiones que conjuga con maestría en los escritos que nos hacen vivir episodios olvidados de nuestra historia.

Licenciado del Ejército, ejerció varios años de transportista. Viajó por toda Europa lo que le permitió grabar en la retina los escenarios que ahora transcribe en sus relatos.

Es un lector voraz que admira a Pérez Galdós, Vázquez Figueroa y a Pérez Reverte, calificando él mismo su estilo como "Alatristesco". En la actualidad es uno más de los desempleados de este país, viejo y duro, que se llama España.

CONTRAPORTADA



El Camino Español es la ruta histórica que va de Milán a Flandes y que recorrieron los tercios durante los siglos XVI y XVII.

